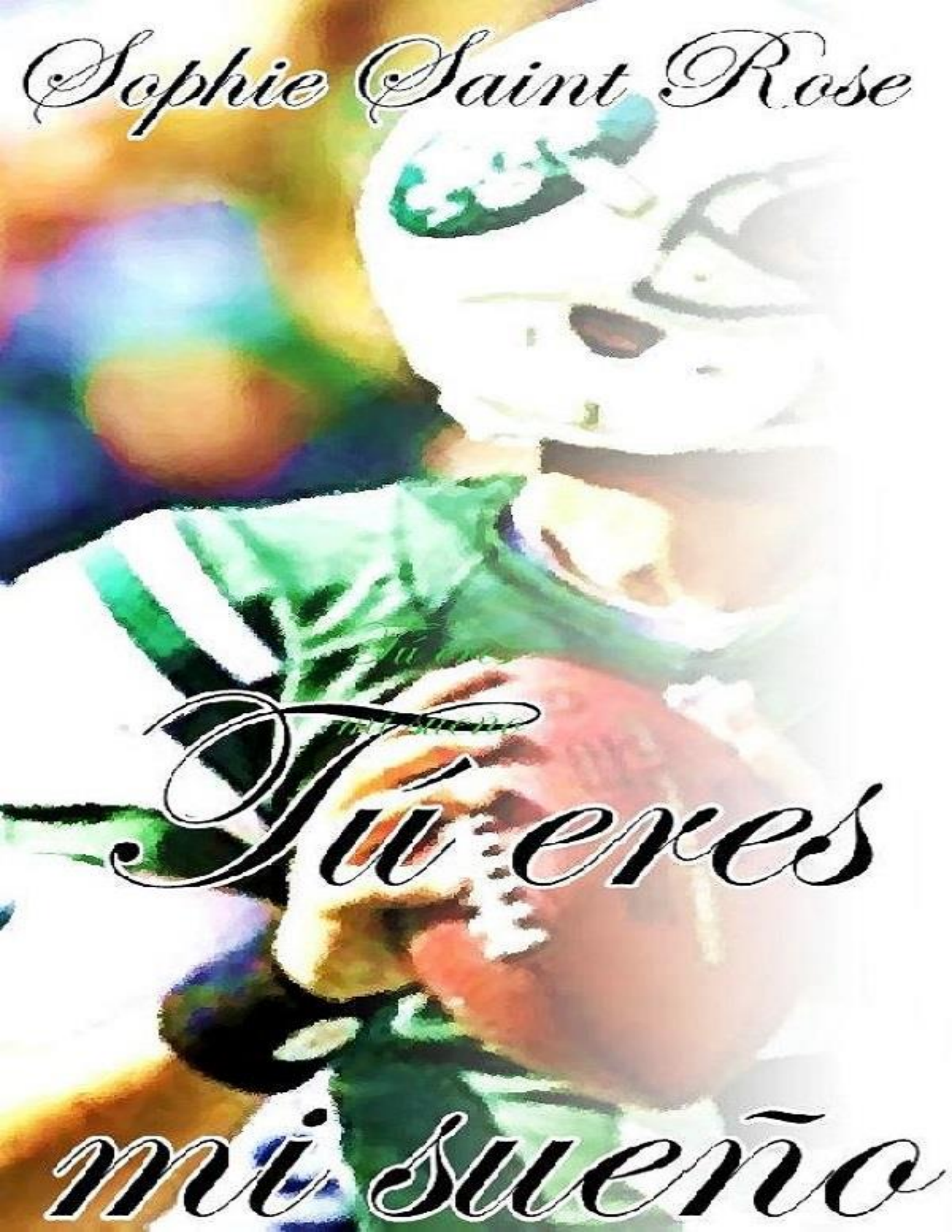
Sophie Saint Rose



Tu eres mi sueño

Tú eres mi sueño

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Sepi cogió los papeles mirando a su agente de la condicional como una niña buena y los metió en su vieja mochila, que en lugar de granate ya estaba rosa por los lavados.

—Pórtate bien, Guiuseppina.

—Claro, como siempre. —Se apartó su melena rubio platino para colgarse la mochila al hombro.

—¿Dónde vas a vivir?

Sus ojos azules le miraron fríamente. —Mire, ya no tengo que darle explicaciones. Soy libre para hacer lo que me venga en gana, Hoskings. —El hombre suspiró sentándose en su silla para mirarla atentamente. —¿Puedo irme ya o tiene algún papel que darme aparte de esto? —preguntó con ironía.

—¿Quieres quedarte otra noche?

—Claro que no. Agradezco su hospitalidad, pero prefiero dormir debajo de un puente.

Hoskings apretó los labios. Lo entendía. Después de pasar allí un año por robar un bocadillo para comer, estaba seguro de que lo único que quería era largarse a toda prisa.

—¿Tienes dinero?

Ella se sonrojó porque no es que le quedara mucho por el trabajo que tenía en el supermercado desde que estaba allí, pero se moriría antes de reconocerlo. —Tengo suficiente. —Fue hasta la puerta y la abrió de malos modos.

—Sepi… —Se volvió y vio que le tendía una tarjeta. —Si necesitas ayuda, esta parroquia…

Sepi se fue antes de que terminara la frase. La señora Perkins casi se choca con ella y apretó los labios al ver que si iba sin

despedirse. Suspiró entrando en el despacho de Hoskings. —¿Tiene la libertad?

—Sí —respondió preocupado mirando por la ventana. Estaba nevando y ni siquiera llevaba un abrigo decente—. Y estoy seguro de que no tiene ni donde dormir.

La señora Perkins dejó unos expedientes sobre la mesa. —Estas son las nuevas. —Al ver que no le contestaba, levantó la vista. Seguía mirando por la ventana. —Michael, no puedes preocuparte por ella. Tienes más de cien mujeres que supervisar. Sepi ya no es problema tuyo.

—Ha sido un error del sistema.

—Es que el sistema no es perfecto. Un año de cárcel y un año de libertad condicional por robar para comer, significa que algo falla, pero las cosas son así.

—Me da pena. Está sola. No tiene a nadie que le eche una mano.

—Y su carácter tampoco ayuda demasiado. Ha estado un año trabajando en ese supermercado y no ha hecho ni una amiga. Tiene un problema de adaptación, eso es obvio.

—Creo que desconfía de todo el mundo.

—Pues cuando la echen del supermercado…

Él apretó los labios. —Le dije hace meses que buscara otro trabajo, que esos puestos eran un convenio para reinsertar a las mujeres que acababan de salir de la cárcel, pero no ha conseguido nada. No tiene formación. Prácticamente ha madurado en la calle.

—Estás seguro de que volverás a verla por aquí, ¿no es cierto?

Asintió sentándose de nuevo en su sillón y chasqueó la lengua viendo los nuevos expedientes. —Pero como has dicho, ya no es problema mío. Éstas sí. Empecemos por las más conflictivas.

Sepi cerró la taquilla mordiéndose el labio inferior y una de sus antiguas compañeras del centro la miró de reojo mientras se cambiaba, observando cómo metía sus pertenencias en su inseparable mochila.

—Así que te han dado la patada. Tenía la esperanza de que te dejaran seguir aquí porque trabajas muchísimo.

—Ya sabes que esos trabajos son para las nuevas. —Cerró la cremallera de su mochila.

—Sí, Hoskings ya me ha avisado. Ya he encontrado una casa donde limpiar en el centro. —Sonrió irónica. —Está forrado y empiezo la semana que viene.

—¿Una casa para limpiar? —Se puso la mochila en el hombro y preguntó tímidamente —¿Y dónde lo has encontrado? ¿En una agencia de empleo?

—¡Qué va! Mi prima que trabaja limpiando y se enteró de que ese tipo buscaba a alguien. No tiene ni idea de que acabo de salir de la cárcel por narcotráfico. ¿Te imaginas? Al tipo le daría algo.

—Ah, vaya —dijo desmoralizada—. ¿Y tu prima no sabrá de otro que busque chacha?

—Empleada doméstica —dijo con ironía poniéndose los zuecos de trabajo.

—Corta el rollo, María. ¿Sabe de alguien más o no?

—No, que yo sepa. Si quieres, le pregunto. Dame tu número que te llamo.

—No tengo móvil. —Se pasó las manos por los vaqueros. —¿No puedes llamarla ahora?

—Uff, que va. Me mata como la llame al trabajo. Ahora tiene que recoger a los niños del colegio. No puedo llamarla hasta las ocho.

Se mordió su grueso labio inferior. —¿Me paso por aquí a las nueve que es cuando acabas?

—Vale, si quieres… Pero no creo que tenga nada.

Ya veía que tampoco iba a poner mucho interés en ayudarla. Forzó una sonrisa. —No te preocupes. Ya encontraré algo.

María la vio salir y bufó. —Esta niña…

Sepi salió por la puerta de empleados que daba al callejón y miró al cielo porque empezaba a nevar de nuevo. Mierda de tiempo. Estiró las mangas de su jersey caminando hacia la calle. Si aquella zorra no le hubiera robado el abrigo que le habían regalado en la

parroquia… Solo le quedaban setenta pavos y no podía permitirse pagar un abrigo. Además, esa noche tenía que dormir en algún sitio y serían otros cuarenta dólares para una cochambrosa cama en ese motel de mierda. Como volviera a encontrar otra cucaracha, montaba un pollo que iban a flipar. Aunque para el caso que le iban a hacer…

Muerta de frío decidió meterse en el metro para ir hasta el Bronx, pero al abrir la mochila jadeó porque no tenía la cartera. —¡No, no! —Se agachó en el suelo revolviendo sus pocas posesiones y abrió la cremallera de delante al no encontrarla. ¿Le habían robado en el supermercado? ¡Malditos cabrones! Sus ojos azules se llenaron de lágrimas de la frustración y tuvo que apartarse para dejar pasar a una mujer que quería meter el bono en la máquina de acceso.

Se apoyó en la pared mirando al frente respirando profundamente. Ahora no tenía nada. Ya estaba igual que hace dos años. Al menos en la cárcel comía y estaba caliente. Se pasó la mano por la mejilla furiosa cuando una lágrima rodó por ella y miró las escaleras. No tenía a donde ir y fuera hacía frío. Volvió a revisar la mochila. Se sentó en el suelo agotada y con la mirada perdida ni se dio cuenta de los que pasaban ante ella con prisa por regresar a casa después del trabajo.

Se miró las manos rojas de frío y se sobresaltó al ver unos zapatos negros ante ella. Al mirar hacia arriba vio a un policía. —¿Qué haces ahí?

Se levantó sin responder y se puso la mochila al hombro, yendo rápidamente hasta las escaleras mientras el policía la miraba. Al ver de reojo que la seguía, corrió escaleras arriba saliendo a la calle. Lo mejor era caminar para entrar en calor. Como estaba en la cincuenta y seis este, decidió ir en dirección al parque. Allí había dormido un par de veces en el pasado y conocía un sitio que esperaba que no estuviera ocupado. Aunque había dormido allí en verano, claro. Pero igual encontraba unos cartones para taparse.

Estaba pasando ante un callejón, pero empezó a nevar con fuerza y vio el tejadillo de la puerta de atrás de un restaurante

delante de los contenedores. Miró hacia la puerta principal del restaurante y suspiró del alivio porque estaba cerrado. Caminó deprisa metiéndose en el callejón y se resguardó de la nieve bajo el tejadillo. Y eso que aún estaban a mediados de noviembre. Se abrazó a sí misma helada y miró hacia la calle donde solo se veía el humo de los coches. Con ese tiempo no caminaba nadie. Madre mía. ¿Cómo iba a pasar la noche sin ni siquiera un abrigo decente? Miró hacia los contenedores y se mordió el labio inferior caminando hacia ellos y abriendo el primero. Estaba lleno de productos del restaurante y muerta de hambre alargó una mano para coger media hamburguesa. Al metérsela en la boca y comprobar que estaba fría, se echó a llorar sin poder evitarlo, pero no dejó de comer. Al menos tenía algo con lo que llenar el estómago, eso si no cogía botulismo y se moría porque no tenía seguro médico. Abrió el otro contenedor sin dejar de alimentarse y frunció el ceño al ver una bolsa de ropa. Qué raro. Parecía ropa buena. Cogió la bolsa y se sorprendió al ver una camisa que era enorme. Se notaba que estaba hecha a medida, pero a ella hasta le valdría de vestido si doblaba las mangas. Casi chilla de la alegría al ver que había un jersey grueso y se lo puso rápidamente. Sonrió porque le cubría hasta las rodillas. Al notar que la lana estaba algo apelmazada, se dio cuenta que el hombre que era su dueño debió meterlo en la secadora y había encogido. Había que estar mal para meter esa prenda en la secadora, era de lana de calidad.

Ilusionada siguió mirando la bolsa y había dos camisetas que estaban algo amarillentas y un pantalón del pijama roto. Lo metió todo en la mochila. No estaba para tirar nada. Abrió de nuevo el contenedor por si había algo más, pero no tuvo suerte. Bueno, volvería otro día. Igual tiraban algo más y se notaba que aquel callejón no tenía competencia para buscar en la basura. Volvió al tejadillo y se sentó en el escalón de la puerta del restaurante. Sacó las camisetas y se las metió bajo el jersey para que retuvieran su calor. Miró hacia arriba distraída y frunció el ceño al ver una ventana en el quinto piso que tenía una rendija abierta. Si tenían la

calefacción encendida, era un desperdicio. Se abrazó a sí misma y se mordió el labio inferior mirando la ventana. ¿Debía ir a cerrarla subiendo por la escalera de incendios? Va, en ese barrio todos tenían dinero, así que se fastidiara. Miró hacia la calle y vio que se detenía una limusina. Estiró el cuello para ver como un hombre enorme vestido de esmoquin entraba en el coche. Se quedó sin aliento mirando su perfil y se levantó de golpe corriendo hasta la esquina, viendo como la limusina se alejaba. Acarició su jersey entendiendo que era suyo. No podía haber dos hombres de ese tamaño en el mismo edificio. Dios mío, Frank Murray. Sintiendo su corazón a mil miró la lana granate y sonrió sin poder evitarlo. ¡Tenía el jersey de Frank Murray! Miró el edificio. —Y vive aquí —susurró impresionada. Aspiró el jersey e hizo una mueca porque olía a contenedor de basura, pero era suyo y sonrió como si oliera a flores. No se lo podía creer. Recordaba como sentada en el sofá con su padre, veían los partidos universitarios cuando él hizo su primera temporada ya hacía diez años. Ahora era una estrella. El quarterback de los Jets y aunque nunca había tenido la posibilidad de ver un partido suyo en el campo y no había podido verle en la televisión en los últimos dos años, seguía su carrera a través de la red cuando había dispuesto de un ordenador.

Volvió hasta debajo del tejadillo como si fuera en una nube y se sentó en el escalón de nuevo. Ya ni sentía frío. Se abrazó dejando que las mangas cubrieran sus manos y miró hacia el edificio. ¿Dónde viviría? Seguro que vivía en el ático porque era una estrella y tenía mucho dinero. Suspiró imaginándose cómo era su vida. Seguro que ya había dejado a esa con la que había salido los últimos tres meses. No es que fuera un don Juan, pero era muy listo y sabía quien se le arrimaba por el interés, así que las barbies le duraban poco. Él quería una familia y una vida estable. Todavía recordaba esa entrevista. Estaba en el hospital con su padre cuando la vieron. Él no tenía familia y era lo que más anhelaba del mundo. Sepi se emocionó recordándolo, porque su padre la había mirado a los ojos y había cogido su mano sabiendo que él no estaría con ella y que se

sentiría sola también. Y así había sido. Una lágrima cayó por su mejilla pensando en su padre y en la vida que llevaba a su lado. Él era trabajador en ebanistería y nunca le había faltado de nada. Fue un mazazo terrible cuando se desmayó en el trabajo y los médicos le dijeron que tenía un cáncer de pulmón terminal. Pero aun así duró un año más y falleció cuando ella tenía dieciocho años. Preocupado por su futuro, intentó asegurárselo vendiendo la casa, pero llegó la crisis inmobiliaria y decidió que la vendiera ella cuando todo pasara. Hablaron de ello mil veces y parecía que todo estaba bien atado. Pero no.

Cuando falleció su padre, llegaron unas facturas del hospital que ella ni recordaba y tuvo que malvender la casa para pagarlas porque el seguro médico dijo que eso no lo cubría. Siempre pensó que había habido un error, pero como no le había quedado mucho dinero de la casa no pudo contratar a un abogado. Con ese dinero tenía que vivir.

Pero parecía que el dinero se le escurría de entre los dedos, porque apenas habían pasado dos años en los que no había conseguido encontrar trabajo, cuando el dinero se le acabó entre el alquiler y la manutención. Tuvo que empezar a vender todo lo que le quedaba, incluso los maravillosos muebles que su padre le había hecho. Nadie quería contratarla porque no tenía experiencia en ningún sector. Su sueño de ir a la universidad se esfumó con la enfermedad de su padre porque el último año se negó a ir al instituto para acompañarle, así que no había terminado. Estudió desde casa para sacarse ese último año cuando se quedó sola, pero con la nota que consiguió no le concedieron la beca. Además, no hubiera podido ir si encontraba un trabajo, cosa que no había pasado. Desesperada incluso llegó a pedir. Algo realmente humillante porque mucha gente al verla, pensaba que era una vaga. Consiguió sobrevivir en la calle un tiempo, pero cuando cumplió los veintiuno, desesperada empezó a robar. Si su padre la viera… La primera vez que lo hizo, lloró toda la noche en el albergue donde consiguió cama. La mujer que estaba al lado, harta de escucharla, le pegó una patada en la espalda que la calló de golpe.

Por el día vagaba por las calles o los parques y como no tenía nada que hacer en cuanto llegaba la hora se iba a la cola del albergue para pasar la noche. Allí se aseaba y lavaba la ropa, que muchas veces tuvo que ponerse húmeda pues no se había secado. En verano no le importaba, pero en invierno era un problema y por supuesto se puso enferma. Tenía tanta fiebre que cuando entró en una tienda y robó un bocadillo, el dueño la sorprendió. Él corrió tras ella y confundida fue hasta la puerta de atrás en lugar de salir por donde había entrado. Por supuesto la pillaron, pero el hombre no la acusó solo de robar un bocadillo. En el video ella había tocado otras cosas y la acusó de robarlas, aunque después no sabía que había hecho con ellas. Había un punto ciego en la tienda y ella había ido allí, así que el fiscal dijo que seguramente le había dado las otras cosas a su cómplice. Y se comió un año entero de cárcel y otro de libertad condicional.

En la cárcel aprendió a no meterse en lo que no le importaba y a quedarse en su celda leyendo para no buscarse problemas. En la casa donde pasó la libertad condicional, aprendió que nadie le iba a echar una mano y aunque eso ya lo sabía después de los últimos años, le dolió que la que consideraba una amiga le hubiera robado todos sus ahorros. Y sabía que había sido ella, porque al día siguiente no se cortó en aparecer con su ropa nueva, alardeando ante ella de que había disfrutado de su dinero. La pelea que tuvieron en la habitación, le costó que Hopkins le vetara los privilegios y tenía que regresar al centro en cuanto salía del trabajo. Ese castigo lo tuvo que cumplir el último mes y se había encerrado aún más en sí misma sintiendo rabia por todos. Sabía que la echarían del supermercado en cuanto saliera del centro, pero con lo que había trabajado, esperaba que al menos le dieran una carta de recomendación. Todavía escuchaba la risa de su supervisor antes de decirle que si la quería, se arrodillara para hacerle un favor. Salió de allí dando un portazo mientras el tipo se reía a carcajadas. Le hubiera encantado pegarle un puñetazo, pero la detendrían de nuevo y con una experiencia había tenido más que de sobra.

Miró el edificio de nuevo ilusionada y frunció el ceño al ver que de la ventana abierta aparecía un brazo que sacaba una bolsa de deporte y la dejaba allí. Y lo más sorprendente era que no cerraba la ventana de nuevo.

Diez minutos después ya había oscurecido del todo y un chaval de unos quince años apareció en el callejón. Asustada por si la había visto e iba a hacerle algo, se levantó mientras él miraba sobre su hombro, escondiéndose subida al escalón en el pequeño hueco de la puerta del restaurante, esperando que la sombra del tejadillo la cubriera. Le vio pasar ante ella y subirse al contenedor con agilidad. Estiró la mano para coger la escalera de incendios y miró sobre su hombro mientras la extendía. Debía estar lubricada porque apenas hizo ruido y eso extrañó a Sepi. Subió las escaleras hasta llegar a la ventana y cogió la bolsa. Se asustó porque cuando bajara del contenedor, la vería de frente por muy oscuro que estuviera. Le echó un vistazo y corrió hacia el segundo contenedor escondiéndose detrás. Escuchó cuando plegó la escalera de nuevo y cuando de un salto cayó a la acera. Salió corriendo con la bolsa en la mano sin fijarse, lo que indicaba que lo había hecho muchas veces porque se le veía confiado en su huida. Se levantó con cuidado y miró hacia arriba. Habían dejado la ventana abierta y ella regresó a su escalón preocupada. ¿Sería algo de drogas? No quería líos, así que decidió irse y buscar otro sitio, pero cuando iba a bajar el escalón vio al chaval caminando por la calle tranquilamente, riendo mientras hablaba con una mujer que debía ser su madre e iba vestida de sirvienta con un abrigo encima. Jadeó asombrada mirando la ventana de nuevo. ¡Le estaban robando a alguien de ese piso! Estaba claro que la tía dejaba las cosas en las escaleras para que no la viera el portero o la pillaran de la que salía con su botín. Las dejaba allí y su hijo las recogía. ¡Y hala, para casa!

Se sentó de nuevo en el escalón y se mordió el labio inferior. ¿Habría un abrigo en el piso? Miró hacia arriba. Las luces estaban apagadas, lo que indicaba que en esa habitación no había nadie. Igual tenía suerte y allí había un armario. Sería algo rápido. Entrar y

salir. Además, como la ventana ya estaba abierta no tenía que preocuparse de la alarma.

Bajó el escalón sintiendo mucho frío de nuevo y apretó las manos ignorando que el corazón le latía con fuerza. Miró hacia la calle y solo pasaban coches. Cogió la mochila por si podía robar algo que pudiera vender y se la puso a los hombros antes de saltar sobre el contenedor. El chaval debía tener más o menos su altura porque no le costó llegar a la escalera. Subió sin hacer ruido con sus viejas zapatillas de deporte y cuando llegó al piso, se agachó bajo la ventana. Con la respiración acelerada escuchó atentamente, pero a pesar de los ruidos de la calle no se oía nada en el interior de la casa. Se atrevió a mirar y las luces lejanas de la calle le dejaron ver que era una habitación porque se veía el contorno de la cama. Había tenido suerte. Seguro que había un armario. Se incorporó lentamente por si escuchaba algo y levantó la ventana lo suficiente como para entrar en su interior. Su zapatilla pisó la moqueta y gimió por dentro esperando que no fuera clara porque puede que la manchara con las suelas. Estiró la mano quitándose la zapatilla y metió la otra pierna quitándose la otra. Se quedó allí de pie escuchando y habituándose a la falta de luz. Vio el armario empotrado en la pared y se agachó para dejar la zapatilla al lado de la otra sin hacer ruido. Caminó lentamente hacia el armario y desplazó la puerta a un lado sin hacer ruido, jurando por lo bajo al ver que estaba vacío de ropa. Solo había dos mantas de muy buena calidad y unas toallas. ¡No podía ir por Nueva York con una manta! Cerró la puerta muy lentamente y vio una puerta al lado. Se acercó pegando la oreja a la puerta y cogió la manilla tirando de ella hacia abajo. Solo abrió una rendija, pero no había luz, así que abrió la puerta y por la ventanita de la pared vio un baño con una ducha enorme. Entró deseando darse una ducha, pero no podía. Se volvió para salir cuando vio que sobre el lavabo no había nada. Estaba claro que esa habitación no se usaba. Debía ser la de invitados y por eso la asistenta la utilizaba para sus trapicheos. Para eso y porque tenía la escalera de incendios. Cerró la puerta de nuevo y miró la

enorme cama cubierta con una manta de piel. Se acercó asombrada porque era piel de verdad y al tocarla se dio cuenta de que era visón. Lo había visto en los escaparates, pero jamás lo había tocado. Increíble. Esa manta valía un ojo de la cara.

Aún impresionada miró a su alrededor y a la izquierda de la mesilla de noche había una puerta. Se inclinó a un lado para ver por la rendija inferior que no había luz al otro lado, así que se animó. Necesitaba el abrigo y ya que se había arriesgado a entrar no se iba a ir con las manos vacías. Abrió la puerta lentamente y parpadeó porque la luz que entraba por la ventana que estaba a sus espaldas, le mostró una fotografía que había ante ella colgada en la pared. Era Frank Murray tirando el balón para hacer touchdown mientras un jugador del Cleveland intentaba placarle. Su corazón saltó en su pecho y cerró la puerta de golpe. Su mano tembló soltando la manilla. ¡Estaba en casa de Frank Murray! Se tapó la boca emocionada y se pegó a la puerta para escuchar. Debería irse. Él era soltero y seguro que no vivía con ninguna mujer. Ella se habría enterado. Allí no encontraría un abrigo de su talla. Aunque puede que una cazadora… Sí, eso le valdría. Abrió la puerta con miedo, dejándola bien abierta por si tenía que huir y salió al pasillo, pero aparte de la luz que entraba por la ventana se veía muy poco. Mierda. La foto de Frank ante ella le hizo apretar los labios. Se moría por saber cómo vivía. Estaba claro que en el piso no había nadie. ¿Y si se arriesgaba a encender la luz? Mordiéndose el labio inferior buscó el interruptor y cuando la luz se encendió se le cortó el aliento mirando el pasillo. Estaba lleno de fotos de sus éxitos. Fascinada caminó por el pasillo como si estuviera en un museo. Sonrió al verle en una foto vestido de esmoquin cuando tres años antes le dieron un premio a su trayectoria. Estaba guapísimo esa noche con su cabello castaño peinado hacia atrás. Llegó al final del pasillo y metió la cabeza casi chillando al ver sus premios en una vitrina a un lado del salón. Se quedó ante la vitrina y se llevó una mano al pecho al ver la primera camiseta que llevó en un partido importante,

enmarcada y firmada por todo el equipo. Qué pena no tener una cámara.

Frunció el ceño. Él tendría alguna. Miró a su alrededor para ver que el salón era enorme. Tenía tres sofás de cuero y sin poder evitarlo se sentó en el que estaba ante la tele de cincuenta pulgadas. Él se sentaría allí. Se quitó la mochila recostándose. Era muy cómodo. Se levantó emocionada y caminó sobre la alfombra. Allí tenía parquet y tenía ventanas enormes que afortunadamente dejaban pasar la luz. Tenía una mesa de comedor para ocho personas y sonrió porque en su casa no le gustaba hacer grandes celebraciones. Era muy discreto con su vida privada. Seguro que solo iban amigos allí. Vio una puerta y la empujó lentamente al ver que no tenía pomo. La cocina era moderna en azules y grises. Acarició la encimera de granito en gris de la isla central y sin poder evitarlo abrió la nevera de dos puertas. Jadeó llevándose la mano al pecho al ver que estaba a rebosar. Alargó la mano y cogió una uva. Cerró los ojos masticándola. Hacía siglos que no comía uvas. Por un racimito no se iba a dar cuenta. Arrancó un racimo y cerró la nevera antes de que empezara a pitar. Al mirar a su derecha metiéndose otra uva en la boca, vio una puerta abierta y encendió la luz que había fuera para ver que era una despensa. Ese hombre debía comer muchísimo porque las estanterías estaban llenas. La puerta de al lado era el cuarto de la lavadora que era muy grande. Allí vio una taquilla y por curiosidad la abrió comiéndose otra uva. Había un cepillo y desodorante. Al mirar hacia abajo, vio unos zuecos que eran con los que esa mujer debía trabajar en la casa. Cerró la puerta frunciendo el ceño molesta. ¿Qué le habrán robado?

Decidió volver al pasillo tirando el racimo en el cubo de la basura y caminó hacia allí tranquilamente cogiendo la mochila del sofá. Abrió la primera puerta sin cortarse para ver un gimnasio. Claro, era un deportista de élite. Debía tener uno. Cerró y abrió la puerta de enfrente dejando caer la mandíbula al ver la cama. Aquello no era una cama, era un cuadrilátero. Aunque con lo grande que era lo entendía, pero… Suspiró pensando en él desnudo en esa cama. Se

mordió el labio inferior viendo la cómoda. Abrió el primer cajón y vio que allí guardaba relojes y cosas así. Acarició la esfera de un reloj que le había regalado su equipo el año pasado. Abrió el siguiente cajón y vio cinturones. En el siguiente había corbatas y en el último un montón de papeles. Entrecerró los ojos sacando uno de los papeles y bufó al ver que era un contrato de publicidad. Esperaba que tuviera un buen asesor porque si no… Le daba la sensación de que él no se preocupaba mucho por eso.

Cerró el cajón y fue hasta la única puerta de la habitación encendiendo la luz. El vestidor. Acarició las mangas de sus camisas y frunció el ceño porque no estaban colocadas por colores. Se giró y vio que sus trajes tampoco. Estaban colocados de cualquier manera. Gruñó pensando en esa bruja. Seguro que no hacía su trabajo como debía. Molesta atravesó el enorme vestidor y vio que allí estaba el baño. Pero no un baño cualquiera. Se quedó en la puerta y parpadeó al ver una bañera redonda que era para morirse. Allí cabían cuatro. Y la ducha que estaba en la esquina tenía una mampara tan grande como el baño que su padre y ella habían tenido en su casa. En lugar de un lavabo de dos senos, había solo uno. Pero no sabía de dónde lo había sacado, porque parecía una de esas pilas que se usaban para el bautismo, pero de mármol. Porque el mármol blanco era lo que dominaba ese baño. ¿No se resbalaría con la humedad? Se acercó al lavabo y acarició la piedra. Apretó los labios cuando vio que aquella mujer había dejado una gota azul sobre la encimera. Asustada porque podía filtrarse a la piedra, cogió papel higiénico y la frotó. Al olerlo se dio cuenta de que era algún tipo de detergente. Y ahora no se quitaba. La madre que la parió. Siguió frotando, pero nada. Había quedado un pequeño cerco azul. Cogió una toalla y la mojó con un poco de agua. Volvió a frotar y no pudo quitarlo del todo. Era para matarla. Porque estaba segura de que había sido ella. No veía a Frank limpiando nada con todo el trabajo que tenía.

Al ver un frasco de una colonia carísima abierta, lo acercó a la nariz aspirando su aroma. Cerró el frasco chasqueando la lengua. Limpió el frasco con papel higiénico y lo dejó con los otros perfumes.

Que bien olía. Mirándose al espejo vio su jersey. Lo acarició regresando a la habitación apagando las luces. Estaba cerrando la puerta cuando se dio cuenta de que no había cogido la cazadora. Iba camino del vestidor cuando escuchó un ruido en el salón y unas risas. Palideció corriendo hacia el interruptor de la luz.

—¿No estás solo? —dijo una sensual voz de mujer—. ¿Pensaba que vivías solo?

—La asistenta ha debido dejar la luz del pasillo encendida. No es la primera vez.

¡Una mujer! ¡Había llevado una mujer a casa! Escuchó como caminaban por el pasillo y le creyó oír lo que parecían besos. Mierda. Se volvió asustada buscando una salida porque ahora no podía cruzar el pasillo y corrió hacia el vestidor, pero si iban al baño, la pillarían. Se deslizó bajo la cama cogiendo la mochila y cuando se encendió la luz, cerró los ojos con fuerza rezando para que no la vieran desde allí. Fueron los sonidos de los besos quienes hicieron que abriera los ojos y agachó la cabeza hasta pegar la mejilla en el suelo para ver las manos de Frank en el trasero de aquella fresca. Y lo apretaba con ganas. Vaya vestido más mono que llevaba. El rosa era su color favorito. Uff, y que zapatos. Le quedó claro que estaba forrada. Al ver los impecables zapatos negros de Frank sonrió sin poder evitarlo. De cordones. Claro, con esmoquin había que llevar esos zapatos. Qué gusto tenía. Al escuchar la risa de aquella bruja, volvió a pegar la mejilla en el suelo intentando ver algo y gruñó por dentro al ver que el vestido caía al suelo, mostrando un liguero muy sexy. Él la cogió por el muslo elevándola mientras aquella bruja no dejaba de reírse. La tiró sobre la cama y la risa de aquella asquerosa empezaba a ponerla de los nervios. La chaqueta del esmoquin cayó al suelo y el sujetador cayó a su lado demostrando que esa tía era una descarada. Él de pie a su lado dijo —Quítate las bragas, quiero verte.

—¿Y los zapatos?

—No, preciosa. Los zapatos déjatelos. Y el liguero.

Su voz ronca sorprendió tanto a Sepi que abrió los ojos como platos cuando toda su piel se erizó. Sus pantalones cayeron al suelo y su corazón saltó en su pecho viendo sus pantorrillas y el vello que las cubrían, pero cuando se agachó para descalzarse rápidamente, quitándose los calcetines, vio su sexo excitado a través de sus calzoncillos blancos y pensó que le daba un infarto. ¡No podía quedarse allí!

—¿Tienes condones, cielo? —dijo aquella guarra con voz sensual antes de que sus bragas cayeran al suelo.

—Siempre tengo sexo seguro. Ponte a cuatro patas.

A Sepi se le secó la boca y vio cómo se subía a la cama haciéndola reír. La luz del pasillo seguía encendida. ¿Si salía ahora la verían? ¡Escuchar los gemidos de aquella mujer la estaba poniendo de los nervios!

—¿Te gusta? —preguntó él haciendo que Sepi gruñera.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la chica.

—¿No te gusta?

Ella suspiró como si le encantara. ¡Cómo para no encantarle! Miró hacia el pasillo desesperada por salir de allí, porque los suspiros ahora ya eran gemidos y la cama se movía mucho. Miró hacia arriba. Él pesaba bastante. Podía morir allí aplastada.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó ella cuando él se detuvo.

—¿Hueles eso?

Sepi abrió los ojos como platos.

—¿El qué? Bésame…

—Huele como a basura.

La mujer jadeó. —¿Me huele el aliento?

—No preciosa, no eres tú.

—Pues concéntrate.

—Joder, es que no puedo. No sé… —Saltó de la cama y salió al pasillo olisqueando. Sepi apretó las manos en la mochila.

—¡Frank!

—Ahora estoy contigo. Es que ese olor me revuelve las tripas. —Se mordió la lengua para no decirle cuatro cosas.

—¿Estás buscando una excusa para no hacerlo? —preguntó con voz chillona—. ¡Aquí no huele a nada!

Él regresó por el pasillo y se detuvo en la puerta. Sepi le miró con la boca abierta porque estaba como Dios lo trajo al mundo. Bueno, algo más crecidito. Y vaya si estaba crecidito. Le había crecido todo. Mirando su sexo erecto sintió que se mareaba y tuvo que cerrar los ojos con fuerza.

—¿Vienes o no? Porque se me está cortando el rollo.

—Sí, claro —dijo como si no tuviera ningún interés acercándose.

Cuando se subió a la cama de nuevo, Sepi se tapó los oídos porque escuchar como disfrutaban le hacía daño y no sabía por qué. Ni se dio cuenta de que se mordía tanto el labio inferior que estaba sangrando y todo el tiempo que estuvo allí, fue una auténtica tortura. El grito de aquella mujer llegando al éxtasis fue como si le arrancaran el corazón y cuando ya no se escuchó nada, apartó las manos de los oídos deseando que se durmieran de una maldita vez.

—Ha sido fantástico. Estás hecho un toro.

—Sí, ha estado muy bien. ¿Quieres que te lleve a casa?

—¿A casa? ¿No puedo quedarme a dormir?

—¿Mañana no trabajas?

—Yo no trabajo. —Estupendo, una rica que no hacía nada en todo el día. —Para eso tengo la pensión de mi exmarido. —Aquella hiena se echó a reír. —¿Repetimos?

—Carla, mañana tengo que entrenar en el gimnasio a las siete y después tengo entrenamiento.

—¿Quieres que te acompañe a Miami este fin de semana? Juegas allí, ¿verdad?

—Solo pueden ir las esposas de los jugadores.

Sepi abrió los ojos como platos por la mentira. Sabía de buena tinta que algunas novias también les acompañaban. Las serias. Lo que indicaba que aquella petarda no iba a llegar muy lejos con Frank.

—Oh, que pena. Me encanta Miami.

—Cielo, ¿entonces te llamo un taxi? —Miró hacia arriba al sentir que se levantaba de la cama.

—Te prometo que no te molestaré mañana.

Él suspiró como si se diera por vencido y Sepi negó con la cabeza al ver que iba hacia el pasillo y apagaba la luz. —Te advierto que ronco.

La risa de esa mujer hizo que chirriara sus dientes. —Te aseguro que no me va a importar nada. Ven aquí.

Ella le besó de nuevo, pero él susurró —Duérmete. Tengo que seguir una rutina.

—Sí, claro —dijo algo molesta.

Él suspiró. —Joder, mañana tengo que decirle al portero que algún sumidero esta atascado. Huele que apesta.

—Que sensible tienes el olfato —dijo Carla divertida—. Yo no huelo nada.

Sepi se olió el jersey. Sí que tenía el olfato sensible. Apoyó la cabeza sobre la moqueta mirando hacia arriba. Esperaba que se durmiera pronto. Le escuchó gruñir unos minutos después cuando ella se movió. Por la respiración de la mujer ya debía estar dormida y le escuchó farfullar —Estupendo, Frank.

Sonrió sin poder evitarlo. Estaba claro que le gustaba dormir solo. Pues no sé de qué se quejaba con la cama tan enorme que tenía. Su respiración pausada la tensó. Se estaba quedando dormido. Esperaría unos minutos para largarse de allí. Como no tenía reloj, decidió contar hasta cinco mil porque si no se dormiría también. Estaba tan calentita. Cuando llegó a seis mil no aguantó más y se arrastró con cuidado pues al frotar su ropa con la moqueta se oía el roce. Sería mentirosillo, no roncaba. A rastras rozó uno de sus zapatos, que al dar la vuelta sonó como si cayera una bomba. Con el corazón a mil miró sobre su hombro, pero no se movieron y muy despacio se puso de rodillas para andar a gatas hasta el pasillo. Se sentó apoyando la espalda en la pared para que su corazón se calmara. Era estúpida. Por esa tontería podía volver a prisión y encima ni había robado la cazadora. Se levantó lentamente y muy

despacio caminó hasta la habitación de invitados. Ni se atrevió a cerrar la puerta de nuevo por si hacía el más mínimo ruido. Juró por lo bajo al ver por la ventana como nevaba con fuerza. Se mordió el labio inferior yendo a por sus zapatillas de deporte y pegándoselas al pecho, sacó la cabeza por la ventana abierta. No tenía a donde ir. Y allí estaba calentita. Frank ni se daría cuenta de que había dormido en su casa. Se iría por la mañana antes de que se levantara y ni se enteraría de que había estado en aquella habitación. Miró hacia la puerta decidiéndose y regresó dejando las zapatillas bajo la cama de la que pasaba con la mochila. No supo cuánto tiempo tardó en cerrar la puerta, pero lo hizo tan despacio que le pareció eterno. Casi llora del alivio cuando dejó la manilla después de cerrarla. Caminó de puntillas hasta la ventana. Esperaba que no se escuchara desde su dormitorio. Cuando la cerró sonrió mirando la nieve en la escalera de incendios. Esa noche la pasaría calentita.

Fue hasta la cama y se tumbó en el suelo arrastrándose debajo. Puso la mochila de almohada y se frotó las palmas al notar que se le había pegado el polvo. Aquella bruja ni pasaba la aspiradora por debajo de la cama. ¡Encima de robarle! Vaya cara.

Suspiró sonriendo. Estaba durmiendo con Frank Murray a pocos metros. ¡Le había visto desnudo! ¡Y vaya cuerpo tenía! Lo de esa Carla ya podía habérselo perdido porque la había molestado. Claro, le admiraba tanto y le había seguido durante tantos años que se había puesto algo celosa. Era normal. Como cuando ves que tu actor favorito se fotografía con su novia en la alfombra roja y te da una rabia horrible. Un amor platónico. Pero no era platónico. Le había visto. De hecho, había visto demasiado. Y que bueno estaba. Nunca había visto un hombre desnudo en directo y era digno de verse. Debería estar en un museo con tanto músculo. Y que abdominales. Se le marcaban tanto los oblicuos que Sepi tragó saliva sin poder quitarse la imagen de su cabeza. Y ese vello que recorría su pecho hasta su ombligo. Una imagen de ella misma pasando la lengua por allí, hizo que apretara las piernas sin darse cuenta y gimió tapándose los ojos con las manos. Menudo hombre. Apenas le había visto tres

segundos de cuerpo entero, pero era algo que no olvidaría en la vida.

Capítulo 2

El sonido de una aspiradora la despertó sobresaltada y su cabeza golpeó el somier con fuerza. Gimió llevándose una mano a la frente cuando se dio cuenta de donde estaba y retuvo el aliento expectante. Se agachó para mirar la habitación y juró por lo bajo porque era de día. Y por la luz que entraba por la ventana ya era de buena mañana. Menuda ladrona estaba hecha.

El sonido la aspiradora, si es que era eso lo que se oía, estaba por donde el salón más o menos. Sacó la cabeza para mirar por la ventana, pero tuvo que sacar medio cuerpo. Seguía nevando. Gruñó pensando que ya no se podía quedar más. La asistenta entraría en la habitación y con la suerte que tenía, seguro que pasaba la aspiradora por debajo de la cama. Se le cortó el aliento al escuchar pasos y se metió bajo la cama de nuevo.

—Kate, hoy no vendré a cenar.

—¿Se va al entrenamiento, jefe? —dijo como si Frank estuviera sordo apagando la aspiradora.

—Quítese los cascos —dijo él más alto—. No vengo a cenar.

—Bien, jefe. Así que no le preparo nada.

Él debió asentir porque no se escuchó nada más. A Sepi le extrañó no escuchar la aspiradora de nuevo. Pero sí el sonido de la televisión. No podía ser. ¿Se había largado el jefe y se había puesto a ver la tele? Sin poder creérselo y muerta de curiosidad, salió de la habitación y caminó despacio por el pasillo. La puerta de la habitación de Frank estaba abierta y pudo ver que la cama estaba deshecha y vacía. Al menos la moscona había desaparecido. Se acercó al final del pasillo y desde allí vio la aspiradora en medio del salón. Estiró el cuello con cuidado por si estaba en la zona de la

televisión y abrió los ojos como platos al verla sentada en el sillón, donde ella se había sentado el día anterior, con una bandeja delante y un suculento desayuno. Hasta tenía croissants. La mujer se echó a reír con la boca llena antes de beber de su café. Sepi se quedó allí de pie indignada. Menuda cara. No le extrañaba que debajo de la cama de invitados hubiera polvo. ¡Es que no limpiaba!

Regresó a la habitación de invitados y apretó los labios poniendo los brazos en jarras. Sintiendo que la rabia la recorría, se dijo que esperaría a ver cuánto tiempo veía la tele. Pero para eso necesitaba un reloj. Salió de la habitación sin preocuparse si la oía porque seguía riéndose y entró en la habitación de Frank. Cogió el reloj que le parecía más barato y se lo puso en la muñeca. Abrió los ojos como platos al ver la hora. ¡Era un Rolex! Se lo quitó a toda prisa y vio uno deportivo con la correa de plástico. De paso le colocó el cajón, poniéndolos por material. Los de vestir al final. Como aquella bruja seguía riendo, abrió el siguiente cajón y se entretuvo enrollando los cinturones y las corbatas un rato. Sonrió cuando los vio colocaditos por colores y cerró el cajón. Miró hacia la cama y resuelta quitó las sábanas tirándolas al suelo. Estaba segura de que aquella bruja no las cambiaría. Así se fastidiaba y no le quedaría más remedio pensando que lo había hecho Frank. Cuando escuchó que apagaba la tele, corrió hasta la habitación de invitados y se metió debajo de la cama a toda prisa. Miró el reloj. ¡Se había pasado una hora desayunando! ¡No le sentaría mal, eso seguro!

La escuchó canturrear por el salón y su canturreo llegó hasta el pasillo. Se había metido en la habitación de Frank. —¡Si las cambié ayer!

Encima se quejaba, la tía. Se pasó media hora en su habitación, así que solo le había dado un repaso por encima. Como volviera a dejar otro cerco azul en su encimera, se la cargaba. De todas maneras, no sabrían que había sido ella. Sí, como si sus huellas dactilares no estuvieran por toda la casa. Escuchó que iba hasta el salón de nuevo y miró el reloj. Las doce. Se sobresaltó cuando se

abrió su puerta y reteniendo el aliento vio sus zuecos en la entrada. —¿Había cerrado la ventana? La cerraría Billy.

No, no la había cerrado Billy, sanguijuela. La tía cerró la puerta de nuevo y Sepi jadeó indignada. Menuda cara tenía. Pero lo que sí la sorprendió fue no escuchar nada minutos después. Con curiosidad fue hasta la puerta y pegó la oreja. ¿Qué estaría haciendo? Abrió la puerta y al mirar hacia el salón, vio que había recogido la aspiradora. Pasó ante la habitación de Frank, que ya tenía la cama hecha, y llegó al salón. La tele estaba apagada. Miró hacia la puerta de la cocina, pero no escuchaba el sonido de la lavadora ni de ningún movimiento que indicara que estaba cocinando. Caminó de puntillas hasta la puerta de la cocina cuando ésta se abrió y ella pegó la espalda a la pared. La tía con el abrigo puesto fue hasta la puerta del apartamento, pero antes de salir, abrió una cajita que había sobre un aparador y sacó cincuenta pavos. Sin poder moverse vio como salía sin mirar atrás ni una sola vez. Sepi entrecerró los ojos apretando los puños. Menudo descaro tenía. Furiosa empujó la puerta abatible para ver lo que había hecho en la cocina. ¡Ni había metido la taza de su desayuno en el lavavajillas!

Se detuvo en seco mirando a su alrededor. —No puede haber ido a hacer la compra con toda la comida que hay en la casa. Además, no va a cenar aquí esta noche. —Abrió el frigorífico y cogió un yogurt. Buscó la cuchara y pensando en ello se lo comió mirando la taza de café de aquella bruja. Como se quedó con hambre, abrió de nuevo la nevera y al ver pavo y queso se hizo un sándwich.

Con el sándwich en la mano mientras lo comía, abrió la puerta del cuarto de la lavadora para ver que las sábanas estaban en el cesto de la ropa sucia, que por otra parte ya estaba a rebosar.

Limpió la cocina dejándola más reluciente que como la había encontrado y de la que pasaba cogió un libro sobre fútbol americano para regresar a la habitación de invitados. La bruja llegó a las dos de la tarde y fue hasta la cocina. Por supuesto dos minutos después volvió a escuchar la televisión y a las cinco menos cinco, abrió su puerta yendo hacia la ventana. La levantó y sacó la bolsa.

El tal Billy apareció sonriendo. —¿Las has comprado? ¿Me has comprado las zapatillas de deporte que quería?

—Claro que sí, hijo. Las que querías. He tenido que coger cincuenta dólares del fondo de la compra, pero no se enterará. Le diré que no quedaba algo de la nevera.

Billy le dio un beso a su madre emocionado. —Gracias, mamá.

—Por mi niño lo que haga falta…

Sepi alucinó. ¿Unas zapatillas de deporte?

—Vaya, pesa mucho.

—Esta noche voy a hacer lasaña para celebrar tu cumpleaños. Y detrás tarta de manzana. Y también llevas medio cordero para el sábado. Está congelado, por eso pesa.

—Te veo abajo, mamá.

—Enseguida voy. Ten cuidado al bajar no te resbales

La escuchó cerrar la ventana e ir apurada hasta la puerta. Apenas tres minutos después se largaba tranquilamente. Menudo negocio tenía montado. Salió de debajo de la cama y fue hasta el salón. Era obvio que no pensaba volver por la hora que era y como Frank dijo que no cenaría en la casa, tenía todo el piso para ella sola. Sonrió porque podía darse una ducha y corrió hasta la habitación de invitados. Sacó su gel de la mochila. Era el único capricho que se permitía, un gel con olor a lavanda que le costaba la locura de cinco pavos el bote. Sacó el champú y unas braguitas limpias. Se desvistió a toda prisa y gimió de gusto bajo el agua caliente. Era una maravilla. Se enjabonó sin perder el tiempo y se envolvió en aquella delicia de toalla tan mullidita. Descalza fue hasta la mochila, pero su otra camiseta olía mal por las que había sacado del contenedor. Bueno, si le cogía una camiseta no pasaba nada. Envuelta en la toalla fue hasta el vestidor de Frank y buscó una de sus camisetas blancas. Como hacía calor por la calefacción, la escogió de tirantes. Se peinó con el peine de Frank asegurándose de que no quedaran cabellos, de los que se deshizo en el wáter y tiró de la cadena mirando a su alrededor. Puso los ojos en blanco al ver manchas del cepillo de dientes de Frank en el espejo y fue a buscar

un limpiacristales. Antes de darse cuenta había dado un repaso a la mampara y a todo lo demás, dejándolo bien brillante. Fue hasta su baño e hizo lo mismo y después se hizo la cena. Al mirar el reloj vio que eran las seis, así que le daba tiempo a hacerse algo decente. Hacía días que no comía algo suculento. Cotilleó por el frigorífico y cuando vio pollo, se dijo que seguramente le daría tiempo a asarlo. Lo hizo con verduritas y patatas. Gimió de gusto cuando se metió el tenedor en la boca. No era por nada, pero tenía mano para la cocina. Su padre siempre se lo había dicho. Al día siguiente haría tarta de chocolate si tenía los ingredientes. Hacía mucho que no la comía. Se detuvo llevando el plato hasta el fregadero. ¿Es que estaba loca? ¡Tenía que irse de allí! ¡No podía quedarse a vivir con él como si estuviera en su casa!

Lavó el plato diciéndose que era una egoísta y una aprovechada. Estaba comiendo de su comida sin aportar nada. Como le había sobrado pollo y no pensaba tirarlo, lo dejaría en la nevera. Seguro que él ni miraba cuando llegara a casa y a la bruja le daría igual que ese pollo estuviera allí. Después de limpiar bien el horno que le hacía buena falta y de recoger la cocina, cruzaba el salón cuando escuchó que se metía la llave en la cerradura. Asustada corrió hasta la habitación de invitados dejando una rendija en la puerta para escuchar. Entró en la habitación y minutos después escuchaba el sonido de la bañera. Qué raro. Iba a ir a cenar fuera. ¿Se estaría preparando para salir?

Le oyó ir hacia la cocina y Sepi escuchó como crujidos y golpes. Preocupada sacó la cabeza y la volvió a meter cuando la puerta de la cocina se abrió. Se metió de nuevo en su habitación y Sepi esperó unos minutos. Sin poder evitarlo salió de la habitación y echó un vistazo a la suya. Metió la cabeza al ver que estaba en el baño y corrió hasta la puerta del vestidor. Echó un vistazo y preocupada vio que estaba desnudo de espaldas a ella tocándose el costado. Tenía la zona amoratada. Apretó el marco de la puerta al ver su gesto de dolor. Se puso de puntillas para ver que había echado hielo a la bañera. Joder, eso dolía. Después se sentiría mejor, pero… Vio cómo

se metía en la bañera dándole la espalda y escuchó su gemido. También le dolía la rodilla. Tenía una lesión desde hacía tres años y se resentía de vez en cuando. Tenía un partido el domingo contra Miami. ¿Cómo iba a jugar así?

Él suspiró apoyando la cabeza en el borde de la bañera y Sepi le miró impotente. Tenía que dolerle muchísimo y aunque seguro que ya le había revisado el médico del equipo asegurándose de que estaba bien, era para matar a sus compañeros por hacerle eso en un entrenamiento. El teléfono de Frank empezó a sonar y él abrió los ojos mirando el suelo. Estiró el brazo cogiendo sus vaqueros y sacó el teléfono del bolsillo trasero.

—Joder, Burney, espero que sea importante. —Vio cómo su cuello se tensaba y se sentaba en la bañera. —¿Es broma? ¡Ese contrato ya está firmado! Ya es la segunda vez que me lo hacen. ¡No pueden echarse atrás de nuevo! ¡Necesito ese contrato! ¡Mi carrera se acaba, joder! ¡Eres mi manager, tienes que proteger mis intereses! —Escuchó al teléfono. —¿Qué aún me queda mucha carrera por delante? Escúchame bien. Como no me consigas un buen contrato de publicidad para esta temporada y se firme antes de Navidades, puedes ir olvidándote de mí. ¡Este año no he hecho ningún anuncio!

Sepi se mordió el labio inferior. Sabía lo importante que era la publicidad para los deportistas de élite. Tenían muy buenos contratos con sus equipos, pero en algunos casos la publicidad llegaba a triplicar sus ingresos. Entendía a Frank, sabía que no le quedaba mucho de carrera y quería aprovecharlo todo.

—¡No me cuentes historias! ¡Haz lo que te digo con una buena marca porque si no me voy y regresó con Putnam!

No, pensó ella. Steven Putnam le había hecho rodar un anuncio de pollo frito. Casi tira la tele cuando le vio con un bol de pollo en la mano sonriendo a la cámara y diciendo la marca. Había sido Putnam quien había hundido su imagen ante el público precisamente con ese anuncio Y eso que le adoraban. De hecho, una tarde en la que Frank tuvo un patinazo y por un error suyo perdió el balón, dándole la victoria al equipo contrario, varias personas del público empezaron a

cacarear. Se montó una en el campo que tuvo que separar al público la policía. Varios acabaron en el hospital por las agresiones que habían sufrido. Sonrió recordando como él había ido a visitarles al hospital y les había regalado camisetas firmadas.

Eso es lo que le había gustado de él, que era generoso y muy detallista con sus seguidores. Escuchó el timbre de la puerta y sorprendida se ocultó a la vez que él se giraba. Escuchó como juraba por lo bajo y ella corrió hacia la puerta mientras salía de la bañera.

Desde su habitación le vio salir con una toalla en las caderas e ir hasta el salón para abrir la puerta.

—Steven, ¿qué haces aquí?

—¿No puedo venir a ver a un amigo? Joder, te ha dado bien.

—Ese cabrón… Ya no sabe qué hacer para quedarse con mi puesto.

Sepi chasqueó la lengua. Hablaban de Calen Kirtley. Todos los periódicos decían que era una gran promesa y que sería el próximo quarterback de los Jets. Pero de momento era suplente y allí se quedaría.

—Este entrenamiento ha sido duro. Hacía un frío que pelaba y encima nos han dado una caña…

—¿No habías quedado con una tía?

—Estás de muy mal humor y no es bueno que estés solo. ¿Jugamos a la Play? —Sepi sonrió divertida. Se notaba que no quería irse.

—Steven, no fastidies. Quiero descansar.

—No quiero que te deprimas y después juegues fatal el domingo.

—Muy gracioso.

—¿Pedimos algo de cena?

—No pienso comer comida basura.

—Pues no te vendría mal engordar un poco. Últimamente estás bajo de peso.

—¡No estoy bajo de peso! ¡Deja de joder!

Ella jadeó indignada. No estaba bajo de peso. Si lo sabría ella que lo había visto entero.

Su amigo se echó a reír. —¿Ves cómo estás sensible?

—¿Has venido a fastidiarme?

—No.

Frank suspiró y ella salió de la habitación frunciendo el ceño. —Ni se te ocurra —dijo Frank molesto.

—Solo son veinte.

—¿Veinte mil? Te di veinte mil el mes pasado.

Sepi abrió la boca asombrada. —Es que he tenido una mala racha y debo algo.

—¡Te he dicho mil veces que dejes las apuestas! ¡Nunca das ni una! Te has gastado ya todo el dinero de tu nómina. ¿Te das cuenta de que con ese dinero pueden vivir otras personas hasta que se mueran?

—Tío, te lo devolveré.

—Mira, somos amigos. Buenos amigos, pero ya no te voy a dar más dinero y lo hago por tu bien. ¡Además, no deberías pedírmelo! ¡Te lo advertí la última vez!

—¡Solo te debo veinte!

—¡Y si te doy otros veinte ya serán cuarenta! ¡Y como sigamos así, trabajaré para ti! ¡Mira como tengo las costillas, joder! ¡Me parto el lomo para ganar cada maldito dólar y es mi futuro y el de mi familia!

—¡Siempre estás con el rollo de la familia, pero sigues solo! ¡Y vas a seguir solo, egoísta de mierda!

Escuchó un portazo y Sepi se sobresaltó acercándose al salón a toda prisa. Vio como Frank sentado en el sofá con los codos apoyados en las rodillas se pasaba las manos por la cara como si estuviera agotado. Lo sintió muchísimo por él, porque sabía que Steven Coks era su mejor amigo. Sus ojos azules se llenaron de lágrimas emocionada al ver que sufría. Seguro que decirle que no, había sido muy duro para él. Pero había hecho lo correcto. No podía seguir pagándole sus vicios. De esa manera se daría cuenta de que no podía seguir así.

Él suspiró mirándose las manos y Sepi pudo ver que tenía el dedo pulgar algo hinchado. Como pillara a Kirtley le partía la boca. Le daba igual que le sacara medio metro.

—¡Joder! —Se levantó y ella se pegó a la pared del pasillo. Sonrió al ver que iba hacia la cocina. Era muy disciplinado, así que iba a cenar. Escuchó el ruido del microondas y al oler el aroma de su pollo sonrió ilusionada. Esperaba que le gustara.

Escuchó el ruido de la tele, así que supuso que cenaría viéndola. Ella lo hacía mucho cuando su padre murió porque no tenía con quien hablar. Perdió la sonrisa y regresó a la habitación quedándose tras la puerta escuchando. Cuando terminó de cenar se fue directamente a la cama. Ella observó la puerta abierta de su habitación y la luz encendida. Debía estar leyendo. Se acercó lentamente para ver que sentado en la cama tenía un ordenador portátil sobre las piernas y miraba algo muy concentrado. Le vio apretar los labios antes de cerrar el ordenador y ponerlo en la mesilla que tenía al otro lado. Se apartó cerrando los ojos y cuando él apagó la luz, fue hasta su habitación y cerró la puerta. Pues sí que se acostaba temprano. ¿Y ella ahora en qué se entretenía? Porque ni loca se iba a esas horas con el frío que hacía. Mejor se quedaba hasta mañana. Metiéndose bajo la cama con una de las mantas del armario, pensó en que al día siguiente tenía que pasar la aspiradora. Sí, por si su estancia se alargaba.

Capítulo 3

Un mes después.

Sentada en el sofá se metió un pedazo de tarta de manzana en la boca y cambió de canal sonriendo cuando encontró el partido. Todavía no había empezado. Jugaban contra Denver allí, así que había tenido la casa para ella sola todo el fin de semana. Le vio salir al campo y silbó emocionada dejando el plato para aplaudir. Bebió de su refresco y escuchó el pitido de la secadora. Sin dejar de mirar la tele atravesó el salón y a toda prisa sacó la ropa de la secadora llevándola de vuelta para no perderse nada. Dobló las camisetas de Frank y las que usaba ella. Recogió la ropa interior e hizo una mueca mirando sus braguitas. Necesitaba ir a comprar más, pero tenía miedo de que si salía de la casa le cerraran la ventana. Quizás se atrevía el siguiente fin de semana. Fue hasta la habitación de Frank y las colocó en el montón de las camisetas mirando satisfecha el vestidor ahora colocado por colores. Llevó el plato al lavavajillas e iba a sentarse de nuevo en el sofá cuando escuchó que se metía la llave en la cerradura. Apagó la tele cogiendo la lata de refresco y se escondió tras el sofá. Mierda, mierda. ¡Jack estaba en Denver!

La puerta se abrió lentamente y escuchó como se cerraba de nuevo. —¿Kate?

Abrió los ojos sorprendida al escuchar la voz de Steven. ¡Si estaban enfadados! ¿No había ido a Denver? Uy, su carrera se iba a la mierda si el entrenador no le había convocado.

—¡Soy Steven, vengo a recoger unos papeles que me ha pedido Frank!

Le escuchó caminar por la parte de atrás del sofá y lentamente ella se arrastró por delante escondiéndose al otro lado. —Joder, menos mal —susurró él antes de ir hacia el pasillo. Sepi se levantó de golpe y corrió de puntillas hasta el pasillo para ver como entraba en su habitación. Se arrimó a la pared y le escuchó abrir cajones. ¡Estaba revisando sus cosas! Aquello no tenía buena pinta.

Cuando abrió el primer cajón de la cómoda, Sepi apretó los puños al ver cómo cogía dos relojes carísimos metiéndoselos en el bolsillo del abrigo. ¡Menudo cabrón! Pero no se quedó ahí porque siguió abriendo cajones y al llegar al último empezó a revolver papeles. —Mierda, ya podías tenerlos ordenados.

Sí, para facilitarte el trabajo. Los revisó todos y pareció desesperado al ver que lo que buscaba no estaba allí. Fue hasta el vestidor y empezó a sacar la ropa tirándola al suelo y cuando tampoco encontró lo que buscaba, puso las manos en las caderas mirando a su alrededor. Asustada porque no iba a parar hasta encontrar lo que buscaba, corrió hasta la cocina escondiéndose en la despensa con la puerta entornada. La luz de la ventana de la cocina le permitía no quedarse a oscuras. Steven debió perder la paciencia porque ella escuchó como se caían cosas al suelo. Sepi empezó a asustarse y miró a su alrededor. Eso no se podía ocultar como los robos de Kate y lo suyo. Aquel hombre quería hacerle daño a Frank y esos relojes eran carísimos. Eso si no había robado nada más, que lo dudaba.

Sus huellas estaban por toda la casa. En cuanto la policía las comprobara, la pillarían. Se mordió el labio inferior cuando escuchó un portazo sobresaltándose. No supo cuánto tiempo se quedó allí, pero en lo único en que pensaba era que tenía que irse. Ya no le vería más. Ya no sabría si estaba bien. Se quedaría sola de nuevo. Las lágrimas corrieron por sus mejillas sin darse cuenta y cuando tuvo valor, abrió la puerta de la despensa. Ignorando el caos que había a su alrededor fue hasta su habitación y sin dejar de llorar se agachó para tirar de su mochila y sacó sus vaqueros. Se vistió a toda prisa y corrió hasta el baño para coger las cosas que había dejado

allí. Las guardó y se limpió las lágrimas. Necesitaba una cazadora. Sorbió por la nariz y gimió al ver el estado de su habitación. Abrió el cajón superior de la cómoda para ver que al parecer se había arrepentido porque se había llevado todos los relojes. Miró el reloj de su muñeca y se lo quitó lentamente para dejarlo allí. Entre la ropa tirada, encontró una cazadora con capucha que tenía pinta de abrigar mucho. Se la puso y el aroma de la colonia de Frank llegó hasta ella. Rabiosa porque también le quitaran aquello, salió de la habitación e iba a abrir la ventana cuando se detuvo en seco. Aquello no era justo. Estaba harta de que las circunstancias la vapulearan. Y no tenía por qué permitir que la acusaran a ella de eso. Puede que fuera una ocupa, pero era honrada.

Fue hasta el salón y buscó los folios en blanco que usaba para la impresora. Se sentó en la mesa del salón para escribir. Miró la hoja en blanco y realmente no sabía cómo empezar. ¿Cómo se lo explicaba todo? Creería que estaba loca. A punto estuvo de no escribir nada e irse, pero lo que más le preocupaba es que su amigo se saliera con la suya dañándole de algún modo. Eso la decidió.

Querido Frank:

No me conoces, aunque yo a ti te conozco muy bien. Sé que te parecerá raro lo que te voy a contar, pero te puedo asegurar que lo hago por tu bien.

Parecía la carta de una acosadora. Frustrada tiró el folio al suelo.

Querido Frank:

Mi nombre es Sepi y llevo viviendo en tu casa un mes más o menos. Sé que te sorprenderá, pero te puedo asegurar que no tenía más opción que hacerlo si no quería dormir en la calle. Lo que ha ocurrido hoy no lo he hecho yo. Jamás haría algo que te dañara de alguna manera, te lo aseguro. Es más, te estoy muy agradecida. —Se mordió el labio inferior. —*No me estoy burlando ni nada de eso. Es la pura verdad.*

El día en que llegué, entré por la ventana de la habitación de invitados después de que Kate la dejara abierta. Y la dejó abierta porque le pasa a su hijo casi todos los días la bolsa de la compra que pagas tú. También te roba dinero de la cajita de madera de la entrada y compra cosas para ella o para su hijo. Si robara solo comida ni lo mencionaría porque pensaría que lo necesitaba, pero cuando me enteré de que hasta pagaba los caprichos del niño, me pareció el colmo. Pero me callé, por egoísmo supongo. Me quedaba horas sola en tu casa porque ella se iba después de que tú te fueras al entrenamiento y regresaba para largarse a las cinco. Casi no limpia y no echa suavizante a tus camisas. Te aconsejaría que la echaras.

Ahora te contaré lo que ha ocurrido hoy. Empezaba el partido con Denver cuando la puerta principal se abrió. Por poco me pilla. Cuando reconocí a tu amigo Steven Coks me extrañó que estuviera en tu casa y no en el campo. También me extrañó que os hablarais porque sé que desde que te pidió dinero no os lleváis bien. Él ha hecho todo esto y se ha llevado los relojes. Pero no buscaba eso, Frank. No sé lo que buscaba, pero ha revisado todos tus papeles. Ten cuidado. ¿Me prometes que tendrás cuidado? —Una lágrima corrió por su mejilla. *—Por cierto, no vuelvas con Putnam. Lo de anunciar pollo no fue buena idea. Tienes tarta de chocolate en la nevera. Sé que te gusta. Y a ese Kirtley espero que le des su merecido como a Steven. Siento mucho haberme aprovechado de ti, pero me ha gustado sentir que en este último mes formaba parte de tu vida, aunque no lo supieras. Te deseo lo mejor y espero que en el futuro encuentres esa mujer que te haga feliz para formar esa familia que tanto deseas.*

Sepi

Posdata: Por cierto, el partido con Miami fue increíble. Tu mejor partido de esta temporada. Me sentí muy orgullosa.

Apretó los labios cogiendo el folio y levantándose. ¿Dónde lo colocaba? Si llegaba Kate antes que Frank y veía la carta, la

rompería. No, tenía que ponerla en un sitio donde solo mirara él. Corrió a su habitación y con todos los papeles que había allí igual no se daba cuenta. Regresó al salón y la colocó sobre la mesa del comedor. Mejor era acabar cuanto antes. Cogió el teléfono inalámbrico y fue hasta la habitación de invitados. Se puso la mochila al hombro y abrió la ventana. Miró el teléfono y marcó. —¿Es la policía? Quiero denunciar un robo.

Frank miraba asombrado la hoja dentro de una bolsa de plástico transparente. Acababa de llegar de Denver y se encontraba con la policía en su casa.

—¿Esto es una broma? —preguntó al detective Morris, que le miraba fijamente.

—Pues no tiene pinta de broma. Hemos encontrado unas braguitas en la secadora. Usted vive solo, ¿no es cierto?

—Claro que vivo solo. ¡Serán de la asistenta!

—¿Su asistenta lava la ropa interior en su casa?

—¡Al parecer hace lo que le da la gana en mi casa según esto!

—¿Cree lo que dice en la carta?

La miró dudoso. Lo que decía de Putnam… Y lo de Steven. No le había contado esa discusión a nadie. Además, ahora se comía un pedazo de tarta todas las noches cuando veía los deportes en la televisión. Y Kate jamás le había hecho antes tarta de chocolate. En realidad, había habido cambios desde hacía un mes. Su vestidor por ejemplo, que ahora estaba muy ordenado. O lo estaba.

El detective le miró interrogante.

—¿Hay micros?

—No, señor Murray. No hay micros. Venga conmigo.

Fueron hasta el baño de invitados y le señaló el desagüe de la ducha. Parpadeó sin salir de su asombro cuando vio un pelo casi blanco muy largo. —Joder.

—Esta habitación normalmente no se usa, ¿verdad?

—No se ha usado desde que compré esta casa. —Se pasó la mano por su cabello castaño mirando a su alrededor y se agachó para abrir el armarito del baño. Pero estaba vacío.

—Detective…

El detective Morris miró a un policía que iba de uniforme, cerrando la libretita que llevaba en la mano. —¿Si?

—Necesitaríamos que el señor Murray nos dijera lo que le falta.

Frank apretó los puños yendo hacia su habitación y al ver su estado suspiró pasándose la mano por la nuca. —¿Puedo abrir el primer cajón?

—Sí, claro. Ya hemos sacado las huellas.

Abrió el cajón y juró por lo bajo. —Todos mis relojes.

—¿Cuántos eran?

—Unos veinte. Algunos muy caros.

—Todos no. Tenemos éste. —Un policía levantó una bolsa con su reloj deportivo.

—Joder, ese reloj lo había perdido.

—¿Hace un mes? —preguntó el detective divertido.

—¡Hostia, esto no tiene gracia! ¡Una mujer ha vivido conmigo un mes y ni me he dado cuenta!

—Pues ha tenido mucha suerte. Se lo aseguro. Pudo despertarse una mañana con una chiflada intentando cortarle el cuello. Sin embargo, ésta le hace tartas. —El detective miró al del reloj. —Que lo lleven a huellas. ¿Qué más le han robado?

Miró a su alrededor. —¿Y yo qué sé? Esto es un desastre.

—En cuanto haga un inventario, debe entregarlo en comisaría. Y dé parte al seguro. Por cierto, yo que usted ponía una alarma.

—¡Ya tengo alarma!

—Claro, entonces despediría a la empleada de hogar.

—¡Eso pienso hacer! ¡Y también quiero denunciarla!

—Sería la palabra de la mujer de la carta contra esa tal Kate. Lo siento, pero lo tiene difícil. —Juró por lo bajo. —¿Qué puede contarme de ese amigo suyo?

—Tiene un problema con el juego.

—¿Un problema?

—¡Un gran problema! Me pidió otros veinte mil y me negué. Desde entonces no me habla.

—¿De dónde ha podido sacar sus llaves?

—Tiene un juego. Hace dos años me fui de vacaciones y le di un juego por si ocurría algo. Nunca se lo reclamé.

El detective le hizo una seña a otro policía de paisano que estaba hablando con el portero. —Jensen, que avisen a las casas de empeños. —Miró a Frank a los ojos. —Necesito esa lista de relojes de inmediato. Cuanto antes le pillemos mucho mejor.

—¡Algunos de esos relojes son de coleccionista! ¿Y si esa mujer está acusando a Steven y fue ella quien los robó?

—¿Y le deja una carta? Además, llamó a la policía.

La verdad es que parecía absurdo cuando podía irse y ya estaba. —¿Buscarán a esa mujer? Debe ser una anciana para tener el pelo blanco y hace frío. Ha dicho que se había quedado porque si no dormiría en la calle…

—Es nuestra testigo. O nuestra sospechosa si resulta que lo que dice en esa carta solo es para joderle a usted. Nunca se sabe. No cierro ninguna posibilidad. Por supuesto que la buscaremos. En cuanto nos den los resultados de las huellas. Esperemos que nos den algo. Sin embargo, si vive en la calle, puede ser difícil de encontrar. Ya veremos. Debe ir a la comisaría a poner la denuncia y le aconsejo que cambie la cerradura.

—Gracias, detective.

—Nosotros hemos acabado de momento.

Cuando se quedó solo, llamó a un cerrajero veinticuatro horas para cambiar la cerradura y se aseguró de que todas las ventanas estuvieran cerradas. Cerró con pestillo la ventana de la habitación de invitados y miró al exterior recordando la carta. No se podía creer que Steven hubiera llegado a eso y jamás se le hubiera pasado por la imaginación si esa mujer no le hubiera avisado. Estaba lloviendo y con fuerza. Estaba haciendo un invierno horrible y debía ser una mujer mayor. Ya le extrañaba a él que Kate le hubiera colocado los

cinturones. Entonces se dio cuenta de todos los cambios que había habido ese último mes. Su ropa estaba mejor planchada, las cenas eran deliciosas, todo estaba impecable y había un olor a lavanda por la casa que le encantaba. Y ni se había enterado de que estaba allí. La verdad es que como asistenta era un diez. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón pensando en ello. Si era inocente, estaría seguro de que el piso quedaría bien cuidado cuando se fuera de viaje. Además, esa habitación no se usaba. Seguro que era una anciana que había tenido mala suerte en la vida y todo el mundo merecía otra oportunidad. Sonrió satisfecho porque se notaba que la mujer le tenía cariño por el comentario de que le deseaba una familia y esas cosas. Si no tenía taras mentales, igual la contrataba.

Parpadeó mirando la foto de perfil de Guiuseppina Foster que el detective le había dado. Aunque en realidad eran dos fotos. Una de frente y otra de perfil. Era una mujer preciosa con unos grandes ojos azules que parecía asustada.

—¿Me está diciendo que esta es la anciana que vivió conmigo un mes?

El detective reprimió la risa. —Pues sí. ¿A que ahora se arrepiente de no haberse enterado primero?

Dejó la foto aparentando indiferencia y carraspeó. —¿Y la han encontrado?

—Tiene veinticuatro años.

—¡Eso ya lo he visto en la ficha policial! —Apoyó el codo en el escritorio del detective y preguntó interesado —¿Qué hizo?

—Robó un bocadillo.

Le miró incrédulo. —¿Perdón?

El detective suspiró. —Tuvo mala suerte. Eso es todo. Según su expediente, perdió a su padre con dieciocho y después todo fue rodado. Se pasó un año en prisión y otro de libertad condicional. Precisamente sobre la fecha en que se fue a vivir con usted, la despidieron del supermercado donde trabajaba.

—Joder. —Se pasó la mano por los ojos y el detective apretó los labios. —Así que fue ella.

—Hemos detenido a Steven Coks.

Le miró sorprendido. —¿Qué?

—Le pillaron en una tienda de empeños vendiendo esto. —Abrió un cajón y le mostró un reloj en una bolsa que dejó sobre la mesa.

—¡Es mi Rolex!

Iba a cogerlo, pero él apartó la bolsa. —Lo siento, es una prueba como todo lo demás. ¿Puede decirme qué cree que quería robar aparte de esto?

Suspiró apoyando la espalda en el respaldo de la silla. —Como no sean mis bonos…

—¿Los tenía en la casa?

—Los tuve. Pero compré más, así que los llevé a una caja de seguridad del banco.

—Muy bien. Cuanto menos tenga en casa mejor.

—De eso ya me he dado cuenta. ¿La ha encontrado? —El detective le miró sin comprender. —¡A la chica!

—Ah… pues no. Pero ya no la necesitamos. Le hemos cogido con la mercancía y ha cantado.

—¿Me está diciendo que va a dejar que duerma en la calle? —preguntó indignado.

—Mire, amigo… Si quiere ligar, la policía no puede ayudarle en eso.

—¡No quiero ligar! ¿Cree que tengo problemas para ligar?

El detective se echó a reír. —No, no creo que los tenga.

—¿Usted no está para ayudar al contribuyente? Debe encontrarla. ¿Cómo la va a dejar en la calle?

—Es mayor de edad y le aseguro que tenemos trabajo de sobra con las personas que realmente están en peligro. Lo siento, pero no puedo hacer nada.

Frank pensó rápidamente. —Quiero poner una denuncia. Esa mujer vivió en mi casa. Eso es allanamiento, ¿no?

El detective suspiró. —¿Habla en serio?

—¡Sí! Muy en serio. —Miró la foto de Sepi y se le heló la sangre pensando en que estaba por ahí fuera sola y seguro que sin dinero. ¿Dónde habría dormido esa noche?

—Si se empeña…

Vio que el detective no puso mucho interés en su denuncia y cuando salió de comisaría sacó su móvil marcando el número que buscaba. Se puso el teléfono al oído mirando a su alrededor.

—¿Diga? —preguntó una voz que parecía que se acababa de despertar.

—Espabila, Sam. Necesito que me digas cómo se llamaba ese detective que contrataste cuando tu tercera esposa te puso los cuernos.

—¿Frank?

—¿Te has ido de juerga?

—¡Todavía estoy en Denver! No tenemos entrenamiento hasta mañana. Joder, ¿son las diez de la mañana?

Frank se acercó a la acera y levantó el brazo para parar un taxi. —El nombre, Sam. Me dijiste que era muy rápido.

—¿Qué pasa, Frank? ¿Tienes problemas?

—Coge el primer avión. Te necesito aquí. Va a caer una bomba sobre el equipo.

—Ya me estoy vistiendo. El tipo se llama Elliston, Charlie Elliston. Tiene la oficina en la avenida Madison. No es barato, amigo. Pero merece la pena.

—Gracias, te veo en mi casa.

Se metió en el taxi y dio la dirección de su apartamento antes de llamar a su manager y explicarle lo que había ocurrido.

—¿Has llamado a alguien del equipo? ¿La prensa se ha enterado?

—No tardarán en enterarse porque está detenido.

—Voy a llamar a Quintero —dijo Burney—. Es el jefe de prensa del club y debe estar prevenido. Si te preguntan, no hagas declaraciones. Que se encargue el club.

—De acuerdo. Te llamo con lo que me digan.

—Joder, ¿de verdad Steven Coks le ha robado?

Miró al taxista y juró por lo bajo. —Amigo, me guardará el secreto, ¿verdad? Será el club quien haga las declaraciones.

—Claro que sí. Soy un seguidor de los Jets de toda la vida, ¿sabe? Y contratarle a usted ha sido lo mejor que ha hecho el club en años. Ese Coks nunca me ha gustado. Se le veía que quería darse mucha importancia. Sí, siempre me dio mala espina. Es raro que a mí me la peguen.

Joder, pues a él se la pegaba hasta la asistenta. Eso le recordó que su misteriosa protectora estaba en algún lugar de esa ciudad. Miró a la acera viendo como las personas caminaban de un lado a otro. No podía negar que le había sorprendido su aspecto, pero inexplicablemente después de conocer su historia, necesitaba encontrarla todavía más.

Capítulo 4

Sepi se detuvo bajo la lluvia ante el quiosco de prensa, viendo a Frank al lado del presidente de los Jets, dando unas declaraciones sobre lo que había ocurrido. Sepi sonrió sin importarle empaparse la cara, a pesar de que tenía la capucha, mientras leía lo que podía de la noticia. Steven había sido expulsado del equipo y se había rescindido su contrato después de las pruebas que tenían en su contra. No la mencionaban a ella, así que supuso que habían cerrado el caso, porque al parecer la fiscalía había llegado a un acuerdo de cinco años de prisión. Va, no cumpliría ni la mitad. Miró la foto de Frank que estaba muy serio en su declaración, pero muy guapo vestido con un traje gris y una corbata del mismo color sobre su camisa blanca.

Sonrió alegrándose porque estuviera bien, pero al mismo tiempo se sintió muy triste porque no volvería a verle. Al menos tenía noticias suyas por los periódicos. Vio de reojo que el hombre del quiosco la observaba y se alejó a toda prisa. Todavía eran las once de la mañana y vagabundeó para que se le pasara el tiempo más rápido. Miró escaparates y sin darse cuenta llegó al edificio de Frank. Se mordió el labio inferior viendo a la prensa ante el portal y cómo el portero les gritaba que se alejaran. Una vecina salió con su perrito en brazos soltando pestes sobre la prensa antes de entrar en el coche negro que la estaba esperando. Pasó ante el callejón y sin poder evitarlo miró hacia arriba. Se le cortó el aliento al ver la ventana abierta igual que el día en que subió esas escaleras.

Se detuvo mirando hacia allí e incluso dio un paso hacia la escalera, pero se paró en seco al darse cuenta de lo que estaba haciendo. Casi chilla del susto cuando la cogieron del brazo con

fuerza y al ver a un hombre de unos cincuenta años mirándola intentó soltarse. —¿Qué hace?

—¿Qué hago? —Miró sobre su cabeza a los periodistas. —Mira, si no quieres perjudicar a Frank vas a venir conmigo.

—¿Qué? ¡Suélteme!

Él le miró a la cara. —Eres Sepi, ¿verdad?

Se asustó creyendo que era policía e intentó soltarse. —¡Estate quieta! —Tiró de ella hacia el callejón para que no los vieran y la apoyó contra la pared. —¡Frank Murray te está buscando!

Se le cortó el aliento. —¿Para qué?

—Quiere compensarte por tu ayuda.

—No quiero nada de él. No necesito nada.

—¡Niña, deja de decir tonterías! —Sepi se sonrojó cuando la miró de arriba abajo. —Por cierto, bonita cazadora. Frank tiene una igual, ¿no es cierto?

Se sonrojó aún más. —La he cogido prestada. Le enviaré el dinero cuando consiga trabajo.

—¿De veras? —Tiró de ella hasta los contenedores y dijo fríamente —Sube.

—¿Qué? —Ese tío estaba loco. —Ni hablar.

—Te aconsejo que subas o llamaré a la policía. Y como has visto, están en el portal. Quiere pollo asado para cenar. Y se le ha acabado la tarta de chocolate.

Sintió que su corazón daba un vuelco en su pecho. —¿Me está vacilando?

El hombre sonrió. —No. Sube. Al parecer necesita asistenta y te ofrece el puesto.

Sonrió radiante sin poder creérselo. —¿De verdad?

—De verdad.

Si sabía lo de la tarta de chocolate, es que había hablado con él, ¿no? —¿No será una trampa o algo así…?

—Niña, me estoy calando. ¿Quieres subir de una vez?

—¿Está seguro de que Frank le ha dicho que quiere que vuelva?

—Soy detective. —Sepi dio un paso atrás y dijo exasperado —Me ha contratado para que te encontrara y no soy nada barato.

—¿Por qué?

—Eso tendrás que preguntárselo a él. Pero lo de ser su asistenta es una mejora en tu vida. Tendrás que reconocerlo.

Sí, la verdad es que lo era. Tendría trabajo y le vería todos los días. Sonrió emocionada. ¡Y podría hablar con él! Pero todo aquello era realmente raro. Lo mejor era asegurarse. —Llámele —dijo con desconfianza—. Si le ha contratado, podrá llamarle.

—No fastidies. ¿De verdad? —Se cruzó de brazos apretando los labios y no tuvo más remedio que sacar el teléfono móvil. Se lo puso al oído resignado. Pasó un minuto y él apartó el teléfono. —No lo coge. Estará entrenando. ¿Quién crees que ha dejado la ventana abierta? ¡La ha dejado así para que si alguien miraba yo me diera cuenta de que tú eras tú! ¡Después de que le hayan robado, es un poco raro dejar una ventana abierta en pleno invierno!

—¿No me está mintiendo? ¿Quiere que trabaje para él?

—Sube. No te va a dar tiempo a hacer esa tarta de chocolate que tanto le gusta.

Era hora de arriesgarse. Si la detenían, mala suerte. Al menos no pasaría frío en la cárcel. Se subió al contenedor con agilidad y tiró de la escalera. Él subió tras ella y cuando llegó al primer piso, elevó la escalera. Miró hacia abajo y él levantó el pulgar. —Dile que le paso la factura por mail.

—¿Cuándo le contrató?

—Hace cuatro días.

Al día siguiente de cuando se había ido. Sonrió radiante y se despidió con la mano antes de subir corriendo las escaleras hasta la ventana. Miró hacia dentro y tiró de la ventana hacia arriba. No se podía creer que estuviera otra vez allí. Se quitó las deportivas antes de posar los pies y cerró la ventana emocionada. ¡La había buscado! Levantó las cejas al ver la cama deshecha y se quitó la cazadora para llevarla hasta la lavadora, cuando se detuvo en seco al ver el estado de su habitación. ¡No había recogido nada! Asombrada fue

hasta el salón para ver que seguía en el mismo estado y que la cocina tenía la encimera llena de platos. Estaba claro que no había movido un dedo en la casa. Ahora entendía que hubiera dormido en su cama.

Metió la ropa en la lavadora y desnuda la puso en marcha. Antes de ponerse a trabajar se daría una ducha. Sí, era lo mejor para entrar en calor. Recorrió el salón y jadeó horrorizada al ver un polvo azul en los marcos de las puertas que eran blancos. ¡Era para matarlos! ¡Y llevaba días así!

Cogió unas toallas limpias y fue hasta su baño tirando las que allí había al suelo. No sabía si estaban usadas, pero mejor lo lavaba todo. Sacó sus enseres personales de la mochila y se dio una larga ducha. Estaba enjabonándose el cabello cuando el vello de la nuca se erizó y se volvió de golpe asustada. Estiró el cuello, pero no vio a nadie en la habitación y su corazón se aceleró. —¿Frank?

Al no recibir respuesta, dio un paso sobre la pizarra que hacía de plato de ducha hasta el final de la mampara y miró hacia la habitación cogiendo una toalla. Salió al dormitorio y al no ver a nadie, salió hasta el pasillo. Pero allí no había nadie. Estaba claro que haber vivido esperando que la sorprendieran a cada momento, la había afectado. Una gota del cabello cayó sobre la moqueta y gimió corriendo hacia el baño de nuevo viendo que había dejado sus huellas. —Mierda.

Se duchó a toda prisa y envuelta en una toalla después de secarse y de cepillarse el cabello, sacó todo lo que tenía en la mochila para lavarlo, mochila incluida. De la que iba, fue recogiendo todo lo que encontraba como las sábanas y todo se acumuló en el cuarto de la lavadora. Como no tenía ropa, fue a la habitación de Frank. Esperaba que no le importara, pero no tenía otra opción. Escogió una camiseta blanca con manga corta y sonrió porque la manga le llegaba debajo del codo. Estaba decente. Se agachó en su cuarto y empezó a recoger los papeles que estaban por el suelo. Ya que estaba, los colocó por la fecha del encabezamiento. Los colocó en su sitio y después siguió con los cinturones y las corbatas. Abrió

el cajón de arriba y vio el reloj que ella se había puesto. Sonrió cerrando el cajón. Ahora no necesitaba controlar la hora.

Estuvo muy entretenida todo el día y estaba controlando que no se le quemara el pollo cuando escuchó que se abría la puerta principal. Los pasos sobre el parquet la pusieron muy nerviosa y apretó la barra del horno entre sus manos al darse cuenta de que se acercaba a la cocina. Le sintió observándola y se sonrojó volviéndose lentamente. Se miraron a los ojos en un silencio muy incómodo para ella y nerviosa por si la habían engañado dijo atropelladamente —Un señor me dijo que subiera.

Él la observaba muy serio, lo que la puso aún más nerviosa, así que rodeó la isla de la cocina. —Pero si quieres me voy. Yo…

—Está bien. Quería ofrecerte un trabajo.

Se sonrojó de gusto. —Gracias. —Al ver que no decía nada más, si no que la miraba de arriba abajo añadió —Estoy lavando mi ropa. Sé que eres sensible a los olores y…

—¡Está bien, Sepi!

La sorprendió que le hablara así, porque nunca le había visto hablar mal a nadie y se apretó las manos. —Si no quieres que me quede… No tienes ninguna obligación. Me aproveché de ti como los demás y…

—Voy a ducharme.

—Oh, pues… —Se mordió el labio inferior. —¿Te importa ducharte en el mío?

—¿Por qué no puedo ducharme en el mío?

—Es que he echado un producto en la mampara y… —Él levantó las cejas. —Pero lo quito ahora mismo. Ya habrá hecho efecto.

—Me ducharé en tu baño.

Ella sonrió radiante. —Te prometo que cuando te acuestes, tendrás la habitación como antes.

Le escuchó gruñir de la que se alejaba. Estaría de mal humor. Claro, lo que había pasado le había afectado mucho. Era lógico que estuviera enfadado. Apagó el horno y comprobó que el pollo se terminara de dorar con el calor residual. Asintió yendo hasta la

habitación de Frank porque escuchó que ya estaba en su ducha y terminó de limpiar su baño. Estaba arrodillada ante la bañera cuando le vio llegar con la toalla que ella había usado atada a las caderas y desvió la mirada poniéndose como un tomate. Entonces se dio cuenta de que él le había ofrecido un trabajo, no vivir allí. Cerró el grifo del agua muriéndose de la vergüenza. ¡Debía pensar que estaba loca! Había ocupado su casa de nuevo.

Se levantó y se dio la vuelta gritando del susto cuando le vio subiéndose unos calzoncillos. Se volvió de golpe. —Perdona, perdona yo…

—No disimules, Sepi. ¿Acaso no lo has visto antes?

Gimió roja como un tomate y se volvió lentamente antes de mentir como una bellaca. —No.

—¿Has estado un mes viviendo en mi casa y nunca has echado un vistazo cuando me estaba duchando?

Dios, que se la tragara la tierra porque era su pasatiempo favorito. —No.

Él gruñó cogiendo un pantalón del pijama. ¿Qué hacía? Si nunca se los ponía. Bueno, estaba claro que lo hacía por ella.

Dio un paso hacia él. —Perdona, pero me acabo de dar cuenta de que me has ofrecido trabajo no…

—¿No qué? —Se cruzó de brazos y ella tragó saliva al ver esos músculos en tensión.

—Igual no quieres una interna y…

—Está bien.

Se volvió saliendo de la habitación y ella frunció el ceño. ¿Está bien? ¿Qué coño significa eso? ¿Qué estaba bien que se quedara allí? Se volvió confundida y recogió los productos de limpieza. Si quería que se fuera ya se lo habría dicho, ¿no? Sonrió satisfecha y salió de la habitación recogiendo la toalla que había tirado en el suelo. Cuando pasó por el salón, le sonrió al verle con el mando de la tele en la mano.

—¿Quieres beber algo? ¿Un zumo de piña? —La miró como si le hubieran salido dos cabezas y se sonrojó de nuevo. —¿No? Vale.

Como estaba viendo la tele en el salón, salió de nuevo cuando ya estuvo la cena lista y le preguntó —¿Te traigo una bandeja?

—¿Dónde cenabas tú?

Carraspeó nerviosa. —En la cocina.

—Pues cenemos en la cocina. Así nos conoceremos. O mejor dicho. Así te conozco yo. Ya que parece que tú me conoces muy bien.

Avergonzada se dio la vuelta hasta la cocina y puso la mesa allí para los dos. Bueno, no era para tanto. Era lógico que quisiera conocerla después de haber vivido en su casa. Estaba colocando los cuencos de las ensaladas cuando entró en la cocina y le vio ir hasta la nevera. Se mordió el labio inferior cuando le vio sacar una cerveza. —No había cervezas antes… —dijo ella sin poder evitarlo.

La abrió y tiró la chapa al fregadero. —Estaban en la despensa.

—Estás de temporada…

—¿Me estás controlando?

—No, claro que no. —Él se sentó ante el plato y ella preguntó —¿Pechuga o muslo?

—Me es igual. —Le miró de reojo y le vio beber de la botella sin quitarle ojo. Vio como tragaba y como su nuez subía y bajaba. El cuchillo se le cayó de la mano dentro de la fuente. Juró por lo bajo cogiéndolo de nuevo con cuidado de no quemarse. —Huele muy bien.

Sonrió aliviada. —Gracias. —Cortó un muslo y lo acercó hasta su plato.

—Tú también hueles muy bien.

El pollo cayó sobre su plato de golpe mientras le miraba con los ojos como platos. —Ahora entiendo el olor a lavanda.

—Ah… —dijo aliviada forzando una sonrisa. No es que le estuviera tirando los tejos, es que se había dado cuenta del olor. Cogió algunas patatas y se puso a servirlas.

—Me has visto hacer el amor con Carla, ¿verdad?

Las patatas le cayeron del plato sobre el mantel, pero ella ni se dio cuenta mirando sus ojos color miel que sonreían maliciosos. —

No…

—¿No? ¿No llegaste ese día? Recuerdo que precisamente ese día no olía a lavanda.

Negó con la cabeza muerta de la vergüenza. —Pues…

—¡Déjate de rollos! —gritó sobresaltándola.

—¡Estaba debajo de la cama! ¡No vi nada!

—¡Joder! —dijo molesto.

Ella gimió arrepentida. —Lo siento. No sabía que tú ibas a…

—¡Estoy en mi casa! ¡Puedo hacer lo que quiera!

—Claro, claro. ¿Patatas? —Miró los cubiertos y gimió al ver las patatas sobre el mantel. —Oh… —Se volvió para ir a por papel de cocina, pero él la cogió por la muñeca sobresaltándola. Le miró confundida y con los nervios destrozados. —Lo recojo ahora.

Frank parecía que quería decirle algo, pero al final le soltó la muñeca. Sintió el tacto de sus dedos aun después de soltarla y cogió el rollo del papel sintiendo su mirada en su espalda. Volvió con una sonrisa en la cara. —Siento haberlo tirado, pero es que me ha sorprendido tu pregunta.

—Pues no sé por qué. No va a ser la única que te haga.

Madre mía, pensó mientras se acercaba y recogía las patatas. Esa mirada empezaba a ponerla nerviosa de veras. Le sirvió a toda prisa y se sentó ante él sirviéndose medio trozo de pechuga que sabía que le gustaba menos.

—Bueno… Sepi. Cuéntame algo de tu vida.

Ella se tensó mirando su plato. —¿Sobre mi vida? —Se metió un pedazo de pollo en la boca sin ninguna gana.

—Sí, ya que vas a vivir en mi casa, debo conocerte un poco al menos.

—Sí, claro. ¿Qué quieres saber? —preguntó tímidamente.

—La verdad es que la policía me ha contado bastante.

Claro, la policía le habría dicho que tenía una delincuente viviendo en casa. Avergonzada masticó lentamente y cuando tragó, levantó la vista forzando una sonrisa. —Entonces ya lo sabes todo, ¿no? Estuve en la cárcel.

—Ya. —Él la miró pensativo y Sepi se sintió como si estuviera bajo un microscopio. Incómoda se revolvió en su silla. —¿Y cómo es?

Eso sí que la sorprendió. —¿Perdón?

Frank parecía muy tenso. —La cárcel, ¿cómo es?

—No quiero repetir la experiencia —dijo fríamente encerrándose en sí misma. Se forzó a seguir comiendo, pero él no había probado su plato—. ¿No tienes hambre?

Él miró su plato. —Pues no mucha, la verdad. Se me ha quitado.

Sepi suspiró levantándose. —Esto no es buena idea. No es justo que te sientas incómodo en tu propia casa. Me voy.

—¡No estoy incómodo! ¡Y tú no te vas a ningún sitio! ¿Dónde está mi tarta?

Le miró sorprendida. —Pero si no has comido…

Vio cómo se levantaba y salía de la cocina como si quisiera golpear algo. Se apretó las manos sin saber qué hacer. Su actitud decía que no estaba cómodo con ella allí y sin embargo insistía en que se quedara.

Preocupada le siguió y le vio en el salón mirando por la ventana. —Frank, no pasa nada. Estás acostumbrado a vivir solo y…

—Solo tengo que cambiar mis costumbres.

—Si me dieras un adelanto, podría vivir en un motel y venir de nueve a cinco.

La miró como si le hubiera defraudado y se sonrojó. —Lo siento, te prometo que trabajaré. No me voy a ir porque me des el adelanto. Te lo aseguro. —Sonrió encantada. —Este trabajo me gusta. Te prometo que no te voy a dejar.

Él entrecerró los ojos. —¡Me voy a la cama! ¡Desayuno a las siete!

—Ya lo sé.

Él gruñó antes de ir hacia su habitación y cerrar de un portazo, pero volvió a salir apenas dos segundos después. Parecía nervioso. —¿No tienes que preocuparte por nada, de acuerdo? —A Sepi se le cortó el aliento. —Aquí estarás bien. Ya lo sabes. —Asintió viendo

cómo iba hacia su habitación como si se resistiera a decirle algo más, pero antes de entrar volvió a darse la vuelta. —No te irás, ¿verdad?

Sepi negó con la cabeza sintiendo que su corazón iba a mil por hora. Eso pareció aliviarle. —Bien, hasta mañana.

—No puedes irte a dormir sin comer nada. Estás en plena temporada y…

—No tengo hambre.

—¿Te corto un pedazo de tarta?

—¡No!

Entró en su habitación dando otro portazo y Sepi suspiró llevándose una mano al pecho. Estaba muy raro, pero madre mía cuando la miraba de esa manera, la dejaba al borde del infarto y seguro que Frank ni se daba cuenta. Él la había buscado y ahora tenían que acostumbrarse a verse a diario. Era un problema de adaptación. Sí, era eso. Haría todo lo posible para que estuviera cómodo en su casa. Claro que sí. En unos días tendrían una relación normal. Incluso podrían ser amigos.

Capítulo 5

Frank se dejó caer en el banco del vestuario y apoyó los codos sobre las rodillas pasándose las manos por el cabello húmedo una y otra vez.

Una palmada en el hombro le hizo gruñir. —Joder, amigo. ¿Estás bien? Te veo un poco…

Levantó la vista fulminando con la mirada a su amigo. Sam silbó reprimiendo la risa.

—¿De qué coño te ríes?

Su amigo sentó sus ciento veinte kilos de puro músculo ante él y se quitó la camiseta. —Estás un poco agresivo. ¿No crees?

—¿Por qué piensas eso?

—No sé. Debe ser porque has dejado a Kirtley tirado en el campo por el revolcón que le has metido y no hay quien te hable.

—Ese gilipollas llevaba tiempo buscándolo.

—Espero que no esté lesionado, porque te echarán la bronca.

—Que les den. —Se levantó quitándose la camiseta y lanzándola al contenedor de la ropa sucia donde se tiraban los uniformes y las toallas. Puso un pie sobre el banco y empezó a deshacer el cordón de la bota.

Sam se quitó las protecciones sin dejar de mirarle. —¿Qué pasa, amigo? ¿Es por Steven?

—Que le den a ese mamón. Encima que le he ayudado.

—Exacto. —Reprimió la risa. —Ya lo entiendo. Es esa chica.

Se detuvo en seco y le miró como si quisiera cargárselo. Sam se echó a reír a carcajadas. —¿Qué pasa? ¿Te hace la vida imposible? Ahora que puede hablar contigo se ha pegado a ti como una lapa, ¿verdad? Si está buena, aprovecha tío. Y lo que dure, duró.

—Ella no es así.

Sam le miró sin comprender. —¿No es así?

Suspiró quitándose la otra bota y sentándose en el banco de nuevo como si estuviera agotado. —Joder, no he dormido nada en toda la noche.

—¿Te la has tirado, cabrón? ¿Entonces a qué viene esa cara?

—¡No me la he tirado!

—Ah, entonces es por eso. —Sam le escuchó gruñir de nuevo. —¿Tan fea es?

—Serás bestia.

—¿Está buena? ¿Y de qué coño te quejas?

Le fulminó con la mirada. —No es como las demás.

—Claro, ésta ha estado en la cárcel.

—¡No sé para qué hablo contigo! —Se quitó las protecciones de mala manera mientras su amigo le miraba extrañado. Tuvo que pelearse con los cierres y tiró las protecciones al suelo fuera de sí. Estaba claro que necesitaba desahogarse.

—Joder, lo que te gusta esa tía…

Le miró sorprendido. —Sí, ¿qué pasa?

—¡Pero si no la conoces! ¡La viste ayer por primera vez!

Frank no quería recordar como la había visto la primera vez, porque era precisamente esa imagen la que no le había dejado dormir y le había hecho comportase como un gilipollas con ella.

—Olvídalo. —Se quitó los pantalones y desnudo fue hacia las duchas.

Sam le siguió. —Pues si te gusta, tíratela y ya está. —Su amigo empezó a enjabonarse. —Ya lo entiendo, no quieres tener una relación con ella porque sino no te la quitarás de encima.

—No entiendes una mierda —gruñó molesto inclinando la cabeza hacia delante intentando que el agua le quitara la tensión que sentía.

—Pues si no te explicas…

—Es muy tímida, ¿entiendes? Tendrías que verla. ¡Parece que se siente segura en mi casa y no quiero que vuelva a huir por la

ventana!

—Pero si eres un conquistador nato y… —Sam no salía de su asombro. —¿Te has enamorado de ella?

—Al fin esa neurona se ha enterado —dijo el utillero del equipo en voz baja dejando toallas en las estanterías de la ducha.

—Cliff, ¿no tienes nada que hacer? —gritó Frank furioso—. ¡Y no estoy enamorado de ella! ¡No la conozco! Y ella no quiere que la conozca, porque no me cuenta nada.

—Si le haces las preguntas así…

Cliff se cruzó de brazos. Su amigo, al que le quedaban cuatro años para jubilarse y que llevaba toda su vida en los Jets, siendo casi una institución, le miró como si fuera estúpido. —Seguro que te has puesto nervioso y has sido algo brusco con ella.

—¿Yo? —Le miró asombrado porque era exactamente lo que había ocurrido. —¡Es que no sé cómo comportarme! ¿Soy su jefe? ¿Su compañero de piso? ¡Porque está claro que no soy su amigo ni su amante! ¡Estoy seguro de que cuando vuelva a casa, se habrá largado de nuevo, pensando que tengo dos personalidades! ¡Joder! ¡Ha invadido mi intimidad! ¡Ella me conoce y yo a ella no! Si hasta estaba bajo la cama cuando me acosté con Carla.

Le miraron con la boca abierta. —¡Esa! ¡Esa es la cara que se me debió quedar a mí! ¡A ver cómo conquisto ahora a una mujer que estaba bajo la cama mientras me tiraba a otra!

Sam cogió una de las toallas que le tendió Cliff, que seguía mirándole con la boca abierta. —Venga, estamos en el siglo veintiuno. No se va a escandalizar.

—No, si ella estaba tan normal. ¡El escandalizado fui yo!

Sus amigos no lo resistieron más y se echaron a reír a carcajadas. —No sé para qué os cuento nada. —Furioso cogió la toalla y se secó la cabeza de malos modos. —Sois lo peor…

Fue hasta el vestuario y uno de los jugadores nuevos al ver su ceño fruncido casi salió corriendo. Cogió su ropa de la taquilla.

—No es para tanto. Debes conquistarla poco a poco —dijo Cliff sentándose en su banco antes de ver que uno de los jugadores

dejaba caer una toalla al suelo—. ¡Oswald! ¡Vuelve a hacer eso y te estarás secando con esa toalla el resto de la temporada!

El jugador la recogió a toda prisa tirándola en el contenedor.

—Conquistarla poco a poco. —Se puso la camisa. —Es que no la has visto.

—Invítanos a cenar —dijo Sam intrigado.

—Más quisieras…

—Debe ser una diosa. Si no quieres espantarla, debes conquistarla poco a poco —dijo Cliff pensativo.

Frank se puso los pantalones con movimientos bruscos. —Tengo una sensación de impotencia…

—¿Por no poder acostarte con ella ya?

Miró sorprendido a Sam y tuvo que admitirlo. Desde que la había visto duchándose, no podía dejar de pensar en que la quería en su cama. ¡Y ya! Pero si no quería que se largara asustada, debía conquistarla poco a poco. Lo frustrante es que su cuerpo no podía esperar. Gruñó en respuesta y Cliff rió por lo bajo.

—¿Por qué no le haces un regalito de bienvenida? —sugirió el utillero sorprendiéndole—. Y en agradecimiento por todo lo que hizo con Steven.

—Es buena idea. A las mujeres les gustan esas chorradas. O eres sincero y la sientas en el sofá. Mira Sepi, tengo un dolor de huevos que no puedo ni pensar. ¿Te importaría acostarte conmigo mientras te conquisto? Total, vamos a llegar al mismo sitio. —Cliff y Frank miraron a Sam como si fuera imbécil y les preguntó sorprendido —¿No? ¡Tío, eres Frank Murray! ¡A las tías se les caen las bragas a tu paso!

—Ignora a este gañán —dijo Cliff—. Lo mejor es que la conquistes poco a poco. Si no quieres asustarla y es tímida, deberías hacerlo así.

—Joder, tío. Ni con aquella secretaria te pusiste así. Y eso que se acostaba con su jefe y tú insistías…

—¡Lo de Ana era distinto! ¡Conectamos! ¡Lo que tengo con Sepi es una atracción física mil veces mayor y siento que es mía!

Cliff le miró asombrado. —Sí que debe ser una diosa.

Frank sonrió por primera vez en el día. —La más hermosa que he visto en mi vida. Por dentro y por fuera.

—Pues no la dejes escapar, chaval. Hazme caso. Cómprale un detallito para que sepa que te has acordado de ella.

Sepi tarareaba la canción que sonaba en la radio mientras planchaba una de las camisas de Frank. Había puesto la tabla de planchar en la cocina, seguramente por toda la ropa que tenía que planchar y Frank gruñó interiormente al ver como meneaba el trasero bajo la camiseta sin dejar de mover la plancha adelante y atrás. Bajó la vista por sus preciosas piernas desnudas hasta sus pies descalzos, sintiendo que se ponía duro como una piedra. En ese momento la sugerencia de Sam no le parecía nada mal.

Ella debió escucharle porque se volvió sorprendida y sonrió. —¡Ya estás en casa!

—Han suspendido el entrenamiento —dijo con voz ronca—. Al parecer no tenía un buen día.

Sepi dejó la plancha en la base de metal y se volvió preocupada. —¿Te han lesionado?

—No, más bien he lesionado a dos del equipo. —Se quitó el abrigo e hizo una mueca al ver la sorpresa en su rostro. —¡Fue sin querer! ¡Se pusieron en medio!

—Claro, claro. Si te impedían el paso… —Forzó una sonrisa. —¿Quieres beber algo?

Hala, ya la había cagado otra vez por la cara que había puesto. Ahora no le daba el regalo. Esperaría a arreglarlo. Joder, si le había sonreído al llegar. ¿Qué le pasaba? Estaba claro que desde que ella había llegado no daba una a derechas.

—Sí, un zumo de uva.

Ella sonrió de nuevo como si le hubiera dado una alegría. Abrió la nevera y le sirvió el zumo. Sorprendida vio que se había sentado a la

mesa de la cocina y se sonrojó porque la miraba con los ojos entrecerrados. —¿Tienes hambre?

—Esperaré a la cena.

—Hoy voy a hacer lasaña. Sé que te gusta.

—¿Qué más sabes de mí?

Le miró de reojo cogiendo la plancha. ¿Era una pregunta trampa? Lo sabía todo. Carraspeó empezando a planchar. —Pues no sé.

Decepcionado dejó caer los hombros. —Me voy al gimnasio —dijo como si estuviera cansado. Le miró de reojo salir de la cocina llevándose el zumo.

—Estúpida, estúpida —siseó para sí agarrando la plancha con fuerza. Él quería hablar con ella y se había comportado como si fuera tonta. Así nunca serían amigos. El tema que estuvo rondándole toda la mañana, volvió a su cabeza y se mordió el labio inferior. ¿Debería hablarlo con él? Para ella era importante que se sintiera cómodo en su casa y ese tema era esencial en una convivencia. Tomó aire y apagó la plancha yendo hacia su habitación. La puerta estaba cerrada, lo que indicaba que se estaba cambiando. Llamó a la puerta ahora que se había decidido y ésta se abrió en el acto sobresaltándola. No llevaba el jersey y perdió el aliento mirando su torso desnudo. —Oh…

—¿Quieres algo?

Lo preguntó de tal manera que le subió la temperatura. —¿Podemos hablar?

—Claro.

—Creo que no hemos empezado con buen pie. —Rió sin ganas tensándole. —Pero te agradezco el trabajo, de veras.

—Quieres irte.

—Oh, no. No es eso. Es que tengo la sensación de que no estás cómodo conmigo aquí, pero es lógico porque llevas viviendo solo mucho tiempo.

—¿Cómo sabes cuánto llevo viviendo solo?

—Por la prensa.

—Ah… —Dio un paso hacia ella y Sepi dio otro hacia atrás sin darse cuenta. —Continúa, por favor.

—Y cómo te dije en mi carta, te deseo lo mejor. Así que si quieres traer mujeres a casa, estás en todo tu derecho por supuesto. No debes cortarte porque yo esté aquí. Si quieres me pongo tapones para los oídos. —Soltó una risita intentando aparentar que estaba relajada. —Tendrás que pagarlos tú porque no me queda un dólar, pero yo no tengo problema.

La vena del cuello de Frank se hinchó con fuerza y ella supo que al meterse en su vida privada había metido la pata.

—Te da igual que traiga a otras mujeres.

—Bueno, es lógico. Eres un hombre y tienes necesidades…

—¿Y tú? ¿Tienes necesidades? —preguntó como si quisiera matar a alguien. Sepi se sonrojó con fuerza—. ¡Pues tú no puedes traer a nadie! ¡Qué se te meta en la cabeza! —gritó antes de cerrar de un portazo.

Parpadeó mirando la puerta. Mejor dejaban el tema de sus relaciones sexuales para cuando hubiera más confianza. Uff, qué bueno estaba, pensó yendo hacia la cocina. Pero tenía que ser realista. Él era Frank Murray. Rico, guapo y un deportista de éxito. Ella era una ex presidiaria que no tenía donde caerse muerta. Se conformaba con ser su amiga y su empleada, que ya era muchísimo. Él se casaría con una pija como con la que se había acostado un mes antes. Enchufando la plancha, pensó en ello. Para ser un hombre en plena actividad sexual no se le veía muy motivado a tener relaciones sexuales. De hecho, a Carla quiso despacharla enseguida y eso había sido hacía un mes. Igual no era un hombre muy sexual. Sintió como se acaloraba imaginándoselo en la cama y miró la plancha. Mejor dejaba de pensar en esas cosas que solo le ponían los dientes largos y seguía trabajando que para eso estaba allí.

—No. No va bien —dijo Cliff al día siguiente después del entrenamiento antes de beber de su café sentado a la mesa en una cafetería del centro de Manhattan. En cuanto tragó miró a Sam que le observaba con la boca abierta—. ¿Qué opinas?

Sam carraspeó. —¿En serio te dijo que podías llevar a otras mujeres a casa? ¡Esa tía es la hostia! Te da vía libre.

—Este es tonto —dijo Cliff ganándose una mirada de odio de Sam—. Ah, ah. No puedes tocarme. Normas del club.

—Maldito contrato. —Sam miró a su amigo. —¿Le has dado el regalo?

—¡Claro que no! Después de decirme eso, me ha quedado claro que no quiere nada conmigo.

—Qué complicadas son las mujeres.

—¡Y eso no es lo peor! Lo peor es que con una sonrisa en la cara me dijo que cenara solo porque no iba a permitir que me saltara más comidas. Me puso el plato en el salón mientras me soltaba un discurso sobre todas las calorías que consumía al día.

—Un despilfarro de calorías cuando querrías consumirlas en otras cosas.

Miró a Sam. —¿Para qué coño te he llamado?

—Para que te dé mi sabio consejo.

—Dale el regalo. Creo que no le ha quedado claro que quieras algo con ella —dijo Cliff—. Para Sepi eres como su salvador y está encantada con vivir en tu casa atendiéndote. No creo que piense que quieras nada más.

—Es que hasta me da vergüenza —dijo incómodo.

—Vamos a ver. Vivía en la calle. No puede tener muchas cosas, que seguro que una mujer de su edad necesita. ¿Qué le has comprado?

Frank se sonrojó. —Un camisón rojo.

Sus amigos pusieron los ojos en blanco. —Para no querer asustarla, has ido directo al grano —dijo Cliff molesto.

—¡Por eso no se lo he regalado!

—Empieza con pequeños detalles. No sé. Una blusa o un vestido. Algo que la haga sentirse especial y que no la avergüence —dijo Sam dejándoles de piedra—. Eh, que yo también sé ser romántico.

—¡Y yo también sabía! Pero es que con ella me pierdo. Te juro que me pierdo.

—Cuéntanos un ejemplo, porque según hablas de ella parece extraterrestre.

—Ayer llama a mi puerta y me suelta lo de llevar más mujeres a casa. —Ambos asintieron. —Y me dice que es normal porque tengo necesidades. ¡Entonces un poco tenso por la conversación, le pregunto si ella tiene necesidades!

—¿Y? —preguntaron ambos a la vez adelantándose.

—Se puso como un tomate. Al ver que no contestaba, perdí los nervios y le grité que ella no podía llevar a nadie a casa. ¿Creéis que tiene alguien por ahí y que está enamorada de él? —Apretó los puños sobre la mesa. —Solo de pensarlo, se me revuelven las tripas.

Sus amigos se miraron antes de reírse a carcajadas y gruñó levantando su taza de café y dándole un buen trago. Aquella conversación era totalmente inútil.

—Si tuviera a alguien, estaría con él. ¿No crees? —preguntó Sam —. Pues ya es mayorcita para sonrojarse al hablar de sexo.

Cliff entrecerró los ojos. —Frank, ¿no será virgen?

—¿Cómo va a…? —preguntó incrédulo—. ¡Tiene veinticuatro años!

—Ya. Pero su vida no ha sido como la de una chica normal. No ha ido a la universidad y se ha pasado parte de ese tiempo en la cárcel. Igual no reconoce las señales.

—¿A ver si al final voy a tener razón y lo mejor es ir al grano?

Ignoraron a Sam pensando en ello. —¿En serio crees que puede que…?

Cliff levantó sus cejas llenas de canas. —Ponte en su lugar un momento. Ha vivido en tu casa. La primera casa que ha tenido en años. Te observaba sin que te enteraras y la carta que te escribió… Te tiene cariño, de eso no hay duda. Quiere que consigas esa familia

que deseas tanto. No creo que piense que estás a su alcance. Para ella eres inaccesible. Seguro que está alucinando porque la hayas buscado para que trabaje para ti y se pasa todo el día limpiando.

Frank asintió. —Siempre está haciendo algo.

—Debes dejarle claro que también tiene que descansar. ¿Por qué no la sacas a cenar a un sitio bonito? Seguro que no tiene un vestido para la ocasión. Ahí tienes tu regalo.

—Se pasa todo el día en camiseta por la casa.

—Joder, no me extraña que te subas por las paredes.

Miró a Sam exasperado. —¿Tienes algo interesante que aportar a esta conversación?

—¿Tiene las piernas bonitas?

Sepi estaba limpiando las ventanas por el interior, frotando con fuerza, subida a una de las sillas del salón y escuchó como se abría la puerta. Se volvió con el paño en la mano y Frank se detuvo en seco aún con la llave en la puerta.

—Hola. ¿Qué tal el día? —preguntó ella muy contenta. Vio que Frank llevaba unas bolsas en la mano. —¿Qué te has comprado? ¿Calzoncillos?

Frank entró en el piso viéndola saltar de la silla. Pensaba que las compras eran para él y se acercaba ilusionada. Esa mujer era increíble.

—Tienes que comprarte un traje azul, pero que no sea azul marino. De ese azulito que se lleva tanto. Con una de esas corbatas que a la luz también parece gris. Quedará muy bien, ya verás. —Cogió sus bolsas y separó las asas de una para ver algo negro que parecía de terciopelo. Se agachó en el suelo sacando un vestido entallado que debía costar una auténtica fortuna y confundida le miró. —¿Qué es esto? ¿Un regalo para una amiga?

—Son para ti.

Se quedó mirando el vestido confundida antes de echarse a reír. —¿Estás loco? ¡Espero que hayas guardado el ticket! —Lo metió en la bolsa y miró la siguiente. Unas sandalias negras preciosas. Con curiosidad miró en la otra bolsa y vio un conjunto negro de ropa interior. Se puso como un tomate al ver la delicada lencería. Miró hacia arriba con el sujetador en la mano. —¿Por qué has comprado esto?

—Nos vamos a cenar. Para conocernos mejor —dijo muy serio.

—¿Pero en qué pensabas? —Se levantó de golpe con el sujetador en la mano y se lo puso ante la cara. —¡Tienes que ahorrar! En unos años no podrás disponer de todo esto.

—Ya he asegurado mi futuro, Sepi.

La sonrisa de Frank no le gustó un pelo. Parecía que iba a reírse en cualquier momento. —Bueno, da igual. Devuélvelo. Esto no me lo voy a poner nunca más y si quieres puedo hacer una cena especial. Podemos conocernos aquí. —Tiró el sujetador en la bolsa y se volvió para subirse a la silla de nuevo para seguir frotando.

Él gruñó al ver como se le levantaba la camiseta y mostraba el borde de sus braguitas blancas. —Sepi, vamos a salir a cenar. No puedes pasarte todo el día en casa.

—Claro que sí.

—¡Te pasas todo el día trabajando y no haces nada más! ¡Eso no es sano!

Ella rió sin dejar de frotar. —¿Quieres que te diga lo que no es sano? Estar en la calle con esta temperatura. Eso sí que no es sano.

Frank apretó los labios al ver que no sería fácil de convencer. Estaba claro que se sentía a gusto en su casa.

Sepi se volvió de repente y le miró ilusionada. —¿Sabes lo que vamos a hacer con ese dinero?

—Vamos a salir a cenar.

—¿Y si decoramos la casa para Navidad? —Se le retorció el corazón al ver su ilusión. —Sé que queda poco tiempo para disfrutarlo, pero aunque solo queden diez días podemos decorarla, ¿verdad?

Se cruzó de brazos porque él no era mucho de Navidad. Igual era porque la había pasado solo los últimos años y eso deprime al más pintado. Y ella tampoco la debía haber celebrado mucho.

—Podemos poner un arbolito de navidad ahí y unas luces… —Perdió la sonrisa al ver que no decía nada. —Bueno, si quieres, claro. —Se volvió hacia el cristal de nuevo y la escuchó gemir como si hubiera metido la pata.

—Pondremos el árbol de navidad si vamos a cenar.

—Vale… —Él suspiró de alivio. —No hay árbol. De todas maneras, es una tontería que tendremos que quitar después.

—¡Sepi! ¡Baja de esa silla!

Se volvió y puso las manos en jarras. —¡Tengo mucho que hacer! La policía lo dejó todo hecho un asco.

—Los cristales van a seguir ahí mañana, ¿sabes?

—Y la mierda también.

Frank reprimió la risa porque estaba claro que se empezaba a soltar con él. —No lo voy a devolver. Así que tú verás. ¡Quedará en el armario hasta que te decidas a ponértelo!

—¿Por qué te empeñas en salir a cenar? ¡Hace frío y está lloviendo!

—En el restaurante no llueve.

Ella miró las bolsas. —No tengo abrigo. —Frank juró por lo bajo porque se le había olvidado el maldito abrigo. Sepi sonrió radiante. —Nos quedamos.

—¡Mañana saldremos a cenar! —dijo él yendo hacia su habitación.

—¿En víspera de partido? ¿Estás loco? ¡Tienes que descansar! ¿Y si te ve alguien y luego tienes un mal día? Me echarán la culpa a mí. Ah, no. ¡Mañana tampoco salimos a cenar!

Frank levantó las manos exasperado antes de entrar en su habitación y Sepi se sonrojó bajando de la silla. La verdad es que era un bonito detalle, pero un detalle innecesario y carísimo. —¡Pero gracias! —gritó desde el salón—. Tienes los tickets, ¿no? ¿No los habrás tirado?

Abrió la puerta furioso y le mostró los tickets. —¿Los ves?

Ella entrecerró los ojos y le señaló con el dedo. —Ni se te ocurra, Frank. ¡Conmigo en esta casa no vas a tirar el dinero de esta manera!

Sonrió malicioso antes de romperlos por la mitad y ella chilló llevándose la mano al pecho. —¡Estás loco!

Los rompió de nuevo ante su cara y Sepi se los arrebató antes de que pudiera romperlos otra vez. Sin poder creérselo vio como los ponía sobre la mesa del comedor e intentaba recomponerlos. —¡Sepi!

Palideció de golpe y le miró con los ojos como platos. —¿Te has gastado seiscientos dólares en unos zapatos?

Frank se pasó una mano por su cabello castaño. Lo que le faltaba. Ahora pensaba que era un derrochador. Tenía que enfocarlo de otra manera. —Íbamos a salir a cenar. A mi lado tienes que ir vestida a la última. Es por mi imagen, entiéndelo.

Ella entrecerró los ojos y respiró aliviado porque en su expresión vio que lo comprendía. Sepi sonrió radiante. —Otra razón para no salir a cenar. No te preocupes que pego esto con un poco de cinta adhesiva y las de la tienda no pondrán peros para devolverte la pasta.

Sin saber ni qué decir se dio por vencido. Pero habían avanzado. Ahora hablaban más fluidamente. Sonrió entrando en su habitación y se quitó el abrigo. Lo puso en la percha y lo colgó. Sepi alargó la mano y lo descolgó para colocarlo por colores. Sorprendido se volvió. —¿Te he asustado? Lo siento. Te ha llegado esto. Era certificado. —Le entregó una carta. —Por cierto, no tengo llaves para ir a la compra. ¿El portero tiene?

—Te daré unas llaves. —Vio que la carta era la factura del fisioterapeuta al que había ido en Francia. Le daba unos masajes en la espalda que le habían dejado nuevo. Fue una semana de tratamiento, pero había merecido la pena cada dólar que había gastado. Una idea se le cruzó por la cabeza y carraspeó. Abrió la

carta y efectivamente era la factura. Se la tendió a Sepi. —¿Puedes guardarla en el cajón de abajo?

—Claro, ¿quieres una ensalada de pavo para cenar? O prefieres esa cena para mañana, que es víspera de partido.

—No cuido tanto mi dieta. Me da igual.

—Ah, vale. La ensalada mañana. —Distraída se volvió y miró la factura antes de arrodillarse y abrir el cajón, cuando antes de meterla volvió a mirarla con los ojos como platos. —¿Quince mil pavos por siete masajes? —chilló a grito pelado.

Frank reprimió la risa y salió del vestidor sin camiseta. —Es que eran masajes muy buenos. Te lo aseguro. Me dejaron nuevo para iniciar la temporada.

—¡Esto debería pagártelo el equipo!

—El equipo ya tiene fisio. Ese es mejor.

—Deben proporcionarte el mejor tratamiento. ¡Eres su estrella! ¡Esto no deberías pagártelo tú! —Le entregó la factura. —Llévala a la administración del club para que te lo reembolsen.

—No voy a hacer eso.

—Si su fisio es un inútil, no es problema tuyo. Si quieren que estés en forma…

—Yo elegí ese tratamiento para estar bien en la temporada. El fisio del equipo tiene mucho trabajo y somos muchos jugadores. Si me dieran masajes todos los días…

Ella frunció el ceño. —¿Masajes diarios? ¿Los necesitas?

—Claro que sí. Me vendrían estupendamente. —Frank se desabrochó el vaquero, pero ella seguía dándole vueltas a algo que tenía en la cabeza. —¿Tú sabes dar masajes?

Le miró sorprendida y él dejó caer los pantalones quedándose en calzoncillos. Volvió a sonrojarse y la idea de que era virgen estaba tomando fuerza. Se quitó los vaqueros del todo y se volvió. —¿Ves aquí? —Se tocó el costado. —Todavía me duele un poco y un masaje me vendría de perlas.

—Ajá… —dijo sin aliento aún arrodillada en el suelo ante el cajón. Madre mía, qué trasero. Se levantó de golpe y corrió hacia su baño.

Frank la miró sorprendido. —¿Qué haces? —preguntó al ver que abría el grifo de la bañera.

—Date un bañito, que yo arreglo lo del masaje.

Frank sonrió. —¿De verdad?

—Claro que sí. —Se agachó para abrir el armarito. —Mira, aquí hay aceite. Solo necesito unas toallas.

Se quitó los calzoncillos dejándola sin palabras y le siguió con la mirada mientras recorría el baño como si nada y se metía en la bañera. Madre mía, le había dado una parálisis o algo porque no podía moverse de la impresión. Y eso que ya lo había visto desnudo, pero nunca tan cerca.

—Sepi, ¿me pasas la esponja? —preguntó relajadamente.

—Sí, claro. —Se incorporó con las piernas temblorosas y se apoyó en el borde de la bañera para alargar el otro brazo y coger la esponja natural del tarro de cristal. Cuando se volvió le saltó el corazón porque él le estaba mirando el trasero y se puso como un tomate. —Aquí tienes.

—Gracias. —Sus dedos se rozaron y Sepi sintió que en aquel baño hacía demasiado calor. Mejor salir cuanto antes. —Voy a preparar… Tú relájate.

—Ya estoy relajado. ¿No se nota?

—Ajá…—dijo mirando su miembro que no parecía relajado en absoluto. ¿Es que siempre estaba así? Salió del baño a toda prisa y cuando llegó al pasillo tomó aire. Madre mía, iba a tener que hablar con él sobre eso de desnudarse ante ella tan alegremente. Una no era de piedra.

Capítulo 6

Las risas de sus amigos le hicieron gruñir y bebió de su café. —¿Así que tú preparado para su masaje y resulta que llamó a un chino?

—Salgo del baño en pelotas y me encuentro a un chino de cien años por lo menos, con la barba hasta la cintura, que me señala la camilla portátil que había llevado. Te juro que pensé que aquella cosa se derrumbaría en cuanto me tumbara, pero no. El tío me dio un masaje que ni el francés. No sé de dónde sacaba la fuerza, os lo juro. Y cuando terminó, me clavó unas agujas que me dejaron nuevo. —Movió los hombros. —No tengo ni una molestia. Todo eso bajo la supervisión de Sepi, que no se movió de la habitación sonriendo de oreja a oreja. —Sus amigos se reían a carcajadas y tuvo que sonreír porque era absurdo. —Y cuando el chino terminó, me dio un azote en el trasero y me dijo, semana que viene. No antes. Sepi le discutió que le necesitaba todos los días, pero el chino no le hizo ni caso. Semana que viene. Pensé que se iba a poner a discutir con él, pero al final me dijo como si le diera vergüenza, Frank son veinte pavos.

Sus amigos le miraron asombrados. —¿Veinte pavos?

—Está claro que la necesito para revisar mi economía. Igual me he dejado llevar y el éxito se me ha subido a la cabeza.

—¿Y la factura del fisio?

—Llamó a Burney y le echó la bronca mientras me vestía para la cena. Mi manager le ha dicho que le pasara la factura al club. Es más, mi manager llamó diez minutos después para decir que había hablado con administración y no había problema. —Sam y Cliff se miraron asombrados. —Y por supuesto esta mañana los tickets

estaban sobre la mesa del salón pulcramente pegados. Creo que hasta los planchó.

—Es la mujer de tu vida —dijo Cliff con admiración.

Él gruñó antes de beber del café de nuevo.

—Una mujer que no exige, que no quiere nada, que solo quiere tu bien… Oye ¿por qué no me la presentas? —dijo Sam intrigado—. Igual yo le gusto más que tú.

—Como te acerques por mi casa, te rajo.

Cliff se echó a reír sin poder evitarlo al ver la mirada maliciosa de Sam. —¿Y qué vas a hacer ahora?

—Me voy al sitio más barato a comprar lo que haga falta para decorar la casa.

—Sí, pero no te pases que te hace devolverlo —dijo Cliff divertido.

—Ya le voy pillando el punto. Lo que le compre no podrá rechazarlo.

Sepi estaba echando el caramelo sobre los profiteroles y sonrió viendo la torre. Comprobó que estuvieran bien pegados antes de levantar la bandeja y meterla en la nevera con mucho cuidado. Al día siguiente estarían perfectos para celebrar su victoria. Porque iba a ganar. Vaya si iban a ganar. Sacó los filetes del frigorífico ya descongelados y escuchó voces en el salón. Oh, tenían invitados. Se miró mordiéndose el labio inferior porque llevaba una camiseta blanca de tirantes de Frank. Bueno, no se le veía nada.

—¡Sepi!

Con el paño en la mano no tuvo más remedio que salir al salón y se detuvo en la puerta al ver a Sam Polk sujetando una parte de un árbol de navidad, que dejó caer al suelo asombrado en cuanto la vio.

—¿Sepi?

—¡Es Sam Polk! —dijo emocionada acercándose sonriendo de oreja a oreja. Frank vio sin salir de su asombro que chillaba como una grupi y le iba a dar la mano, pero en cuanto vio que llevaba un

paño en las manos, lo tiró a un lado a toda prisa. —Encantada. Soy Sepi. Su asistenta.

—Ajá… —La miró de arriba abajo y Frank carraspeó.

—Estuviste fenomenal contra Miami. Salvaste a Frank unas cuantas veces de unos buenos placajes. ¿Quieres tomar algo?

—¿Eres aficionada? —preguntó mirando a Frank aún atónito.

—Oh, sí. De toda la vida.

—¿No me digas?

Miró a Frank como si se acabara de dar cuenta de que estaba allí. —¿No te lo había dicho?

—No, no me lo habías dicho.

—Oh, te dije que en Miami habíais estado muy bien. —Miró hacia el suelo. —¡Un árbol de Navidad! —Al ver las enormes bolsas de plástico corrió hacia allí como una niña y empezó a sacar cosas. Cuando vio las bolas y las luces de Navidad, sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción. —Gracias. Sí que va a parecer una Navidad.

Sam miró a Frank de reojo, que sonreía mirándola embobado. Ella se echó a reír cuando vio unas zapatillas blancas con forma de conejito y se las puso ilusionada.

—Joder, tío. Vaya suerte que tienes.

Él le dio un codazo. —Lárgate.

—Y una leche. Huele que alimenta.

Se volvió hacia ellos y se sonrojó cuando vio como la observaban. —Gracias por las zapatillas.

—No ha sido nada.

—Las elegí yo —dijo Sam ganándose una mirada de odio de Frank.

—Ah… Pues gracias, a los dos.

—¿Querías ponerlo en esa esquina?

—Sí, ¿crees que quedará bien ahí? —Miró la esquina del salón. —Igual no se ve bien desde la puerta. —No, mejor allí. —Se mordió el labio inferior pensando en ello y ambos suspiraron. Frank le dio otro codazo a Sam que se lo devolvió. —Frank, ¿qué opinas?

Él sonrió. —Me es igual. —Sepi se pasó la mano por su largo cabello decepcionada. —Pero esa esquina me parece bien. Se verá desde el sofá que es lo que más se usa en la casa.

Sonrió radiante y Sam bizqueó. —Tienes razón. Pues ahí. Mientras lo colocáis, os traeré algo de beber.

—¿Tienes cerveza?

Sepi se volvió mirando a Sam como si hubiera dicho un sacrilegio. —Mañana tienes partido. Un zumo y vas que chutas que tienes que cubrir las espaldas de Frank.

Asombrado miró a Frank mientras ella desaparecía tras la puerta. Éste levantó las cejas y Sam gruñó. —Te odio. Prepárate para correr mañana, porque pienso dejar que te machaquen a golpes.

Frank se echó a reír a carcajadas cogiendo el árbol. Cuando Sepi salió con una bandeja y dos vasos, Frank se dio cuenta de que se había arrepentido de lo que le había dicho a Sam porque le había puesto unos aperitivos. Ella les observó ilusionada mientras lo colocaban y corrió hasta las bolsas empezando a sacar de ellas todo lo que había comprado. Soltó una risita al ver la estrella dorada que iba en la parte de arriba.

—Ya está —dijo Frank satisfecho.

—¿Colocamos los adornos después de la cena? Sam, te quedas a cenar, ¿verdad? Hay filetes y ensalada.

—No, Sam tiene que acostarse temprano, que mañana hay partido. —Frank le dio una palmada en la espalda. —¿Verdad, amigo?

—No, si todavía es temprano.

Ella sonrió. —Perfecto. Enseguida lo preparo todo.

—Lárgate —siseó Frank.

—¿Quieres que le diga que me quieres echar a mí para echarle un polvo a ella? Pues cierra la boca. —Se metió un canapé de salmón en la boca y sonrió mientras masticaba.

—De esto te vas a acordar.

Ella salió sobresaltándoles y Frank le cogió por los hombros. —¿No veis la tele un rato? En el canal de deportes están a punto de

hablar de vosotros.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sam queriendo hablar con ella y quitando la bandeja para que colocara el mantel.

—A esta hora siempre hablan de los Jets.

Frank fue hasta el sofá y cogió el mando encendiendo la tele en el canal de deportes. El logo de los Jets ya estaba tras el presentador. —Después de la polémica detención de Steven Coks que nos ha dejado a todos con la boca abierta, ahora hay otro tema que va a poner candente el ambiente en los vestuarios. —Frank miró a Sam que se acercó de inmediato. —Las quejas de Kirtley sobre el comportamiento de la estrella del equipo, Frank Murray, se oyen cada vez con más fuerza. Y más aún después de que Kirtley se haya quejado del maltrato que sufre en los entrenamientos por parte del quarterback oficial de los Jets.

—Hijo de puta… —siseó Frank muy tenso.

—Kirtley, que se preveía como su sucesor en el equipo, se está pensando abandonarlo para irse a Denver y amenaza con demandar al equipo por el trato recibido, pues considera que ellos son los responsables por no cortarle las alas a Murray.

El teléfono de Frank empezó a sonar y furioso lo sacó del bolsillo del abrigo mientras Sepi le miraba preocupada sentándose en el sofá. Sam se sentó a su lado y sonrió sin darle importancia. —Esto ocurre mucho. Rumores estúpidos.

—Algo así no había pasado nunca —dijo ella distraída demostrando que sabía de lo que hablaba y Sam la miró pensativo.

—No me jodas, Burney. ¡Prácticamente ha dicho que le maltrato en el equipo! ¡Está manchando mi imagen! ¡Debería demandarle! —Sepi se mordió el labio inferior. —¿Qué no lo ha declarado directamente a la prensa? ¡Claro que no, no es imbécil! Pero lo ha filtrado él, ¿no? —Miró al teléfono. —Me llama el jefe técnico. ¿Yo qué sé? Ahora te llamo. —Colgó muy tenso mirándola a los ojos y volvió a mirar la pantalla antes de descolgar. —Murray. —Escuchó unos segundos pasándose la mano por el cabello. —¡Y una mierda! ¡Yo juego mañana!

Sepi se tensó poniéndose de rodillas en el sofá y apoyándose en el respaldo como si así pudiera escuchar mejor. —¿En serio vais a dejarme en el banquillo para callarle la boca? ¡Así le daréis la razón! ¡Parecerá que me estáis castigando como si fuera un crío! ¡Ese mamón lleva tocándome los huevos toda la temporada y solo le he placado una vez en los puñeteros entrenamientos! ¡Quiere mi puesto y se lo vais a regalar por cerrarle la boca! —Se pasó la mano por la boca como si se estuviera conteniendo y Sepi se levantó acercándose a él. Frank la miró a los ojos y vio su preocupación. Forzó una sonrisa y tapó el teléfono. —No pasa nada, vete a hacer la cena.

Ella no le hizo caso y escuchó atentamente. —No Terry. No tengo que entender nada. ¡Me he partido los huesos por este equipo, como para que ahora por un cabrón no me protejáis como me merezco! ¿Qué es temporal hasta que la cague? ¡Queda poco para acabar la temporada y vamos cuartos! ¡Mañana jugamos contra los Panthers! ¡Es nuestra oportunidad! ¡Quedan tres malditos partidos! ¡No pienso quedarme en el banquillo, porque eso acabará con mi carrera!

Ella se acercó y susurró —Amenázalos con la prensa. El público te quiere más a ti. A él no le conocen.

—Como mañana no juegue, salgo del campo y organizo una rueda de prensa contando cómo me habéis tratado con sus lloriqueos. Os advierto que no voy a dejar que manchéis mi imagen. O le cerráis la boca a Kirtley o el que voy a poner demandas voy a ser yo.

Colgó el teléfono y Sam silbó. —Tío, como no te salga bien, acabas de cavar tu propia tumba. Ya no jugarás más.

—Él amenazó primero con demandar al equipo. A ver quién gana. —Sonrió a Sepi para no mostrar lo nervioso que estaba, porque ella lo estaba por los tres. —Estoy hambriento, ¿verdad Sam?

—Me comería una vaca.

—Venga, preciosa. Haznos una buena cena que necesitamos energías.

Asintió yendo hacia la cocina y se entretuvo haciéndoles una buena cena. Escuchaba a Frank alterarse hablando con su amigo y se dio prisa, quemándose en el brazo con la sartén sin darse cuenta al sacar los filetes. Menos mal que tenía más en el congelador y lo había podido descongelar en el microondas. Sacó los platos y ellos disimularon mirando la televisión. Sonrió porque era obvio que no querían preocuparla. —Podéis sentaros. Ya está la cena.

—Huele de maravilla —dijo Sam levantándose en el acto—. ¿Te ayudamos?

—No, gracias. Ya está. —Fue hasta la cocina a toda prisa y sacó la bandeja que tenía preparada. Cuando llegó a la mesa puso la ensaladera en el centro y les sirvió un buen filete a cada uno dejando para ella el que había sacado del congelador que era más pequeño. Menos mal que no tenía nada de hambre. —Serviros la ensalada que queráis. De postre tengo algo especial.

—Estoy por venir todas las noches.

Frank le dio a su amigo una patada bajo la mesa y Sam se sobresaltó mientras Sepi se sentaba ante Frank. —¿Han llamado de nuevo?

—No —respondió Frank tensándose otra vez—. Nena, no te preocupes y cena. Mañana juego yo.

Asintió cogiendo sus cubiertos y empezó a cortar la carne en pedacitos muy pequeños. Ambos la observaron servirse ensalada y revolverlo todo después de cortar de nuevo la ensalada. Pinchó con el tenedor y se lo iba a meter en la boca cuando vio sus caras. —¿Qué?

—No, nada —dijeron a la vez—. Está muy bueno.

Ella se sonrojó de gusto. —La ensalada está muy bien aliñada —añadió Sam.

—No está aliñada. Por eso he puesto ahí el aliño.

Frank reprimió la risa. —Pues no sé qué tiene que no lo necesita.

—Cuéntame Sam —dijo intentando relajar el ambiente—, ¿sigues saliendo con esa modelo sueca?

—¿Por qué lo preguntas? —Frank la miró como si fuera de la prensa. —¿Tienes algún interés?

—No, curiosidad supongo. —Se encogió de hombros y miró a Sam. —Era muy guapa.

Masticó encogiéndose de hombros. —Me quería para pasarlo bien. No era nada serio.

—Ah, entonces se ha acabado. Vaya, es una pena.

Frank sonrió a su amigo. —Sí, es una pena. Ya tendrás más suerte la próxima vez.

—Por cierto, Sepi… —Sam se sobresaltó de nuevo y ella levantó una ceja. —Un calambre —dijo casi sin voz con la cara congestionada.

—Eso es muy doloroso. ¿Quieres que llame al masajista?

—No, gracias. Ya se me está pasando.

—Más te vale —dijo Frank mirándole fijamente—. Y que se te pase para siempre.

Sam reprimió la risa antes de meterse el tenedor en la boca de nuevo. —Así que eres seguidora de los Jets.

Sonrió encantada. —Desde pequeñita. Mi padre era de ver todos los partidos y me acostumbré a verlos con él.

—¿Erais abonados? —preguntó Frank mirándola fijamente.

—Qué va. No había para tanto. Pero os aseguro que no había seguidor más ferviente que mi padre. —Distraída pinchó más filete.

—Estoy seguro. ¿Quieres venir al campo mañana para ver el partido?

El tenedor se le cayó en el plato y chilló de la impresión antes de levantarse y darle un beso en los morros. —¡Voy a ir al campo! —le gritó a la cara como si estuviera loca antes de rodear la mesa y coger a Sam por las mejillas. Antes de que pudiera besarle Frank la cogió por la cintura apartándola. Ella ni se dio cuenta. —¡Voy a ir al campo!

—Esta sí que es una aficionada —dijo Sam divertido—. Ojalá fueran todos como tú.

—Veo que te hace ilusión. —Frank no le soltaba la cintura.

—¡Ahora solo falta que mañana juegues tú para que todo sea perfecto! —Cogió su plato y corrió hacia la cocina.

Sam levantó una ceja. —Sí, Frank. Solo tienes que jugar mañana para que todo sea perfecto. ¿No se te ocurrió primero llevarla a ver un partido? Eres tonto.

—¡Yo que sabía que le gustaba tanto! —Cogió el teléfono del bolsillo de atrás del vaquero. —¡Tengo que jugar mañana, joder!

—Es increíble. En este momento tu carrera te importa una mierda. Lo único que quieres es impresionar a tu chica.

—No es mi chica. Pero lo será. Vaya si lo será.

La puerta se abrió de nuevo y los dos la miraron con la boca abierta al ver la bandeja de profiteroles con nata y cubiertos de chocolate que llevaba en la mano.

—Nena, ¿qué es eso?

—Profiteroles. —Sonrió encantada. —Lo había reservado para mañana después del partido, pero lo celebraremos hoy. —Dejó la bandeja sobre la mesa y ella aplaudió dando saltitos. —¡Me voy al campo! —Se detuvo de golpe. —Voy a ver que te cojo prestado del armario.

Corrió dejándoles solos y Sam parpadeó. —Tío, cómprale ropa.

—Ya lo he intentado —siseó—. ¡No me fastidies!

El sonido del teléfono les dejó mudos y Sepi salió corriendo de su habitación con un jersey de Frank en la mano mientras éste contestaba —Murray.

Se acercó a él conteniendo el aliento, pero su cara no demostraba nada. Preocupada se sentó en la silla mientras él se pasaba la mano por la nuca. —Así que esa es la posición del club. ¿Lo diréis a la prensa?

Se apretó las manos angustiada porque sabía lo importante que era esa llamada para él y su carrera. —Muy bien. Hablamos mañana.

Colgó el teléfono y forzó una sonrisa. Sepi dejó caer los hombros decepcionada. —No juegas mañana.

—Sí que juego, pero con una advertencia. Más me vale hacer un buen partido. Más o menos es lo que me han dicho.

—¿Y la postura del club respecto a Kirtley?

—Le han puesto las pilas y le han amenazado legalmente con echarle a patadas. No es idiota y ha dicho que es una filtración sin argumentos.

—Será cobarde —dijo ella furiosa—. Ha empañado tu imagen y encima ahora el que tienes que demostrar lo que vales eres tú. ¡Cuando llevas haciéndolo años!

Sam apretó los labios. —Lo siento, amigo.

Sepi se levantó. —¿Sabes lo que vas a hacer? ¡Vas a salir al campo mañana y vas a demostrar por qué eres el quarterback del equipo! ¡Y será el público quien decida quién se queda y quién se va! ¡Qué les den! —gritó furiosa yendo hacia la habitación con grandes zancadas—. ¡Qué les den a todos! —exclamó desde la habitación.

Frank sonrió divertido. —Sí que es aficionada.

—Y de las buenas. —Cogió un profiterol metiéndoselo en la boca. —Hostia. Qué cosa más rica.

—¿De veras? —Cogió un profiterol y lo comió de un bocado.

—Me gusta tu chica —dijo su amigo con la boca llena.

—Ya me he dado cuenta.

Sepi salió de la habitación y chilló al ver que se habían comido la mitad de la torre de profiteroles. —¿Estáis locos? ¡Jugáis mañana!

Sam cogió otro antes de que retirara la bandeja y ella le dio un manotazo siseando —Como mañana no lo des todo, me tiro al campo y te despellejo vivo. —Soltó el profiterol dejándolo caer en la bandeja. —Eso pensaba.

Frank se echó a reír por la cara de su amigo y por como Sepi le defendía como una leona. La observaron alejarse hacia la cocina. —Ya puedes dejarte la piel mañana o si no te la arrancará —dijo divertido.

—Esos ojitos azules te los ponen por corbata cuando se cabrea. —Sam suspiró exageradamente. —Es una pena que no tenga una hermana.

—No sería lo mismo.

—Pero me conformaría.

La ayudaron a recoger la mesa a pesar de las protestas de Sepi y cuando lo dejó todo impecable, se puso ante el árbol ilusionada. —¿Empezamos?

Los tres colaboraron en decorar el árbol, aunque era ella la que indicaba firmemente, pero con guante de seda, donde se colocaba todo. Divertidos la dejaron disfrutar para que se le pasara el disgusto de lo que había ocurrido. Cuando terminaron, los dos hicieron una mueca porque podría haberlo decorado un profesional.

—Y ahora la estrella —dijo ella tendiéndosela a Frank.

—Nena, ponla tú.

Le miró a los ojos como si se acabara de dar cuenta de algo. —¿Por qué me llamas nena?

Sam reprimió la risa mientras Frank carraspeaba incómodo. —Es que ya nos vamos conociendo y es un apelativo cariñoso. ¿No te gusta?

Sonrió radiante casi provocándoles un ataque al corazón. —Sí, me gusta. ¿Llamas así a todas tus amigas?

Sam se partió de la risa y Frank siseó —¿No tenías que irte? Debes descansar, ¿recuerdas?

—Oh, la estrella.

Cogió una de las sillas del salón y se subió estirándose. Cuando Frank vio como la camiseta dejó de cubrir su muslo para mostrar la nalga, se acercó a ella tapándola para sujetar la silla. Le miró sorprendida. —Es para que no te caigas.

Ella sonrió antes de colocar la estrella arriba del todo y miró a Sam. —¿Está recta?

—Perfecta.

Frank la cogió por la cintura y la bajó al suelo lentamente. Mirándose a los ojos ella se sonrojó porque sus pechos le habían rozado endureciéndose al instante. Él miró hacia abajo sin soltar las manos de sus caderas y Sepi gimió de la vergüenza.

—Eres como una muñequita. No pesas nada —dijo él suavemente mirando sus labios.

—Pues tú eres enorme. —Rió nerviosa. —¡Hala! ¡A acostarse!

Se puso como un tomate cuando se dio cuenta de lo que había dicho y cuando Sam se echó a reír de nuevo, le miró con desconfianza. Se acercó a él. —¿De qué te ríes?

Eso le hizo perder la sonrisa de golpe porque la pregunta iba en serio. Solo había que verla. —Es que no estoy cansado. No son ni las nueve.

—Ah… Y mañana cuando Frank esté corriendo por el campo, tú no darás todo lo que puedes dar porque no has descansado lo suficiente. ¿Qué vas a desayunar? Mañana jugáis a las once. —Sam miró atónito a Frank, que se cruzó de brazos tras ella. —Nada de desayunos pesados. Fruta que contenga plátano y unos cereales integrales.

—¿Cereales integrales?

Ella entrecerró los ojos dando un paso hacia él. —¿Qué te dice el nutricionista?

Frank se echó a reír a carcajadas. —Nena, no va al nutricionista.

—¡Entiendo que tengas que tener músculo, pero estamos hablando de tu carrera y debes cuidarte! Mañana un bol de fruta y cereales integrales, ¿me has entendido?

—Sí, sí. Claro. —Se volvió cogiendo su abrigo. —Menudo sargento.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Un desayuno ligero y ahora a la cama.

Sonrió encantada. —Eso. Buenas noches, Sam. Que descanses.

Se volvió para regresar a la cocina y atónito le dijo a Frank —Si la hubieras conocido antes habríamos jugado en la Superbowl y la habríamos ganado. Cualquiera le niega nada.

—Se está soltando. Hace unos días casi no hablaba —dijo satisfecho.

—Pues como será en un año.

—Estoy deseando verlo.

—Pero hoy no verás nada porque mañana tienes partido —dijo con burla—. Que duermas bien.

Gruñó viendo como cerraba la puerta e indeciso miró la de la cocina. Cuando la había bajado de la silla se había excitado. Pero puede que fuera un acto reflejo que sus pezones se endurecieran. Fue hasta la cocina y parpadeó al ver que había sacado un bol de cristal enorme y la batidora. —Sepi, ¿qué haces?

—Tarta de manzana.

—¿Estás loca? ¿A esta hora?

Sonrió emocionada. —Estoy demasiado excitada para acostarme ahora. Mejor aprovecho el tiempo.

Él gimió por dentro. —Hay otras maneras de relajarse. Tienes que dejar de trabajar en algún momento. No paras en todo el día.

—Esto me gusta. Tú vete a la cama que mañana es tu gran día.

—¿Vemos un rato la tele?

Ella que estaba pesando la harina, levantó lentamente la cabeza hasta mirarle a los ojos. Vio que estaba algo asustada, pero lo disimuló enseguida apretando los labios. —Frank tienes que dormir. Te juegas mucho mañana.

—Hasta ahora he dirigido yo mi carrera, ¿sabes? —preguntó molesto porque no le permitía avanzar.

Sepi se sonrojó con fuerza y vio cómo se cerraba ante él del todo. —Sí, claro. Y lo has hecho muy bien. Perdona.

Él suspiró pasándose una mano por el cabello. —¡No te disculpes! ¡Me voy a la cama!

—Como quieras —susurró rompiendo la cáscara de un huevo.

—¡Joder! —dijo para sí saliendo de la cocina de malos modos.

Sepi apoyó las manos en la encimera diciéndose que era una estúpida. ¿Qué le estaba pasando para decirle lo que tenía que hacer? Era su asistenta, no su madre. Se había pasado de la raya, pero es que quería que al día siguiente diera su mejor juego para dejarles a todos la boca cerrada sobre quién debía ocupar ese puesto. Lo había estropeado todo con la buena tarde que habían pasado. Hasta le había llevado unas zapatillas preciosas y el árbol de navidad… y ella se comportaba como una regañona, diciéndole lo

que tenía que hacer cuando era un adulto muy responsable, además.

¿Debía ir a disculparse de nuevo? Se quedó allí de pie indecisa y pasados unos minutos dejó caer los hombros porque lo mejor era dejarlo así.

Capítulo 7

Frank tumbado en la cama puso una mano tras la cabeza mirando el techo. —Eres gilipollas. Lo has estropeado todo —siseó en voz baja furioso consigo mismo. Llamaron a la puerta suavemente y se sentó de golpe. —Pasa.

Sepi abrió la puerta lentamente y vio que estaba muy avergonzada. —Quería pedirte perdón.

—No tienes que pedirme perdón. Sé que lo haces por mi bien —dijo intentando ser suave.

Sonrió aliviada. —Aun así, quería disculparme. Me he pasado y tienes toda la razón. No soy nadie para decirte lo que tienes que hacer. —Frank retuvo el aliento cuando vio cómo se acercaba y se sentaba a su lado en la cama. —Pero es que lo de mañana es muy importante para ti y me fastidia que tengas que demostrar lo que vales después de tantos años. ¿Recuerdas el partido contra Búfalo de hace cuatro años? Estabas lesionado en la rodilla e hiciste un Touchdown que nos dio la victoria. Empeoraste la lesión y lo diste todo para conseguir ese punto.

Él parpadeó sorprendido. —¿Cómo recuerdas ese partido y esa lesión? Conozco seguidores que no saben esos detalles. ¿Eres una grupi?

—¿Qué?

—Elegiste mi casa, ¿verdad? —preguntó enfadándose de nuevo.

Se sonrojó intensamente. —Claro que no. La ventana estaba abierta y…

—¡Y viste de quién era la casa! —Eso no lo podía negar. Asombrado se levantó de la cama como Dios lo trajo al mundo y Sepi se puso como un tomate. —¿No es cierto? ¡Viste de quien era la

casa y te quedaste! ¿Para qué entraste? ¿Para robar? ¡Aprovechaste que la ventana estaba abierta y entraste a robar!

—No tenía abrigo —susurró impotente levantándose también viendo que le perdía—. No sabía de quien era la casa hasta que vi la foto del pasillo.

La miró a los ojos. —Dime una cosa, Sepi. ¿Si yo no fuera jugador de los Jets, te hubieras quedado? ¿O habrías robado el abrigo y te habrías largado?

Agachó la mirada muerta de la vergüenza mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. —No lo sé.

Asombrado vio como salía corriendo de la habitación y se encerraba en la suya. No sabía qué pensar. Cuando le dijo que era aficionada no se imaginaba que lo era hasta ese punto. Se le pasó por la cabeza que el jugador le importaba más que él mismo y eso le sentó como una patada en el estómago. Apretó los puños y fue hasta su habitación golpeando la puerta. —Sepi abre.

Que no le contestara le puso muy nervioso. —¡Sepi abre la puerta o la tiro abajo!

Pegó la oreja a la puerta y la golpeó con el hombro desencajándola. El corazón saltó en su pecho al ver la ventana abierta y corrió hacia la ventana. —¡Sepi! —Al mirar hacia la calle la vio correr por el callejón con una mochila al hombro. Ni llevaba un abrigo.

Asustado corrió hasta su habitación y se vistió a toda prisa antes de salir por la escalera de incendios tras ella. Pero después de buscarla durante una hora por los alrededores se dio por vencido.

Se sentó en el banquillo del vestuario sintiéndose agotado y sus amigos le dieron palmadas en el hombro felicitándole por el partido que había hecho esa tarde. Sam que también lo había dado todo, se sentó frente a él sonriendo a sus compañeros cuando le felicitaban a él, pero en realidad estaba pendiente de Frank que estaba hecho

polvo. Habían ganado el partido y lo habían dado todo, pero su amigo no estaba para celebraciones.

En ese momento entró la prensa y Frank gruñó quitándose la camiseta al ver que se dirigían a él. Sam se interpuso. —Amigos, está descansando. ¿Podéis esperar a que salga del vestuario? Os dará las declaraciones después. Necesita unos minutos.

—Sí, claro. Murray, te espero fuera.

—Gracias Leroy —dijo mientras Cliff se acercaba muy serio y le quitaba las protecciones.

El reportero miró a Sam y susurró —¿Está bien?

—Perfecto, pero lo ha dado todo. Ya has visto el partido.

—Su mejor partido. No hay duda.

Sam asintió viendo cómo se alejaban y regresó con su amigo que le estaba dando las gracias a Cliff. Se sentó a su lado. —¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Has llamado al detective?

—En cuanto se fue. Pero dice que ahora será complicado encontrarla, porque no cometerá dos veces el mismo error.

—Tío, lo siento.

—¡La culpa es mía, joder! ¡Me puse celoso de mí mismo! Hay que ser gilipollas.

Cliff asintió y Sam le recriminó con la mirada. —Con lo contenta que estaba porque iba a venir al campo —continuó Frank sumido en sus pensamientos—. Es que no sé ni por qué me puse así. Si se quedó porque soy jugador, pues debería alegrarme porque eso me ayudó a que se decidiera a vivir en mi piso, pero no, tengo que montar un drama. Teníais que haberla visto, estaba tan avergonzada… Ni sabía qué decir.

—Tienes razón, eres gilipollas.

Miraron a Cliff que suspiró sentándose frente a él. —¿Acaso creías que las otras mujeres que te ligabas eran porque tenías una personalidad arrolladora? El noventa por ciento de las mujeres que han pasado por tu cama, las has conseguido por tu profesión. Porque eres famoso, tienes éxito y no eres feo.

—Vaya, gracias.

—Pero ella te admiraba antes de conocerte. Y cuando te conoció, aunque fuera en la distancia, quiso quedarse y cuidarte. Por eso la carta. Para ella eres un héroe y te protege con uñas y dientes. —Sam asintió vehemente. —Se ha dado cuenta de que te ha defraudado y no ha podido soportar la vergüenza. ¡Lo que no entiendo es como no cerraste esa ventana con candado, joder! Mira que eres tonto.

Frank se pasó las manos por el cabello con frustración. —Tengo que encontrarla.

—Pues a ver cómo lo haces porque está acostumbrada a vivir en la calle —dijo Sam.

—El detective dice que ahora revisará los albergues. Joder, no tiene dinero.

—Eso no es lo que debe preocuparte. Es una mujer sola y atractiva por las calles. Eso es lo que a mí me pone los pelos de punta.

Frank palideció mirando a Cliff, que suspiró sentándose a su lado. —Espero que el detective te dé noticias pronto. Lo deseo de verdad, amigo.

Un periodista entró en el vestuario y gritó —¡Han destrozado el coche de Kirtley! La policía está en el parking. ¡Al parecer lo han destrozado durante el partido!

Los tres se miraron asombrados y Sam silbó reprimiendo la risa. —¿Nuestra chica ha llegado hasta aquí?

Cliff frunció el ceño. —¿Crees que ha sido ella?

—No la viste ayer.

—¿Y cómo ha llegado hasta el Met si no tiene dinero?

Frank se levantó de golpe cogiendo el abrigo. —¿Qué haces? Tienes que dar una entrevista —dijo Cliff asombrado al ver que buscaba las llaves del coche.

—Ha tenido que venir caminando o haciendo autostop.

Sam se levantó también cogiendo su abrigo de la taquilla. —Salimos por atrás. Yo voy en mi coche.

Frank asintió yendo hacia la puerta de atrás del vestuario cuando entró el entrenador con una sonrisa de oreja a oreja. —Buen tra… —Frank salió corriendo por el pasillo y miró confundido a Cliff.

—Una urgencia familiar.

—Espero que no sea nada. —Le miró confundido. —¿Pero tiene familia?

—Sí, lo que pasa es que es muy discreta.

—Ah. —Miró a su alrededor. —¿Dónde coño está Sam? Si no tengo a Frank, le necesito para la prensa.

—Será mejor que dé usted las declaraciones. Se verán en prime time. Aproveche, jefe.

El entrenador hinchó el pecho. —Tienes razón. Para una vez que puedo lucirme.

Sepi caminaba por el andén de la autopista y se cubrió la cabeza con la capucha de la cazadora que había robado esa mañana del perchero de una cafetería. Había vuelto a robar y después de destrozar el coche de Kirtley, seguro que acabaría en la cárcel antes de darse cuenta. Pero había merecido la pena. Se había colado en el campo y manteniéndose de pie, caminando de un lado a otro con un perrito en la mano que también había robado, había podido ver el partido. Frank había estado magnífico. Y el perrito, aunque se había quedado frío de tanto pasearlo, le había sabido a gloria.

Un BMW negro la adelantó frenando en seco en el arcén y se tensó caminando más deprisa para adelantarlo, cuando vio a Frank salir del coche y estaba realmente furioso. Ella siguió caminando. —¡Sepi, sube al coche!

—No. —Aceleró el paso y él la cogió por el brazo, tirando de ella sin esfuerzo hacia el coche. —¡Qué no!

—¡Mira, he pasado toda la maldita noche sin pegar ojo, porque no sabía dónde estabas! Así que sube al coche antes de que pierda la paciencia.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Eh?

La cogió por la nuca y la besó haciendo que Sepi abriera los ojos como platos cuando su lengua entró en su boca sorprendiéndola. El calor la recorrió de arriba abajo y dejó que la cogiera por la cintura. Frank separó sus labios y sonrió. —Nena, ¿éste es tu primer beso?

Se puso como un tomate. —No.

—¿Tu primer beso con lengua?

—¡Frank, déjame en el suelo! —exclamó sintiendo una vergüenza terrible.

—Sí, era precisamente lo que estaba pensando. —Antes de darse cuenta estaba sentada en el asiento del copiloto con la mochila sobre las rodillas y sin poder creérselo, le vio rodear el coche por delante sin dejar de mirarla como si temiera que se escapara en cualquier momento. Se sentó a su lado y arrancó el coche. —Ahora vamos a casa y hablaremos. Y después te voy a hacer el amor. Y después ya veremos, todavía lo estoy pensando.

Sintiendo que su corazón iba a saltar de su pecho, apretó las piernas sin darse cuenta. —¿Qué?

—¿No quieres que te haga el amor, y que te bese ese cuerpo que lleva torturándome los últimos días? Creo que será un avance en nuestra relación.

—¿Nuestra relación? —preguntó sin aliento.

—Te veo algo tensa conmigo y para que haya fluidez y no salgas corriendo cada vez que discutamos, creo que lo mejor es que haya sexo. El sexo ata mucho. —Gruñó apretando el volante por el tráfico que había.

Sepi sintió que se mareaba de gusto, pero lo mejor era dejar las cosas claras desde el principio. —Quieres acostarte conmigo para que no huya de ti cada vez que discutamos.

—¡Exacto! —Tocó el claxon dos veces. —¡Queréis daros prisa, joder! Mierda de suspensorio.

Asombrada se dio cuenta de que llevaba los pantalones del uniforme del equipo y por supuesto llevaba debajo la protección. Si eso se excitaba… podía sentir algo de presión.

—Mierda, Sam. —La miró como si tuviera la culpa de todo. —¡Me he dejado el teléfono en el vestuario!

—¿Y?

—¡Qué Sam está buscándote! Mira que destrozar el coche de Kirtley. —Sepi se sonrojó. —¡Cómo acabes en la cárcel otra vez, me voy a cabrear!

—¿Más?

—¡Sí! ¡Mucho más!

Sin poder evitarlo sonrió porque se había preocupado por ella. Lo del sexo la descolocaba un poco porque no se lo esperaba, pero a nadie le amarga un dulce y ni loca pensaba negarse a acostarse con él. De hecho, después de ese beso, que casi no había podido disfrutar de la sorpresa, lo estaba deseando. Miró sus pantalones de nuevo. —¿Quieres que los desabroche? —La miró como si no se lo esperara. —Para que no se te dañe con el suspensorio.

—¡Nena, como me toques ahí, formamos un atasco que llega hasta Boston!

—Nunca lo he hecho en un coche.

—¡Nunca lo has hecho en ningún sitio!

Hizo una mueca. —Eso también.

Él tomó aire. —¿Por qué no cambiamos de tema?

—Sí, será lo mejor. ¡Has estado fantástico! —dijo emocionada—. ¡Tu mejor partido!

—Y eso que no había pegado ojo.

—La siguiente vez tampoco dormirás. Qué sabrán los expertos. A ti te va mejor no pegar ojo.

—¿Y qué piensas hacer para que no duerma? —preguntó con voz ronca.

—Algo se me ocurrirá.

Él gruñó apretando el volante de nuevo. —Así que has visto el partido.

—El campo es espectacular. Y toda esa gente… —dijo encantada —. No es lo mismo que verlo en la tele. Aunque en la tele están las repeticiones y no te pierdes nada. —La mano de Frank fue a parar a

su muslo y se le cortó el aliento cuando lo acarició por encima de sus vaqueros. Gimió cuando sus dedos subieron lentamente por el interior de su muslo.

—Así que te ha gustado.

—Sí —susurró cerrando los ojos cuando sus caricias llegaron a su sexo. Apenas rozó la tela de sus pantalones, pero ella sintió tal placer que suspiró sin darse cuenta.

—Joder, nena. Cuando lleguemos a casa te voy a comer entera. —Pasó los dedos entre sus piernas y ella gimió arqueando su cuello hacia atrás. —¿Estás húmeda, preciosa? ¿Me deseas dentro? Porque yo me muero por estar dentro de ti y hacer que te corras. —Volvió a acariciarla y Sepi sintió que se moría, justo antes de estallar gritando de la sorpresa por la liberación más maravillosa que había experimentado nunca.

Frank la miró sorprendido. —¿Te has corrido? —Ella sonrió aún sin abrir los ojos llevándose las manos a la capucha liberando su cabello. Frank miró al frente impresionado antes de volver a mirarla. —¡Pero si casi ni te he tocado!

Sepi abrió sus ojos aún brillantes por el orgasmo. —¿Me lo haces otra vez?

—Mierda de tráfico.

Suspiró de nuevo sintiéndose muy laxa y relajada. Y la calefacción del coche no ayudó nada. Antes de darse cuenta estaba dormida. Frank le echó un vistazo porque estaba muy callada y gimió al encontrársela fuera de servicio. Eso no estaba pasando.

Se despertó sobresaltada cuando le desabrocharon los vaqueros y gritó del susto sentándose de golpe. Miró a Frank que estaba ante ella en pelotas y preguntó asombrada —¿Te estás aprovechando?

—¡Te aseguro que si me estuviera aprovechando no tendrías esa cara! ¡Quería que estuvieras cómoda!

Asombrada vio que estaba en la habitación de Frank. —¿Hemos llegado a casa?

—¡Y te has quedado dormida! —dijo como si fuera un sacrilegio —. Te aseguro que jamás se me ha quedado una mujer dormida después de decirle que voy a hacerle el amor. ¡Todo lo contrario!

Estaba tan cansada que se tumbó de nuevo abrazando la almohada. —Estoy agotada de tanto caminar. Mejor dormimos un poco y después ya más descansados… —Dio dos palmaditas al colchón. —Acuéstate. Tu cama es mejor que la mía. El colchón es más duro.

—Esto es el colmo.

Exasperado fue a darse una ducha y ella aguantó la risa escondiendo la cara en la almohada. Escuchó el agua correr y se levantó de la cama de un salto quitándose la ropa rápidamente. Se puso algo nerviosa y se apartó la melena de los hombros entrando en el baño. Estaba de espaldas a ella y entró en la ducha sin hacer ruido. Le vio apoyar las manos en el mármol dejando caer el agua en el cuello. Se mordió el labio inferior mirando su fuerte espalda y su mirada bajó por ella hasta llegar a su duro trasero. Alargó la mano sin poder evitarlo y rozó con sus dedos su glúteo, provocando que él se tensara con fuerza. Como no se movió, siguió acariciándole hasta llegar a su cintura y con la otra mano acarició su espalda pasando los dedos por cada músculo, grabándolos en su memoria. Él gimió volviéndose y la pegó a su cuerpo robándole el aliento. Sentir su piel contra la suya justo antes de que atrapara sus labios, fue lo más maravilloso del mundo y más aún cuando sus manos bajaron por su espalda, elevándola hasta ponerla a su altura. Abrazó su cuello necesitando sentirle y disfrutó de sus besos intentando responderle con el alma. Pero tenía dudas. Apartó su boca y miró sus ojos. —¿Lo hago bien?

Él gruñó antes de besarla de nuevo como si estuviera desesperado y Sepi se dejó llevar. Gritó en su boca de la sorpresa cuando amasó sus nalgas y sus dedos llegaron a su sexo acariciándola de arriba abajo. Sepi apartó su boca y cerró los ojos disfrutando de sus caricias, pero le escuchó jurar por lo bajo y Frank

se volvió con ella encima para cerrar la ducha antes de salir rodeando la mampara rápidamente.

—Cui…

Se quedó sin aire al caer al suelo de mármol con él encima. —¡Sepi! —exclamó Frank incorporándose rápidamente.

Pálida forzó una sonrisa, pero al intentar levantarse se dio cuenta de que no podía, sintiendo un dolor muy fuerte en el hombro. —¿Frank? —dijo asustada.

—No te muevas, nena. Voy a llamar a una ambulancia.

Pálido corrió por la habitación y cogió el teléfono inalámbrico, volviendo a ella para arrodillarse a su lado. —¡Sí! ¡Oiga, mi novia se ha caído en el baño y creo que se ha roto algo!

—¿Tú qué? —dijo asombrada—. Frank no digas eso. ¿Y si se filtra a la prensa? —Intentó sentarse, pero le dolió la cadera.

—Nena, no te muevas. —Escuchó atentamente. —¿Ves? Ellos me dicen que no te muevas. ¡Sí! ¡Sí! —Dio la dirección a toda prisa y ella le miró con los ojos como platos. —Enseguida vienen.

—Frank tranquilízate.

—¡Qué me tranquilice! ¡Por poco te aplasto para ir a buscar un condón!

—Ah, era por eso. —Ella miró su sexo que ya no estaba tan duro como hacía unos minutos.

—¡No me mires así! —Se levantó con agilidad cogiendo ropa del vestidor. Sí que era rápido, antes de darse cuenta estaba sobre ella de nuevo mirándola con esos ojos color miel que le alteraban el corazón. —¿Estás bien?

—Si me taparas un poco. —Se sonrojó con fuerza. —No quiero que me vean en pelotas.

—Sí, claro. —Cogió unas toallas y la cubrió con dos grandes antes de ponerle con cuidado una de almohada bajo la cabeza. —¿Así estás mejor? —Acarició su mejilla. —Joder nena, lo siento.

—Ha sido un accidente. —Hizo una mueca. —En un momento muy inoportuno, pero tú estás bien, ¿verdad? No te has hecho daño.

—No, estoy bien.

—Bueno, entonces no hay problema. Podrás jugar la semana que viene.

—No me puedo creer que en un momento así pienses en el equipo.

Le miró como si fuera tonto. —En el equipo no. En tu carrera.

Él se agachó y la besó en los labios como si quisiera demostrarle que era suya y en cuanto se apartó, le miró impresionada. —Cada vez besas mejor.

—¿No será que cada vez te gusta más?

—¿Tú crees? Pues tengo que tener cuidado o me enamoraré de ti.

Esa frase le dejó helado, pero se escuchó el timbre y tuvo que levantarse. —Enseguida vuelvo. Solo voy a abrir la puerta.

Ella sonrió encantada de la vida cuando le acababa de dejar hecho polvo. ¡No quería enamorarse de él! ¿Por qué? Les mostró a los sanitarios donde estaba y preocupado observó como la atendían.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me he caído.

Parecía que quería protegerle cuando no tenía por qué. —Salíamos de la ducha y la llevaba en brazos. Me resbalé y caí encima de ella.

—¡Frank! ¡A estos señores no les interesa!

—Claro que nos interesa —dijo uno a su lado sonriendo—. Él pesa bastante.

Intentó quitarle la toalla y ella protestó —¿Qué hace?

—Tengo que examinarla para evaluar si hay que llevarla a urgencias. Soy médico, ¿sabe?

—Nena, deja que te miren. Le duele el hombro y la cadera. Va a necesitar radiografías.

Se puso como un tomate y apartó la mano. El médico la palpó en la espalda y le hizo un gesto a su compañero. —La tabla.

—¿Cree que tiene algo en la columna? —preguntó pálido.

—Es por precaución. Es mejor prevenir.

—Frank, estoy bien. Está exagerando.

El médico reprimió la risa y le guiñó un ojo. Ella parpadeó mirándole con desconfianza y Frank sonrió sin poder evitarlo. —No me voy a separar de ti.

—¿De verdad? —Alargó la mano para que se la cogiera. —Más tarde continuamos.

—¿Tú crees, preciosa? Yo creo que no.

—Claro que sí. Volvemos enseguida.

Capítulo 8

Sus amigos parpadearon. —Tío, no se puede ser más gilipollas. ¿Le has roto la clavícula? —dijo Sam indignado.

—¡Me resbalé!

—Éste es más especialista en cagarla que tú —dijo Cliff a Sam asombrado.

Frank les miró incrédulo. —Es que no sé lo que me pasa con esta mujer. No hago una a derechas. Con lo bien que se me daba el sexo opuesto.

—Pues últimamente estás sembrado.

—Ya.

—¿Entonces está en tu casa o en el hospital? —preguntó Sam molesto.

—En casa. Porque ella se ha empeñado, porque no sabes el discurso que me dio con lo que podrían cobrar en el hospital por una aspirina. Me recriminó que todo aquello era carísimo y que como solo tenía eso, se iba a casa. Que ni loca pensaba dormir allí, para que me facturaran una noche que ni se imaginaba lo que costaba, cuando podía dormir tan ricamente en casa. ¡No pegó ojo de los dolores! Le dije que se tomara otra pastilla, pero nada. Es terca como una mula porque se empeñaba en que no se la había recetado el médico. ¡Te juro que a veces me pone de los nervios!

Cliff sonrió. —Ya parecéis un matrimonio.

—¡En los matrimonios hay sexo!

—En el mío no.

Puso los ojos en blanco y bebió de su café para escupirlo porque estaba frío. —Mierda.

—¿Así que la has dejado sola?

—Como para quedarme en casa. El brazo izquierdo no lo puede mover por el cabestrillo, pero lo demás… ¡Se levantó antes que yo y cuando me di cuenta la pillé en la cocina haciéndome el desayuno!

—Qué mujer —dijo Sam con admiración—. Qué suerte tienes, cabrón.

—¿En serio te parece que tengo suerte? —Sam hizo una mueca.

—¿Y qué haces aquí en lugar de estar en casa con tu mujer?

—Me han llamado del juzgado para recoger lo que me robó Steven, así que os he llamado.

—Sí que últimamente no tienes mucha suerte. Excepto por Sepi, que es un ángel. —Miró a Cliff. —Tenías que verla. Es una diosa.

—¿Quieres dejar de decir eso de mi mujer? ¡Me dan ganas de arrancarte la cabeza!

Sus amigos sonrieron. —Este año nos vamos de boda —dijo Sam encantado—. ¿Puedo ir a cenar?

—¡No!

—Venga, le llevaré flores.

—Y no vendría mal que tú le llevaras un detallito por el placaje —dijo Cliff.

—No, si al parecer yo no tengo la culpa de nada. Está pensando en cómo cambiar el suelo del baño de la manera más barata para que en un futuro yo no me lesione. Dice que hemos tenido mucha suerte.

—En el club la adorarían.

—Voy a comprarle unos camisones. De todas maneras, siempre va en camiseta por casa. Si le comprara un vestido, se quedaría en el armario.

—Conozco un sitio… —Sam se sonrojó. —Ah, camisones decentes. No, no conozco ninguna tienda.

—Es una chica práctica. Debes ir a un sitio barato que tengan cosas bonitas para que no te lo eche en cara.

Al final sus amigos le acompañaron y estaba seguro de que lo hacían porque después querían acercarse hasta su casa para ver a

Sepi. Cargados de bolsas entraron en el piso y no se escuchaba la radio en la cocina. Eso le pareció raro porque ella solía estar allí.

Dejó las bolsas sobre el sofá mientras Cliff miraba el impecable piso. —Esperar aquí. Hay cervezas en la nevera. ¿Sepi?

Fue hasta su habitación y empujó la puerta para verla sentada sobre la cama con el ordenador en las rodillas y los cascos puestos, de lo más concentrada mirando la pantalla. Sonrió acercándose y se quedó de piedra al ver que estaba viendo porno. Ella cerró la tapa a toda prisa sonrojada. —¡Estás aquí!

—¿Qué hacías? —preguntó sin aire por la sorpresa.

—Aprender.

—¿Aprender a qué?

—A eso… —Al ver que esperaba una explicación gimió. —¿En serio quieres que te cuente más?

—¡Pues sí! ¡Me interesa saber porque mi novia ve porno cuando no estoy en casa!

—Es que no sé lo que tengo que hacer y ahora no puedo tener sexo contigo. Así que estaba aprendiendo cómo darte placer sin eso… —Entrecerró los ojos. —Lo de la boca no sé si puedo hacerlo con el cabestrillo, pero la mano derecha la muevo muy bien.

Las risas en el salón la dejaron con la boca abierta. —¿Hay alguien en casa?

—¡Sam y Cliff han venido a verte!

Se puso como un tomate. —¿Y por qué no me has avisado?

—Ha debido ser la sorpresa, que se me ha olvidado. —Se sentó a su lado suspirando y apartó un mechón de su sien. —Nena, no tienes que preocuparte por el sexo.

—Dijiste que el sexo nos uniría y ahora no puedo… —Él la besó suavemente en los labios acallándola y le abrazó con la mano libre deseando más, pero él se apartó. —A lo mejor sí que puedo.

—Hablaremos de eso después. Pero no quiero que te preocupes. —Miró su camiseta y asintió porque era negra. Era casi como un vestido. —Ven, que quiero presentarte a Cliff.

—¿Cliff Powell? ¿El encargado de la equipación de los Jets?

Si le hubiera dicho que era el presidente de los Estados Unidos no le hubiera hecho tanta ilusión y vio cómo se levantaba de un salto corriendo hacia el salón. Cuando Frank llegó al salón hablaba con Cliff como si le conociera de toda la vida. —Todas las anécdotas que tendrás que contar. Os quedareis a comer, ¿verdad?

Cliff que aún no había salido de su estupor al ver a semejante belleza asintió. —¡Estupendo! —dijo emocionada—. Voy a prepararlo.

—Nena, ya pediremos algo. Tienes que descansar.

—Pero si ya está casi hecho. —Le miró a los ojos. —¿Te han devuelto los relojes?

—Sí. Todos.

—Bien. —Sonrió a Sam. —Me alegra verte otra vez. Os traeré una cervecita. Vamos a celebrarlo.

La cogió por la cintura reteniéndola. —Ya las trae Sam. Ven, que te he comprado algunas cositas que quiero que revises, porque si no tengo que cambiarlas.

Emocionada miró las bolsas de una tienda del centro que era su favorita. Hacía años que no podía comprar allí, pero solo ver las bolsas la emocionó muchísimo y le miró sobre su hombro. —¿Para mí?

—Todo. A ver si te gusta, preciosa.

Los tres la vieron sacar las prendas una por una como si fuera la ropa más hermosa del mundo. Todo lo que había allí no le había costado ni la mitad de los zapatos que cualquier mujer se moriría por tener, pero ella disfrutaba más de eso y Frank hinchó el pecho orgulloso de haber acertado. Cuando sacó unas botas de piel que llegaban hasta la rodilla casi se pone a llorar y Frank se tensó. —¿No te gustan? Nena, se pueden cambiar.

Ella las tiró sobre el sofá y corrió hasta él abrazándole con el brazo sano. Él acarició su melena mientras lloraba sobre su pecho. —Cielo, ¿estás bien?

—Gracias.

Preocupado miró a sus amigos que también fruncían el ceño como si aquello no fuera normal. —No tienes que darme las gracias. ¿Te gusta?

Se apartó y sonrió de oreja a oreja. —Mucho. Me gusta muchísimo. Eres el mejor amigo del mundo. —Le dio un beso en los labios y se apartó después de dejarle en shock. —Ahora me encargo de la comida. Sentaros y charlar, que yo me encargo de todo.

Los tres se sentaron en el acto y ella sonrió encantada antes de correr hacia la cocina. —Ha dicho lo que creo que ha dicho, ¿verdad? —dijo Sam confundido—. ¿Eres su amigo?

—¡Cállate! —Frustrado miró a Cliff que estaba en silencio. —¿No tienes nada que decir?

—Es muy inocente en algunos aspectos. Creo que para ella toda esta situación es algo confusa. No se espera que tú quieras nada con ella y está muy agradecida por tu ayuda. —Entrecerró los ojos. —¿Estás seguro de que te desea y que no lo hace por compromiso?

Frank palideció. —Joder, no me digas eso.

—Pues es algo que tendrás que aclarar antes de continuar con esto. Vuestra relación no ha sido normal desde el principio y es evidente que se muere por complacerte. Lo del porno lo ha dejado bien claro.

—Lo mejor sería que se mudara a mi casa hasta que tuvierais las ideas claras.

Miraron a Sam como si fuera idiota y éste se sonrojó. —¿No? Yo lo veo perfecto.

—Cierra el pico.

La puerta de la cocina se abrió en ese momento y Sepi llevaba dos cervezas en una mano y un zumo en la otra que tenía en cabestrillo. —Nena, no tienes que hacer eso. Podemos nosotros.

—No es nada. —Le tendió el zumo y lo cogió mirándola fijamente. Ella se sentó en el otro sofá. —¿De qué hablabais?

—Del equipo —dijo Cliff rápidamente encauzando la conversación. Frank bebió de su vaso pensando en lo que había dicho su amigo. Si tenía razón en lo que decía, sería un golpe muy

duro, pero tendría que acabar con aquella relación cuanto antes para no hacerla sufrir.

La tarde fue estupenda y la comida deliciosa. Cuando terminaron de comer, los hombres tomaron café mientras ella recogía a su ritmo porque les ordenó que no se movieran. Frank no le hizo ni caso y recogió los platos de postre rápidamente antes de que ellos pudieran reaccionar. Los llevó hasta la cocina y los dejó en el fregadero. Abrió el grifo mirándola de reojo sin aguantarse más. —Nena…

Ella le miró con una sonrisa en los labios. —¿Sí?

—¿Tú me deseas?

Se puso como un tomate porque no se lo esperaba. —¿Qué pregunta es esa?

—No quiero que te sientas comprometida a acostarte conmigo o a tener una relación si no lo deseas. No tienes que agradecerme nada. —Sepi palideció. —Si no quieres sexo, pues no pasa nada y…

—¿Crees que soy una puta? —gritó sin poder evitarlo dolida por sus palabras—. ¿Qué me acuesto con alguien solo porque me deja dormir en su casa o porque puedo comer tres veces al día?

—No, claro que no, pero…

Sepi se volvió y salió de la cocina furiosa. Atravesó el salón con grandes zancadas yendo hasta la habitación de Frank y cerrando de un portazo. Frank salió de la cocina y miró a sus amigos como si quisiera matarlos.

—Bueno, nosotros nos vamos.

—Sí, será lo mejor —siseó apretando los puños—. Y recordarme que no os vuelva a contar nada.

Salieron de allí a toda pastilla y Frank se pasó una mano por su cabello castaño sin saber qué hacer. Al menos allí no tenía escalera de incendios. Dio un paso hacia la habitación y la puerta se abrió de golpe. Estaba fuera de sí y le señaló con el dedo. —¿Sabes qué? ¡Te admiraba, pero con lo que acabas de decir, me has demostrado que eres como todos!

—¡Precisamente porque no soy como todos te lo he preguntado! ¿Me deseas o no?

Sepi levantó la barbilla. —¡Ahora te quedas sin saberlo! —Entró en la habitación de nuevo y Frank sonrió. Al menos no había dicho que no. Volvió a abrir la puerta y se puso serio. Sepi salió lentamente y le miró desde la puerta con lágrimas en los ojos haciendo que se sintiera como un miserable. —¿Tú me deseas? —preguntó ella tímidamente.

—Preciosa, no hay nada que desee más que estar contigo, pero no quiero que te sientas presionada o que estés confundida porque vivas aquí. No sería justo para ti.

Le miró a los ojos y a Frank se le cortó el aliento por cómo le miraba. —Yo quiero hacer el amor contigo —susurró Sepi.

Frank se acercó y la acarició en la mejilla. —Es una pena que no estés al cien por cien. Pero tenemos tiempo.

Ella se tiró sobre él y atrapó sus labios sujetándole por la nuca. Frank intentó separarla sin hacerle daño. —Nena —dijo contra sus labios—. No podemos.

—Me pondré encima. Por lo que he visto, tiene buena pinta.

Él gimió besándola de nuevo y la cogió por la cintura metiéndola en la habitación. La dejó de pie sobre la cama y apartó sus labios para bajar sus manos por sus caderas, metiéndolas bajo la camiseta. Sepi se mordió el labio inferior sin dejar de mirar sus ojos cuando tiró de sus braguitas hacia abajo lentamente, acariciando la piel de sus muslos. Ella gimió inclinando la cabeza hacia atrás, cuando esas manos subieron de nuevo acariciando la parte de atrás de sus piernas hasta llegar a sus glúteos, levantando su camiseta. Chilló de la sorpresa intentando apartarse cuando su lengua acarició su sexo, pero las sensaciones eran tan increíbles que le dejó hacer, llevándola al borde del abismo. —Sabes maravillosamente —dijo él con voz ronca estremeciéndola de placer con fuerza. Frank la sujetó con firmeza y la acarició de nuevo con la lengua prolongando su éxtasis.

Cuando volvió en sí, estaba tumbada en la cama y Frank la miraba como si fuera suya quitándose los vaqueros. Ella alargó el

brazo hacia él y Frank sonrió. —¿Te duele mucho?

—No me duele nada. Solo te quiero a ti.

Vio cómo se ponía el condón y se tumbó sobre ella con cuidado de no hacerle daño apoyándose en los antebrazos. —¿Así está bien?

A Sepi se le cortó el aliento al sentir su sexo rozándola íntimamente y él atrapó sus labios devorándola mientras seguía acariciándola de arriba abajo. Enterró las uñas en su cuello necesitándole y jadeó contra su boca cuando sintió como su miembro entraba lentamente en su ser. Él gimió apartando sus labios. —Estás tan estrecha, es una tortura. —Sintió que la presión aumentaba y cerró los ojos. —¿Te duele? Preciosa, dime algo.

—Quiero más.

Entró en ella de golpe y Sepi gimió cerrando los ojos de nuevo por el dolor que la traspasó. Él besó sus labios y poco a poco Sepi se relajó bajo su peso, pero aún incómoda susurró —Muévete.

—Espera nena, tienes que acostumbrarte. —Ella le miró a los ojos y en ese momento se dio cuenta de que le amaba más que a sí misma. Sonrió y a Frank se le cortó el aliento mirando sus preciosos ojos azules. —Dios, eres maravillosa —dijo llenándola de felicidad antes de que la besara volviéndola loca. Pero eso no fue nada comparado con lo que sintió cuando se movió lentamente en su ser. Fue como si le separaran el alma del cuerpo por el placer que la recorrió y rodeó sus caderas con las piernas intentando evitar que la abandonara. Pero el regresó con un rápido empellón que creyó que la volvería loca de placer. La besó suavemente en el labio inferior antes de repetirlo, provocando que todo su cuerpo empezara a tensarse queriendo más. Y así una y otra vez hasta que gritó de necesidad y Frank entró con fuerza de nuevo liberándola, haciendo que rozara el paraíso con las yemas de los dedos

Ni sintió como él se dejaba caer a su lado. Lo que sí sintió fue como la abrazaba con cuidado y le susurraba que era preciosa y que la había deseado desde que la había visto por primera vez. Sonrió antes de quedarse dormida.

Un carraspeo la sobresaltó y parpadeó confundida al ver a Frank al lado de la cama con una bandeja. —Nena, tienes que comer algo. Además, te tocan las pastillas.

—Oh, ¿pero qué hora es?

—Hora de cenar. —Se incorporó y vio la cena que le había hecho. Un chuletón con patatas fritas. Alucinada le miró. —¿No es demasiado?

—Tienes que recuperarte. Te quedas dormida sin avisar en el peor momento.

—¡Habíamos acabado!

Frank reprimió la risa sentándose a su lado y la besó en el cuello. —Yo hubiera seguido horas.

—Claro, eres un profesional. Yo todavía soy amateur. —Cogió una patata y la metió en la boca. Masticó mirando la patata. —Lo has pedido a comida a domicilio, ¿verdad?

La miró sorprendido. —¿Cómo te has dado cuenta?

—Este aceite no es el mío. Y tú no cocinas.

—No puedo engañarte. —La volvió a besar en el cuello. —Nena, que bien hueles.

—No puedo cortar la carne.

Impaciente cogió los cubiertos y empezó a cortarla con tal vehemencia que a punto estuvo de romper el plato. La miró con deseo y ella soltó una risita nerviosa.

—¿Tienes hambre?

—No.

—Menos mal —dijo antes de atrapar sus labios desesperado.

Ya era mala suerte jugar el veinticuatro de diciembre, pero el fútbol era así. El día de Nochebuena él la miró de reojo. Estaba algo nerviosa alisándose su abrigo nuevo y varias veces se llevó la mano al cabello para asegurarse de que su gorro de lana estuviera bien colocado. Frank sonrió. —Nena, estás preciosa. Y esas botas me excitan mucho.

—A ti te excita cualquier cosa.

—Si viene de ti sí. —Le besó la mano y Sepi sonrió encantada. —¿Estás seguro que quieres que me siente con las mujeres de los jugadores? Puedo sentarme en cualquier sitio. ¿Qué tal el banquillo?

—Sí, para que me revoluciones al equipo. Mejor siéntate con las mujeres que estaré más tranquilo.

—¿Te pondrías celoso?

La miró con deseo. —Mucho.

Ella se echó a reír. —Que tontería.

—No creas. Sam te secuestraría si pudiera.

Se sonrojó intensamente. —Exagerado.

Frank todavía no se podía creer que no fuera consciente de su atractivo y pensándolo bien mejor que no se diera cuenta porque le volvería loco. Llegaron al aparcamiento del equipo y vieron a Kirtley bajar del coche con su mujer. Una rubia oxigenada que llevaba un abrigo de piel carísimo y que miró a Frank con odio. Claro, su plan no había dado resultado, pero a Sepi esa mirada no le había gustado un pelo. Frank la cogió por la cintura. —Esa es Marla.

—Ya, la exmodelo que quería ser la esposa del quarterback del equipo.

—Pero se va a quedar con las ganas.

Ella le sonrió y caminó junto a él. —¿Te duele el hombro?

—Estoy bien. Tú concéntrate en tu juego y déjame con la boca abierta.

—¿Más?

—Muy gracioso.

La besó en la sien. —¿No tendrás frío?

—¿Estás de broma? Me has hecho ponerme dos jerséis.

Escucharon a una mujer echándole la bronca a un hombre y cuando se volvieron se encontraron con Cliff, que puso los ojos en blanco mientras su mujer no dejaba de decirle que iban a llegar tarde.

Frank reprimió la risa. —Sepi, ella es Stella.

La mujer se dio cuenta de que estaban allí y los miró sorprendida.

—¿Tú también vienes al partido? —preguntó ella deseando que dijera que sí.

—Pues sí. —Sonrió agradablemente antes de mirar a su marido como si quisiera matarle. —¡No me cuentas nada! ¿Cómo no me has dicho que nuestro chico tiene novia?

—No soy…

—Es que es algo reciente —dijo Frank interrumpiéndola.

Stella sonrió. —Pues me alegra conocerte. Nuestro Frank nunca trae a nadie. Yo te presentaré a todo el mundo.

Iba a cogerla del brazo y ellos le gritaron —¡Cuidado!

—¡Qué!

—Tiene la clavícula rota —dijo Frank—, y se ha empeñado en no ponerse el cabestrillo —terminó molesto.

—¡Niña, debes seguir las indicaciones del médico!

—No iba a venir con ese armatoste. ¿Entramos? Estoy deseando que empiece.

—Pues aún queda un rato —dijo Stella aburrida—. Siempre digo que voy a venir más tarde, pero no quiero perderme un cotilleo. Por cierto, ¿cómo os conocisteis? —Miró de reojo a Frank que se tensó. —Cuenta, cuenta. Soy una tumba. Como mi Cliff que nunca me cuenta nada. Lo que pasa en el vestuario se queda en el vestuario. —Le guiñó un ojo a su marido demostrando que le quería con locura.

—Soy su asistenta —respondió sinceramente.

—Oh, que bonito. Y os habéis enamorado —dijo encantada—. Yo conocí a mi Cliff en el médico, ¿sabes? En la consulta. Tenía una gripe el pobre… —Soltó una risita. —Le hice mi sopa de pollo y ya no me dejó escapar. ¿Tú cocinas bien?

Los hombres se miraron más tranquilos y Cliff le susurró —No te preocupes. Stella la cuidará.

Sentada en las gradas después de las presentaciones se dio cuenta de que la única que encajaba con ella era Stella. Las demás

la miraron de arriba abajo antes de darle la mano y Marla la observó con odio y ni se acercó. Stella le dio un banderín y sonrió encantada. Al menos podría moverlo de un lado a otro ya que no podía aplaudir.

Habló mucho con Stella que era muy agradable y el campo empezó a llenarse de gente. Las mujeres cotilleaban en grupos, sobre todo de ella por las miradas que le echaban y las que no cotilleaban no soltaban el móvil.

Esos dos grupos se diferenciaban sobre todo en las alienaciones del equipo. Los titulares y los suplentes, pero ella no era la esposa de Frank ni lo sería nunca así que aún no merecía que le dirigieran más de dos palabras.

Miró de reojo a Stella que sonrió sin darle importancia.

—Si quieres hablar con ellas…

—¿Para qué? Siempre me contestan con monosílabos. Soy la mujer del utillero y si me permiten estar aquí, es porque mi marido es una institución en el club y no me he perdido ningún partido en años. Pero se fastidian porque de aquí no me pienso mover. Mi Cliff estará aquí cuando ellas se larguen y yo seguiré en este banquillo a su lado. —La miró preocupada con sus ojos castaños. —No le digas nada a Frank sobre esto, ¿quieres? No quiero que Cliff se entere. Cree que me lo paso bien con ellas.

—¿Y por qué sigues viniendo?

—Porque mi marido está orgulloso de que esté aquí en cada partido. Es parte de este equipo y yo soy parte de él. Mi deber es estar aquí en las buenas y en las malas. —Miró el cielo. —Y parece que esta tarde será en las malas. Va a llover.

—No, hace demasiado frío. Nevará más tarde.

La miró sorprendida. —¿Cómo lo sabes?

—El canal del tiempo.

—O que ha vivido en la calle. Ahí se aprende mucho —dijo Marla con mala leche tras ella haciendo reír a las demás.

—¿Pero que tonterías dices, Marla? Será mejor que cierres la boca.

—Lo sé de buena tinta porque Steven se lo dijo a mi hombre cuando fue a verle a la cárcel. Le acusaron por las grabaciones de las cintas del portal y porque tenía los relojes, pero si hubiera ido a juicio una tal Guiuseppina era el testigo estrella. Una vagabunda que había ocupado el piso de Frank. Viene en el informe y lo leyó su abogado para la defensa. Yo no miento, vieja.

Las chicas se echaron a reír de nuevo y Sepi se tensó levantándose. —Pues sí, en la calle he aprendido muchas cosas. Igual deberías vivir allí un tiempo para respetar a la gente.

—Qué sabrás tú de respeto. —La miró de arriba abajo con desprecio. —¿Qué pasa? ¿Qué Frank no se ha molestado en vestirte como Dios manda o es que en la cama eres tan mala que solo te compra ropa de saldo?

Sepi apretó los puños y Stella la cogió del brazo. —Solo quiere provocarte para que la prensa continúe con el cotilleo. Es una víbora. No piques.

Sonrió maliciosa mientras sus ojos la miraron fríamente. —Marla, ¿sabes una cosa?

—Sé muchas.

—Pues esto te va a encantar. Seguirás viendo como tu marido se queda en el banquillo mientras Frank sigue cosechando éxitos, porque es tan malo que cuando corre parece que tiene la pierna escayolada. —Las chicas se echaron a reír mientras Marla se ponía roja de furia. —Así que disfruta de ese abrigo de piel que te ha comprado el tiempo que puedas, porque cuando le echen a patadas, necesitarás venderlo para mantener al llorica con el que te has casado.

—Serás puta.

—Sí, puta y zorra pero como vuelvas a meterte conmigo, vas a necesitar atención médica. Eso te lo juro por mis muertos.

Marla palideció al ver que hablaba en serio y jadeó. —¿Habéis oído como me ha amenazado?

Todas se hicieron las locas y Sepi sonrió radiante sentándose de nuevo moviendo la banderita. —¡Arriba Jets!

Stella rió por lo bajo. —Esto es lo mejor que ha pasado en años.

—Pues menudo aburrimiento.

El campo estaba a rebosar y satisfecha disfrutó del ambiente. La banda de música empezó a tocar y le acercaron un perrito caliente y una cola. Estaba comiéndolo sin dejar de hablar con Stella cuando salieron las animadoras que con aquella ropa debían estar heladas. Gritó animándolas y la animadora central dio un mortal hacia atrás. Estaban monísimas con unos trajes de mamá Noel, pero aquella faldita ponía los pelos de punta. Debían estar a tres grados. Su coreografía era estupenda y disfrutó del espectáculo. Cuando terminaron, dieron saltos gritando el nombre del equipo antes de correr para salir del campo. Sepi que estaba mordiendo el perrito se quedó de piedra al ver como la animadora central guiñaba un ojo sensualmente a Frank que ya estaba al borde del campo. Él se volvió como si nada mirándole el trasero antes de volverse hacia ella y Sepi entrecerró los ojos. Era mosqueante como poco.

—Estas chicas. Siempre provocando —dijo Stella incómoda.

—¿No me digas?

—No le mientas, Stella. Todo el mundo sabe que Rose ha pasado por la cama de Frank más de una vez.

Se volvió hacia Marla. —Guapa, ¿no tienes vida propia?

La bruja se sonrojó de rabia. —Claro que la tengo. Una vida de casada estupenda que es a donde tú no vas a llegar. —Se sacó el guante de piel y le mostró un pedrusco enorme. —¿Ves esto? Es lo más cerca que estarás de un compromiso, guapa.

—Pues esa vida de casada debe ser de lo más aburrida para que te metas en las conversaciones ajenas. Dile al escayolado que te haga más caso.

Las chicas se echaron a reír y se escuchó el principio del partido. —¡Vamos Frank! ¡Dales caña!

—Dales caña, menuda ordinaria.

Se iba a levantar, pero Stella la cogió del brazo sentándola de nuevo. —Ni caso. Mira el partido.

En ese momento vieron como Sam placaba a un jugador de los Ángeles y Sepi se levantó cuando vio que Frank esquivaba a otro del equipo, pero le derribaron a diez yardas de Touchdown. —¡Muy buena, Frank! —gritó preocupada mientras se levantaba. Respiró del alivio al ver que estaba bien y sonriendo se sentó de nuevo—. Buena jugada.

—Han empezado muy bien —dijo Stella encantada.

Vio como el equipo se recomponía y siguió el juego. La verdad es que estuvo muy reñido y hubiera disfrutado muchísimo del partido si aquella petarda no le estuviera soltando comentarios cada cinco minutos. Estaban en el último tiempo y ganaban por muy poco. Se puso nerviosa porque ahora los Ángeles tenía la posesión del balón y miró el reloj. Quedaban dos minutos para acabar el partido. Frank resbaló sobre el césped cayendo de rodillas y Marla se echó a reír. Eso la puso frenética y se volvió de nuevo. —¿Qué pasa?

—Nada. ¿No puedo reírme?

—¡Estás empezando a tocarme las narices, pija esquelética! Vuelve a decir un comentario de Frank y te saco los ojos.

—Mira, vagabunda rehabilitada… a mí no me hables así, que te pego dos bofetones y me quedo tan ancha.

—¿Sí? Inténtalo, eso si te quedan fuerzas después de meterte los dedos en la boca para vomitar lo que has comido. —Marla se sonrojó porque la había escuchado en el baño minutos antes y se tiró sobre ella sin que nadie pudiera evitarlo, agarrándola de los pelos y tirando su gorro de lana al suelo. Sepi gritó de rabia empujándola y le arreó un puñetazo que la tiró sobre su asiento. Marla demostrando que no era tan fina como quería aparentar, soltó un juramento antes de levantarse furiosa y empujarla por los hombros. Del impulso Sepi cayó hacia atrás por la barandilla metálica y chilló quedando colgando del brazo sano. Stella gritó de miedo acercándose a ella y agarrándola por la muñeca para que no cayera al campo. Eran como cuatro metros de caída y se asustó temiendo romperse las piernas si caía mal. Varias personas se acercaron corriendo y un jugador de los Ángeles gritó pidiendo una escalera.

—¡Me duele el hombro! —Miró a Stella. —Suéltame.

—No, niña. Te puedes hacer más daño.

Otra de las mujeres la cogió por el brazo también para asegurarla. Frank llegó corriendo en ese momento. Apartó a varias personas quitándose el casco y tirándolo al suelo. —Nena, déjate caer. Yo te cojo.

—¡No, apártate! ¡No quiero caer encima de ti!

—Sepi, suéltate. ¡Hazme caso!

Ella le miró a los ojos asustada, pero al ver su confianza les dijo a las chicas —Soltadme.

Chilló sin poder evitarlo cuando la soltaron y Frank la cogió en brazos pegándola a él. Le abrazó aliviada enterrando la cara en su cuello mientras temblaba como una hoja. —¿Habéis ganado?

Frank se echó a reír y cuando se apartó para mirarle, él la besó con pasión mientras los que estaban a su alrededor aplaudían. La llevó hacia los vestuarios y la sentó en un banco ante la entrada. —¿Te duele el hombro?

—Sí.

—Me cambio y nos vamos al hospital. No tardo nada. —Stella llegó corriendo y suspiró de alivio al verla bien. —¿Qué ha pasado? —preguntó molesto—. ¿Cómo ha podido caerse de las gradas?

—Marla la ha empujado.

Los periodistas ya se habían enterado porque llegaban corriendo por el túnel, así que Frank la cogió en brazos metiéndola en los vestuarios. Stella entró detrás como si nada.

—No podemos entrar aquí —dijo Sepi antes de que la sentara ante su taquilla—. Oh… es mucho más grande de lo que se ve en la tele. —Impresionada miró a su alrededor.

Cliff llegó en ese momento. —¿Cómo está?

—Le duele el hombro. —Se quitó la camiseta. —Me voy a duchar.

Stella se sentó a su lado. —Si hubiera llevado el cabestrillo se hubiera matado—dijo impresionada aún pálida.

—Estoy bien.

Los jugadores empezaron a entrar y ella abrió los ojos como platos al ver que pasaban ante ella preguntando si estaba bien. Ni podía hablar viendo como empezaban a desvestirse mientras charlaban. Frank carraspeó. —Chicos, ¿os importa desvestiros en la ducha? Tengo un problema entre manos.

—No —protestó ella sonrojándose cuando Frank entrecerró los ojos—. No hace falta. Mejor me salgo.

Stella soltó una risita. —Casi cuela, niña.

—Vamos al hospital y después a poner una denuncia.

—¿Denuncia?

—¡Podría haberte matado, Sepi! —Se quitó las protecciones que Cliff recogió de inmediato.

—Tiene razón. No creo que tuviera esa intención, pero es lo que podría haber pasado —dijo Stella.

—¿Os quedáis con ella?

—Sí, hijo. No te preocupes.

Frank se volvió para ir hacia las duchas cuando Calen Kirtley entró en el vestuario furioso. —Tú, puta, ¿has pegado a mi mujer?

Ella se levantó asustada por la violencia que emanaba, pero antes de que pudiera evitarlo Frank se tiró sobre él.

Sepi gritó asustada cuando cayeron al suelo pegándose con violencia y sus compañeros se acercaron a toda prisa para separarles. La prensa abrió la puerta grabándolo todo y Sepi gimió porque los rumores de que se llevaban mal empezarían de nuevo.

Cuando un periodista entró poniéndole un micrófono delante intentó apartarse. —¿Es cierto que ha vivido en la calle?

—¡Déjala en paz! —gritó Frank apartando el micro.

Los de seguridad entraron en el vestuario para echar a la prensa. Los ojos de Sepi se llenaron de lágrimas. Si se hubiera controlado. —Esto es culpa mía.

—No es cierto —dijo Cliff preocupado.

Llegó el médico del equipo con el entrenador. —¿Está bien? —El médico se agachó ante ella. —Venga conmigo, que la voy a revisar.

Frank suspiró del alivio. —¿Puedes hacerlo tú? Tiene rota la clavícula.

—¿Y dónde está su férula?

—Hoy no se la ha puesto.

—Estoy bien.

—Nena, haz caso a Mercer.

—Yo te acompaño hasta la enfermería —dijo Stella cogiéndola por el otro brazo para acompañarla.

Frank iba a ir con ella, pero Cliff y el entrenador se pusieron delante. —Dúchate, Frank. Ella está bien cuidada.

—¿Has visto a Kirtley? —preguntó furioso—. ¡Su mujer casi la mata y encima esto! ¡Les voy a poner una denuncia que se van a cagar!

El entrenador asintió cruzado de brazos. —Estás en tu derecho, pero desde ya te digo que no estará con nosotros el año que viene y será suspendido de inmediato. No volverá al campo. Puedes estar tranquilo por tu mujer y por ti. Esto ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—Esas son las medidas que va a tomar el club, pero yo voy a tomar otras.

—Lo entiendo perfectamente, pero después de lo que ocurrió con Coks ten cuidado. La prensa puede sacar mierda hasta de donde no la hay. Y tú te estás exponiendo demasiado. Piénsalo. El club está pendiente de tu renovación. ¿Quieres jugártela?

Frank apretó los puños y furioso fue hasta las duchas sin responder. Cliff se acercó cuando se estaba secando. —Amigo… piénsalo. Háblalo con tu mujer. Igual ella no quiere exponerse a un pleito con ellos que será objetivo de todas las cámaras del país.

Sam llegó en ese momento aún vestido con el uniforme. —Joder tíos, he visto la pelea de las chicas en las gradas. ¡Está grabada! Marla se puso como una loca y las mujeres dicen que no dejó de provocar a Sepi desde que se sentó, burlándose de ella porque había vivido en la calle. Al parecer Steven les contó todo cuando fueron a visitarle a la cárcel.

—¡Mierda! —Frank fue a vestirse mientras ellos le seguían. —¡Ahora sabrá su historia todo el mundo, joder!

—Llamaré al jefe de prensa por si no sabe esto —dijo Cliff preocupado.

—Sí que lo sabe. Estaba conmigo viendo las imágenes y fue él quien habló con las mujeres para controlar los daños. Pero ya no hay nada que hacer porque una de ellas ha colgado un video en la red.

Frank se puso el jersey a toda prisa y se sentó para calzarse los zapatos. —Voy a ver a Sepi.

En ese momento llegó Stella apretándose las manos. —Hay que trasladarla al hospital.

Frank palideció y salió corriendo. Cliff miró asombrado a su mujer. —¡Si parece que está bien!

—Al parecer la fractura se ha desplazado. El doctor cree que igual la tienen que operar. Le tiene que estar doliendo muchísimo, pero dice que está bien y que se quiere ir a casa con Frank —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Pobrecita.

Su marido la abrazó. —Se va a poner bien. —La besó en la sien y miró a Sam. —Cámbiate. Nos vamos al hospital.

Capítulo 9

Sepi se puso muy nerviosa cuando escuchó que el médico llamaba a la ambulancia que estaba ante el campo. —¿No puedo ir en coche con Frank?

—Cielo, él sabe lo que hace.

—No quiero que te muevas más de lo necesario —respondió el médico, aunque ya la había inmovilizado. Parecía una momia.

Miró a Frank a los ojos y este sonrió acariciándole la sien. —¿Te duele mucho?

—No.

—Mentirosa. Yo también me he roto la clavícula, ¿sabes?

—Sí, y fueron seis semanas de lo más aburridas. Jugaron fatal y fue su peor temporada.

Frank rió por lo bajo antes de besarla suavemente en los labios. —Ya verás, antes de que te des cuenta estaremos en casa.

—He perdido el gorro.

—Te compraré otro.

—Me gustaba ese —dijo con rabia porque esa tía la había fastidiado pero bien—. Un periodista me ha preguntado si he vivido en la calle. Ahora lo sabe todo el mundo.

—Shusss. —La abrazó a él. —No te preocupes por eso.

—Pensarán que estoy loca por colarme en tu casa —susurró contra su pecho—. Y pensarán que tú estás loco por acogerme de nuevo.

—Me da igual lo que piense la gente y no debes hacer caso a las murmuraciones. Dentro de una semana ya no se acordarán de nada. Olvídalo.

Fue más fácil decirlo que hacerlo, porque en cuanto salió su camilla los de la prensa se tiraron sobre ella para hacerle un montón de preguntas. Intentando protegerla, Frank empujó a unos cuantos y la cubrió como pudo hasta que los de seguridad hicieron un pasillo para meterla en la ambulancia. Cuando él se sentó a su lado le miró con lágrimas en los ojos y Frank le cogió la mano intentando consolarla.

—Esto te va a perjudicar.

—Qué va. La víctima eres tú. No lo olvides. No has hecho nada malo. Solo te has defendido.

—¿Te lo ha contado Stella?

—Cielo, lo sabe todo el mundo. Hay un video en la red.

Gimió cerrando los ojos y una lágrima corrió por su sien. Él se la limpió con el pulgar. —No pasa nada. No quiero que llores. Esos preciosos ojos azules no deberían llorar jamás. En cuanto salgamos del hospital, nos iremos a casa y te daré el regalo que te he comprado.

Le miró arrepentida. —Yo no te he comprado nada.

Él sonrió. —Lógico, si todavía ni te he pagado todo lo que has trabajado. Otra cosa que es culpa mía.

—¿Y vas a pagarme mucho?

—No mucho porque igual piensas en dejarme.

—Me echarás tú.

A Frank se le cortó el aliento porque lo decía totalmente convencida. —No, preciosa. Eso no pasará.

Ella forzó una sonrisa como si no se lo creyera, pero Frank no quiso discutirlo en ese momento. Le acarició el cabello todo el camino y cuando llegaron al hospital tuvo que separarse de ella. Sus amigos ya estaban allí y para su sorpresa estaba Burney. —Joder, ¿qué ha pasado ahora? ¿No me van a renovar?

Su manager desde hacía dos años se acercó a él y le hizo un gesto para que se alejaran de los demás. —He visto el video de la caída.

—¿Y qué?

—La postura de los medios me ha dejado de piedra. Esto te va a beneficiar, amigo. Están montando una historia de cenicienta y ya me han ofrecido dos millones por contar su historia en el programa de Callaghan.

Asombrado dio un paso atrás. —Será una broma.

—Piensa en ello. ¡Es lo que necesitaba tu carrera para la publicidad de primera división! En cuanto salgáis en el programa a todo el país se le caerá la baba con su historia. La ex presidiaria que sube una escalera de incendios y cambia su vida. Es un filón. ¿Estás seguro de que quieres rechazar algo así? ¡Van a hablar de ella igual! Y puede que lo que digan se vuelva en tu contra porque no colaboras con la prensa.

—¡No voy a exponerla a los medios y más para conseguir beneficio!

—¡Cómo si ella no se hubiera beneficiado de estar a tu lado! Ahora lleva una vida normal, ¿no? ¡Te avisé que cortaras esto, pero te empeñaste en meterla en tu casa de nuevo! Ahora no me vengas con que quieres ocultar su vida y protegerla, cuando sabías de sobra que solo por estar a tu lado iba a llamar la atención a la prensa. —Frank apretó los labios. —Esta es tu oportunidad de volver por la puerta grande. Anuncios de campañas nacionales. Llámame mañana.

Sin más se volvió saliendo de la sala de espera y Frank miró a sus amigos. Sam hizo una mueca. —Siento decir esto, pero sabes que tiene razón.

—Háblalo con la niña. Igual no le importa —dijo Stella forzando una sonrisa.

—Cómo no le va a importar ser la comidilla de todo el mundo. ¡Es un programa nacional! Toda su vida quedará expuesta y ese presentador siempre busca algo para torturar al entrevistado.

—Pues si quieres que tu carrera despegue de nuevo, deberías aprovechar la oportunidad —dijo Sam muy serio—. Háblalo con ella porque te quedan tres años como mucho si tu cuerpo resiste y esta

será la diferencia entre vivir bien y vivir muy bien en tu jubilación deportiva, aunque luego trabajes en otra cosa.

Frank apretó los labios. —Ya veremos. Ahora no quiero agobiarla con esto.

Sepi miró al médico que era el mismo que la había atendido la última vez. —¿Entonces estoy bien? ¿No tiene que operarme?

—No, pero no te quites el cabestrillo excepto para lo indispensable, ¿me has entendido?

Asintió sin entender nada. —El médico del equipo…

—Hay médicos que a veces prefieren operar para asegurarse de que la lesión queda lo mejor posible. Él trata a hombres que deben dar el más alto rendimiento de su cuerpo. —Sonrió sin darle importancia. —Pero no te preocupes porque tú quedarás perfecta sin operación si sigues mis instrucciones.

Suspiró del alivio. —Menos mal. Era lo que me faltaba para rematar el día de Nochebuena.

—Te he puesto un analgésico por vía.

—Sí, ya está remitiendo el dolor.

—Tómate una pastilla antes de dormir y si necesitas otra no te preocupes. Una cada ocho horas, pero si notas dolor puedes tomar otra sin abusar.

—Gracias. —Sonrió encantada y pensó que tenía que haberle hecho caso a Frank cuando le insistía en que no aguantara los dolores. —Puedo irme, ¿verdad?

—Después de nuestra última conversación y el discurso que me soltaste con las aspirinas, ni se me ocurriría sugerirlo. —Se echó a reír yendo hacia la puerta. —Voy a hablar con tu novio.

Ella iba a decir que no era su novio, pero al final cerró la boca. Total, Frank le iba diciendo a todo el mundo que eran pareja. Debería hablarlo con él. Intentó ponerse el jersey beige que Frank le había regalado, pero con aquello puesto era difícil. Iba a quitarse el

velcro que rodeaba su cintura para ponérselo cuando Frank entró sonriendo. —Que buena noticia.

—¿A que sí? —Él le dio un beso en los labios. —¿Me ayudas?

Abrió el velcro y él frunció el ceño. —¿Debes hacer eso?

—Si quiero vestirme sí. Me ha dicho que no me lo quite, a no ser que sea imprescindible y esto es imprescindible.

La ayudó con cuidado a ponerse el jersey y después le colocó el abrigo sobre los hombros. —¿Te duele mucho?

—Me han inyectado algo que es la leche.

Frank rió por lo bajo sujetándola por la cintura mientras salían de la habitación. —Sam nos llevará a casa. Me he dejado el coche en el estadio.

—¿Está aquí?

Llegaron a la sala de espera y se sorprendió de que Cliff y Stella también estuvieran. —¿Pero qué hacéis aquí? ¿Tan mala pinta tenía?

Stella soltó una risita. —Es estupendo que no haya que operarte.

—El médico del equipo es un exagerado. ¿Nos vamos a casa y preparo algo para picar? —Entonces se sonrojó porque era Nochebuena y no sabía si iban a cenar con alguien. La gente cenaba en familia en esas fechas. —Si no tenéis planes, claro.

Stella y Cliff se miraron sorprendidos. —Íbamos a cenar solos.

—Yo me apunto. Iba a ir a una fiesta, pero prefiero pasarlo en familia —dijo Sam encantado—. Además, hay que pasar estas fechas con las personas que nos importan, ¿no?

—Cliff, vete a casa por el pavo. Yo me voy con ellos en el coche para ayudar a la niña.

—Estupendo.

Sonrió mirando a Frank que la besó en la frente. —Vamos, nena.

Salieron del hospital y gimió cuando los flases la cegaron. Frank la pegó a él cuando se acercaron bombardeándolos a preguntas. Sam corrió a por el coche.

—¿Es cierto que va a asistir al programa de Callaghan?

—Chicos, por favor. Mi novia no se encuentra bien. Sabéis que siempre os atiendo, pero en este momento no vamos a hacer

declaraciones.

—¿Cómo se encuentra? ¿Es una lesión grave?

—¿Es cierto que vivió en la calle?

—¿Ha estado en la cárcel?

—¿Van a demandar a Marla Kirtley?

—¿Vivió en tu casa sin que tú lo supieras, Murray? ¿Cómo no te diste cuenta de que esa preciosidad estaba en la misma casa?

Frank sonrió. —Está claro que estoy ciego, chicos. Iré a que me revisen la vista.

Los periodistas se echaron a reír. —Hay algunos con suerte.

El coche de Sam se detuvo ante ellos y Stella le abrió la puerta. Muerta de la vergüenza entró rápidamente apoyándose con el brazo sano en el asiento. Frank cerró la puerta y se volvió hacia la prensa. —Os prometo que en otro momento os contestaré. Ahora necesitamos un poco de aire.

—Bien, Frank. —Uno de los chicos bajó el micro y el otro la cámara. —Gracias por atendernos.

Frank asintió antes de rodear el coche por detrás y entrar en el vehículo. Estaba algo apretado sobre todo porque Sam tenía el asiento muy hacia atrás debido a lo alto que era.

—Ponte aquí.

—Nena, estoy bien. Te aseguro que los aviones son más incómodos.

—¿Vas a ir al programa de Callaghan?

Frank apretó los labios. —Te lo preguntaban a ti, preciosa.

Le miró asombrada. —¿Es broma?

—Quiere entrevistarnos.

—¿Por qué?

—Quieren conocer nuestra historia. O mejor dicho quieren conocer la tuya —dijo incómodo.

Le miraba con la boca abierta. —Pero si no soy nadie.

—¡Claro que eres alguien! —exclamó alterándose—. No vuelvas a decir eso, ¿me oyes?

—Niña, debes comprender que con todo lo que ha ocurrido eres de interés público. La gente quiere saber qué ha ocurrido y quieren escuchártelo decir a ti directamente.

Negó con la cabeza. —No, no quiero hacerlo. Qué vergüenza. No sería capaz de decir palabra.

—Pues si no quieres hacerlo, no pasa nada. —Sam y Stella se miraron de reojo, pero no se atrevieron a decir nada. —Nos olvidamos del asunto.

Sepi suspiró del alivio. —Estoy deseando llegar a casa.

—Tenemos tres días para disfrutar de nosotros, pero ahora celebraremos la Nochebuena.

Ella sonrió radiante. —Vamos a comer pavo y Stella tiene pinta de cocinar estupendamente.

—No creas. Creo que me ha salido un poquito seco.

Sepi suspiró viendo todo el pavo que había quedado mientras cerraba la nevera. Había sido una noche maravillosa, pero había sobrado mucha comida porque Stella se negó a llevársela. Frank entró en la cocina con una bandeja de copas. —Ha sido divertido ¿verdad?

—Stella es una adicta al póker. —Soltó una risita cogiendo una bandeja para meterla en el lavavajillas.

—Nena, deja eso. Vámonos a la cama. ¿Te has tomado la pastilla?

—No, todavía no.

Le miró de reojo cogiendo una copa para meterla en el lavavajillas. Él cogió más copas para que no lo hiciera ella y empezó a colocarlas en la bandeja. —Stella me ha dicho que te han ofrecido dos millones. Eso no me lo habías contado.

Frank juró por lo bajo incorporándose. —Eso no es importante.

—Sí que lo es. ¡Cómo también es importante que tu manager te haya dicho que esta historia impulsará tu carrera publicitaria! ¡No entiendo por qué me lo has ocultado!

—Vuelvo a repetir. Eso no es importante. Si no quieres hacerlo, no pasa nada y no quiero que te sientas presionada para ir a esa entrevista.

—¡Son dos millones! ¿Estás loco? ¡Por ese dinero hablaría por los codos! ¡Sería mi futuro! ¡No tendría que depender de nadie nunca más!

Frank se tensó. —Al parecer la vergüenza de contar tu historia se borra cuando te ponen delante el signo del dólar.

Sepi dio un paso atrás como si la hubiera golpeado. —No puedo creer que hayas dicho eso —susurró dolida—. ¡Está claro que no me entiendes! ¡Pero claro, cómo me vas a entender cuando no has dormido en la calle y cuando no has sentido el dolor de estómago que solo se tiene cuando hace días que no pruebas bocado!

—Nena…

—Me importa poco lo que pienses —dijo con desprecio—. ¡Tengo una oportunidad de salir a flote y puede que lo pase mal durante unas horas, pero te aseguro que ese millón que me corresponde, hará que se me pase enseguida!

Él apretó los labios. —Pues está claro que no pensamos igual. Creo que la dignidad no se vende.

—¡Lo dice el que anunció pollo frito siendo el mejor jugador del equipo!

Sepi palideció al ver que le había hecho daño, pero él también le había hecho daño a ella y tantos años defendiéndose de los que la agredían de una manera u otra, salieron a la luz impidiéndole disculparse. Ni loca iba a rechazar un dinero que le daría tranquilidad el resto de su vida.

Frank dejó la copa que tenía en la mano sobre la encimera. —Me voy a dar una vuelta.

Sepi sintió que se le rompía el corazón y le vio salir de la cocina como si se estuviera conteniendo. No la comprendía y no la comprendería nunca. Como cuando le había regalado aquel vestido o había querido salir a cenar para gastarse lo que para ella era una fortuna. Eran de dos mundos distintos. Él era una estrella y Sepi

nunca estaría a su altura. Lo había visto en el campo y en la vida que le rodeaba, pero no había sido consciente del todo hasta ese momento. Miró las copas sin darse cuenta de que lloraba y siguió recogiendo la cocina. Ese era su sitio. Era donde estaba cómoda. Como cuando vivía con su padre, haciéndole la cena y viendo los partidos a su lado en lugar de salir con sus amigas. Puede que por eso se había sentido tan cómoda allí porque le recordaba la vida que había llevado con él. Pero ni Frank era su padre ni seria su marido jamás. Él no la quería y ella no podía quererle. Que la hubiera acusado de ser una vendida se lo demostraba. Eso sí que no se lo había esperado y era lo que le había abierto los ojos del todo. Sonrió con tristeza mirando la cocina ahora impecable. Todo llegaba en algún momento y ese era el momento de separarse.

Frank miró la carta por enésima vez y Sam se la quitó de las manos leyéndola a toda prisa.

Querido Frank:

Siento que esta situación haya terminado así. Pero tú y yo sabemos que esta amistad o lo que sea, no tiene futuro. Me he sentido muy a gusto en tu casa. Ha sido mi segundo hogar y te agradezco todo lo que has hecho por mí, te lo juro. Eso no lo dudes nunca, por favor. Pero esta noche nos hemos hecho daño mutuamente y era algo que no debía haber pasado nunca. Siento lo que te dije y conociéndote sé que tú también lo sientes, pero esta discusión solo nos ha demostrado que somos distintos. Demasiado distintos y al estar juntos hemos cruzado una barrera que jamás deberíamos haber traspasado. Como amigos todo hubiera sido muy diferente, pero no me arrepiento de esos momentos que pasamos juntos porque han sido los mejores de mi vida. Espero encontrarme contigo algún día y ver que eres tan feliz como te mereces con una mujer excepcional a tu lado.

Por favor, no te preocupes por mí. Me he llevado doscientos dólares de la caja de madera que te devolveré en cuanto pueda. Ya

sabes que eso me dará para vivir una temporada con lo bien que me administro. —Sam sonrió sin poder evitarlo. — *Te deseo lo mejor y por favor, cuídate mucho.*

Tu Sepi.

Levantó la vista hacia su amigo que miraba su taza de café muy concentrado. —¿Qué ha pasado? Hace tres días estabais bien —dijo Cliff impresionado.

—La puta entrevista —siseó con rabia—. Quería hacerla y me dejó de piedra.

—¿Por el dinero?

—¡Sí! —Le miró a los ojos. —Primero se negaba, pero cuando se enteró de cuánto cobraría, ya no sentía ninguna vergüenza.

—Debes comprenderla, Frank —dijo Sam asombrado—. No tiene nada.

—¡No le faltaba de nada a mi lado!

—¿Independencia?

—¡Stella tiene lo que tú ganas y no la he oído protestar!

Cliff le miró atónito. —Es mi esposa.

—¡Y Sepi es mi mujer!

—¡No, no lo es! ¡No tiene un anillo en el dedo que le dé seguridad! Trabajaba en tu casa, Frank. Esa era la única seguridad que tenía y podrías haberla echado a patadas en cualquier momento. ¡Lo que pasa es que temías que en cuanto consiguiera el dinero te dejara y lo que has conseguido es que se fuera antes, porque la has avergonzado por luchar por su futuro a costa de su pasado! ¡Ella tiene derecho a sacar algo bueno de todo lo que ha vivido, joder! ¡Y tú deberías haberla apoyado y protegido como es tu obligación!

—¿En serio pensabas que se iría en cuanto consiguiera su parte de la entrevista? —Sam le miró incrédulo y Frank apretó los labios. —Vale, lo he pillado. Está claro que lo pensaste.

—¡Cuando me dijo que por un millón hablaría por los codos, me entró el pánico!

—¿No pensarías que está contigo por dinero? —preguntó Cliff impresionado.

—Durante un segundo se me pasó por la cabeza que me había engañado desde el principio. —Le miró furioso. —¡Y es para pensarlo! En cuanto aparece el dinero de verdad, me ha dejado, ¿no?

—¿Qué dinero de verdad? ¿Los doscientos pavos? —preguntó Sam sin salir de su asombro.

—Ah, ¿pero no lo sabes? Sale esta noche en el programa de Callaghan —dijo con ironía—, y según mi manager con el caché que era para los dos. Lo ha negociado mi manager después de una llamada de Sepi pidiéndole la entrevista. Está durmiendo en el Plaza porque lo paga la productora.

—¿Le van a pagar los dos millones? —Cliff no salía de su asombro.

—Es normal. Llevan saliendo en todos los informativos desde el partido. La vida de Sepi ha salido en todas las televisiones e incluso han entrevistado a antiguos compañeros de instituto. Cuando tienen una historia jugosa, no se cortan en pagar lo que sea por tener una exclusiva. Eso lo recuperan con cuatro anuncios —dijo Sam preocupado. Le miró a los ojos—. Lo siento, amigo.

—Esto me pasa por haber confiado en ella desde el principio. Hay que ser gilipollas. Se cuela en mi casa y encima la acojo de nuevo.

Un cámara les sacó una foto a través del escaparate de la cafetería. —Estupendo.

—No me lo puedo creer. —Cliff apoyó la espalda en el respaldo de la silla. —Estaba convencido de que estaba enamorada de ti. Y Stella también me lo ha comentado, porque durante el tiempo que estuvieron juntas no dejaba de hablarle de ti de una manera que la impresionó.

—Pues tenéis mucho ojo —dijo con rabia—. Pero es lógico. Ponía mala cara cada vez que decía que era mi novia y siempre estaba con que éramos amigos. —Se levantó cogiendo la carta para meterla en

el abrigo. —¿Os venís a casa a ver la entrevista? Seguro que me encuentro con otra faceta suya que nos deja con la boca abierta.

—Sí, claro. Esto no me lo pierdo —dijo Sam a toda prisa—. Yo llevo las cervezas y las pizzas.

Cliff gruñó levantándose. —Como amigo iré. Pero si no me llevo a Stella, me mata.

—Tráetela, cuantos más mejor. Igual invito a medio equipo para que vean como me han tomado el pelo y así aprendan la lección.

Sam y Cliff sabían que estaba hecho polvo y en ese estado podía hacer una tontería. —Mejor deja la fiesta para otro momento —dijo Sam saliendo tras él.

—Cuanto antes me olvide de ella, mucho mejor.

Salieron de la cafetería y dos tipos de la prensa se acercaron corriendo. —¿Qué opinas de que tu novia hable esta noche en máxima audiencia?

—Pues opino que el dinero mueve montañas. Tenéis que tener en cuenta que era una muerta de hambre que dormía en la calle, chicos —dijo dejándolos de piedra—. Es capaz de vender a su padre si estuviera vivo por esa pasta. Espero que la disfrute mucho.

Cliff gimió tras él golpeándose la frente.

—¿Habéis roto?

—¿Roto? Para romper algo primero tiene que empezar y entre nosotros nunca hubo nada ni lo habrá. Durante unos días me puso una venda en los ojos con tanta sonrisa y lo buena que está, pero ya la he calado. Por mí puede pudrirse.

Sam apretó los puños antes de decir —Ya está bien, chicos. La entrevista se ha acabado.

—Una última pregunta. ¿Te sientes utilizado por ella para conseguir fama?

—¿Utilizado? —Frank lo pensó. —Sí, me he sentido utilizado por Sepi. Yo intenté que funcionara y al parecer lo que ella quiere es otra cosa. Aprovechó una discusión por esa entrevista para irse de casa, lo que indica que le importaba más esa entrevista que yo. ¿Cómo te sentirías tú, Jeffrey?

Los periodistas bajaron los micros muy serios y Cliff le cogió del brazo. —Vamos, ya has dicho más de lo que debías.

Caminaron calle abajo y furioso se metió en el coche. Cliff le cogió la puerta antes de que cerrara. —¿Estás loco? ¡La has insultado ante los medios! ¡Esto hundirá tu carrera!

—¡Déjame en paz! —Cerró la puerta con fuerza y arrancó el coche.

Cliff se llevó las manos a la cabeza mirando hacia atrás y vio por el espejo retrovisor que Sam llegaba corriendo, pero salió de la plaza de aparcamiento antes de que llegara.

Capítulo 10

—Burney no puedo hacerlo —susurró casi temblando como una hoja y pálida como una muerta.

—Claro que sí. Todo el mundo se pone nervioso antes de salir. Toma aire y camina hacia él. Después Callaghan lo hará todo. Hará que te sientas a gusto, ya verás. Cuando hablaste con él antes todo fue bien, ¿verdad? —Sin poder hablar asintió. —Tranquila y piensa que estáis vosotros solos. Como en tu camerino en la entrevista previa.

—Bien. —Forzó una sonrisa. —No pasará nada.

—Eso. ¿Y sabes qué? Si sale mal, solo tienes que pensar en el cheque que te darán, así que lo demás no tiene que importarte.

—Le conseguirás esos contratos, ¿verdad?

Burney sonrió. —Le lloverán los contratos en cuanto salgas ahí.

Eso la tranquilizó y se pasó la mano por el vientre. El vestido negro que le había regalado la productora, le recordaba al que Frank le había comprado y aunque los zapatos no eran tan caros, también eran preciosos. Habían peinado su largo cabello con unas hondas y la habían maquillado como a una estrella de cine. —¿Estoy bien?

—Tan hermosa que quitas el aliento. Una pena lo del chisme ese que llevas puesto, pero le dará dramatismo a la historia.

Se acercó un hombre con unos cascos que tenían un micro ante la boca. —Atentos. Le toca.

Ella miró hacia el presentador que tras una mesa decía —Todos habéis oído hablar de ella. Guiuseppina Foster es la chica que todos hemos visto en todas las noticias cuando fue agredida por Marla Kirtley, la esposa del jugador de los Jets. Pero no solo eso nos ha dejado con la boca abierta, sino que tiene mucha historia detrás de

la que se ha especulado mucho en estos días. ¡Para que nos la cuente en primera persona, un fuerte aplauso para Sepi!

Las piernas le temblaron acercándose a él y cuando vio los focos y al público aplaudiendo sintió que se quedaba sin aliento, deteniéndose antes de llegar hasta el presentador. Miró el foco sintiendo que los nervios la paralizaban, pero Callaghan se acercó aplaudiendo y la cogió por la cintura. —Bienvenida, Sepi. ¿Puedo llamarte Sepi? —Ella asintió sintiendo la boca seca. —Por favor, siéntate por aquí.

Casi agradeció sentarse al lado de su mesa porque creía que se derrumbaría en cualquier momento. —Mírame Sepi —dijo Callaghan tapando el micro disimuladamente.

Ella le miró a los ojos y el hombre que debía tener unos cincuenta años sonrió tranquilizándola. —¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, gracias —respondió tímidamente.

Él miró a la cámara. —Sepi tiene la clavícula rota y por eso lleva un cabestrillo.

—Oh, sí. Pero no me la rompió ella —dijo por si llevaba a errores —. Ya me la había roto una semana antes.

—Pero casi te mata. ¿No es cierto?

—Pero afortunadamente llegó Frank y me cogió.

—Lo mejor es empezar por el principio porque se ha especulado mucho con tu historia. Hemos preparado un video donde se resume lo que te ha ocurrido en los últimos años.

¿Habían hecho un video? Impresionada miró el enorme televisor que tenía en frente.

Una imagen de sus padres apareció en la pantalla cortándole el aliento y empezaron a contar cómo su madre les había dejado cuando ella tenía cuatro años y cómo su padre se había encargado de ella hasta que había enfermado, dejándola sola con la edad de dieciocho años. Se emocionó al ver la foto de su padre con ella en un columpio en una fiesta de cumpleaños de una vecina que tenía su edad. Se mordió el labio inferior mirando sus ojos. Ni fotos tenía de él. Una de sus vecinas habló a la cámara diciendo que era una

niña muy buena que había cuidado a su padre hasta que había fallecido, dejando sus estudios porque no quería separarse de él. Cerró los ojos al ver el certificado de defunción de su padre y se estremeció por dentro mientras una lágrima recorría su mejilla sin darse cuenta. El narrador empezó a contar cómo los problemas económicos la abrumaron y vendió la casa. Su antiguo casero salió declarando que había huido del piso debiendo dos meses y que seguramente por eso había terminado en la calle. Ella apretó los labios porque se había ido por eso y porque le había dicho que podían arreglar lo del alquiler de otra manera. Sumida en sus pensamientos vio el video que la había condenado y su ficha policial salió en la pantalla. Le sorprendió ver al señor Hoskings diciendo que era una buena chica que había tenido mala suerte.

—A veces el sistema se equivoca y creo que la condena de Guiuseppina fue un terrible error. —Miró a la cámara. —Cuando se fue de aquí, estaba convencido de que volvería tarde o temprano porque no tenía quien la ayudara. Y ella, ya fuera por desconfianza o temor, tampoco se dejaba ayudar. Espero que eso haya cambiado. Lo espero sinceramente.

El video terminó y miró a Callaghan. —No fue un error. Robé esa comida y merecía el castigo. Puede que fuera algo duro para mi primer delito, pero lo asumí.

—¿Después de eso has robado de nuevo?

Sonrió divertida. —¿De verdad crees que te voy a responder a esa pregunta?

El público se echó a reír y Callaghan sonrió. —¿Qué ocurrió para que llegaras al piso de la estrella de los Jets, Frank Murray?

—Que soy idiota.

El público volvió a reír. —Me robaron a mí, así que el poco dinero que tenía desapareció. No tenía abrigo y recuerdo que nevaba con fuerza. Caminaba por su calle y le vi entrar en un coche negro.

—¿Ahí fue la primera vez que le viste?

—En persona sí. —Sonrió recordando. —Me quedé ante su edificio especulando qué piso sería el suyo. Deduje que sería el

ático. El más caro y el más grande. Al fin y al cabo es una estrella.

—¿Qué ocurrió después?

—Había una ventana abierta que tenía acceso a la escalera de incendios y debajo unos contenedores. Fui a los contenedores y los abrí.

—¿Para buscar comida?

Ella asintió intentando retener las lágrimas. —Tuve suerte y en otro contenedor había un jersey viejo y unas camisetas. Pude abrigarme y te aseguro que me vino muy bien.

—Me lo imagino.

—En ese momento apareció un chico y me escondí. Él subió la escalera de incendios y cogió una bolsa que dejaron allí.

Siguió relatando cómo el chico se fue con su madre y Callaghan la miró sorprendido. —Robaban en ese piso.

Ella asintió. —Es lo que me imaginé. Entonces tuve la idea de subir por si había un abrigo en esa habitación. Y me quedé.

—Así de simple.

Sonrió sin poder evitarlo. —No es simple, te lo aseguro. La primera sorprendida de que fuera el piso de Frank fui yo. Era una seguidora de toda la vida y era como estar en un museo porque todo lo que veía a mi alrededor estaba relacionado con él. Llegó a casa y me escondí. Iba a salir de nuevo, pero nevaba y me quedé durmiendo bajo la cama de la habitación de invitados. Esa noche fue sencillo, lo complicado vino después, porque tenía que evitar a la que le robaba. —Hizo una mueca. —Eso cuando trabajaba, porque la tía no pegaba golpe.

Callaghan se echó a reír. —Y evitar a Frank. ¿Era difícil?

—Yo cenaba antes de que llegara y después me iba a mi habitación. Con no hacer ruido… ¿Quién se va a imaginar que hay alguien en su casa? Ni se dio cuenta. Vivía mucho más tranquila que en la calle, te lo aseguro. Y mucho más calentita.

—Entonces pasó lo de Steven Coks, ¿verdad?

—Un mes después de llegar. Entró en casa de Frank y cogió los relojes. Además, lo revolvió todo. Me dejó la casa hecha un desastre

y supe que me tenía que ir. Había huellas mías por toda la casa y estaba fichada. Pero no podía dejar que su amigo se fuera de rositas, así que le escribí una carta y llamé a la policía antes de irme.

—Así que gracias a ti le cogieron.

—Supongo que sí.

Él asintió. —Pero regresaste. ¿Cómo fue tu regreso?

—Frank me buscó. Contrató a un detective para que me encontrara. Un día yo pasaba ante su edificio y me detuve al ver la prensa. Estaban allí por Coks y yo mire hacia su ventana. Vi que estaba abierta y me sorprendí. El detective me encontró en ese momento y me dijo que subiera. Que Frank quería ofrecerme trabajo como su asistenta.

—¿Y no desconfiaste?

—Al principio sí, pero después… —Se mordió el labio inferior. —No tenía nada y en su casa me sentía segura. Además, durante ese mes que viví con él me di cuenta de que no solo era un gran deportista, sino que era un hombre estupendo. ¡Y quería que trabajara para él! Para mí era un sueño.

—Así que subiste e iniciaste una nueva vida. Es lógico que entre dos personas jóvenes, que viven juntas, se llegue a una relación amorosa. Eso ocurrió, ¿no es cierto?

Sepi se puso como un tomate. —Pues sí.

—Te enamoraste de él.

Miró de reojo a Burney que la animó con la cabeza. —¿Tengo que contestar a esa pregunta?

Callaghan se echó a reír. —Viendo el beso que te dio ante todos en el campo de los Jets, sería difícil negarlo. Se os veía muy enamorados.

Nerviosa apretó los dedos de la mano en cabestrillo. —No, no creo que él me amara. Pero eso no significa que sea mala persona. Yo quería estar con él.

—¿Se aprovechó de tus circunstancias?

—¡No! Es más, lo hablamos y se aseguró de que no me sentía presionada. Vamos, que me acosté con él porque me dio la gana. —

El público se echó a reír. —¡Pregunte a cualquier mujer si se resistiría a Frank Murray! Hay que ser de piedra.

—Pero tú le amas.

—Sí, pero… —Abrió los ojos como platos al darse cuenta de lo que había dicho. —¿Cambiamos de tema?

Callaghan sonrió como si eso hubiera sido su objetivo en la entrevista y ella frunció el ceño. —¿Y qué ocurrió en el campo?

Aliviada contó lo que Kirtley le había hecho a Frank. No se cortó un pelo en dejarle fatal y cuando habló de su mujer dijo exactamente lo que había ocurrido porque era una tontería negarlo cuando estaba grabado. Y para demostrarlo pusieron el video.

—Podría haberte matado. ¿La has denunciado?

—No.

—¿Por qué no la has denunciado?

—Creo que su intención era darme cuatro tortas, no quitarme del medio. He estado en la cárcel y sé lo mal que se pasa. Tampoco hay que ensañarse. Bastante tiene con ser como es.

Callaghan reprimió la risa y miró la tarjeta que tenía delante. —Según tengo entendido tu relación con Frank se ha terminado.

—En realidad nunca hubo una relación. Era su asistenta, casi fui su amiga y me convertí en su amante. Pero no dio tiempo a que eso llegara a ser una relación en realidad. Todo lo que ocurrió nos arrastró, supongo.

—Pero te llevó al partido.

—A mí me hacía mucha ilusión.

—Lo hizo por complacerte.

Sepi se sonrojó de gusto asintiendo. —Es un hombre muy detallista.

—Pues este hombre detallista ha hecho estas declaraciones.

Sonrió mirando la pantalla y fue perdiendo la sonrisa poco a poco escuchando que vendería a su padre por dinero y que podría pudrirse. Cuando la pantalla se quedó en negro, sentía que le había arrancado el corazón de golpe y se le notaba en la cara. Se sintió totalmente expuesta.

—¿Sepi?

Miró al presentador intentando demostrar que no le importaba. —¿Qué opinas de lo que ha dicho? —Tragó saliva mientras el público murmuraba y forzó una sonrisa. —¿Te duelen sus palabras?

—Ese no es Frank —dijo suavemente—. Puede que esté enfadado, pero él no es así. Hablamos de esto antes de irme de su casa. De lo que suponía venir aquí y él no entiende mi punto de vista. Está enfadado, pero sé que no es así.

—¿Cuál es tu punto de vista de todo esto?

—Pues cuando no se tiene nada, cuando no sabes si dormirás en la calle, no puedes rechazar ni un dólar cuando pasa ante tu cara. He tenido que pedir en la calle. Eso sí que es humillante. Que te miren con desprecio porque consideran que puedo hacerme puta o conseguir dinero de otra manera. Venir a una entrevista por dinero, aun contando todo lo que me ha ocurrido, no es rebajarme. Me hubiera rebajado de otras maneras y no lo hice cuando no tenía para comer. Tengo que pensar en mi futuro y creo que hago lo correcto. Frank no lo entendía porque vivía en su casa. Pero eso terminaría y yo volvería a estar sola.

—¿Por qué crees que tu relación con Frank no hubiera funcionado?

—¿No es obvio? Soy una persona sin estudios, que ha estado en la cárcel y que lo mejor que sabe hacer es cuidar una casa. No tenemos nada en común y de eso me di cuenta en las gradas viendo a las mujeres de los jugadores. No me parezco en nada a ellas.

—Ahora tendrás dinero para pasar una temporada. ¿Eso te satisface? ¿Te sientes segura?

—En el aspecto económico sí. Me da seguridad.

—¿Pero seguirás sola?

Forzó una sonrisa. —Volveré a acostumbrarme. Esto ha sido como un sueño.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Pues buscaré piso. Y después me matricularé en la universidad en historia. —Sonrió radiante. —Y me compraré un piano. Siempre

he querido aprender a tocar. Es un sueño que tengo desde pequeña.

Callaghan sonrió. —Espero que el resto de tus sueños también se cumplan. —Miró a la cámara. —Ha sido un placer realizar esta entrevista que muestra como a veces un giro del destino puede cambiar tu vida para bien o para mal. Eso es lo que le ha sucedido a nuestra protagonista. También quiero decir para todos aquellos que especulen sobre cuánto va a cobrar esta increíble mujer, que será la mitad de lo que habíamos pactado porque la otra mitad será destinada para la fundación de las Rosas que ayudan a las familias sin recursos. Y les aseguro que es un donativo muy generoso. —La miró de nuevo. —Gracias por venir, Sepi. Ha sido un auténtico placer conocerte.

—Gracias a ti. ¿Puedo decir una cosa?

—Sí, por supuesto.

Miró a la cámara y sonrió. —Frank Murray es el mejor quarterback de la historia de los Jets. Y no solo eso. Es buena persona y un gran hombre. Por eso cuando un gran hombre dice algo incorrecto, no debe tomársele en cuenta porque antes ha dicho millones de cosas que han sido correctas y un error lo tiene cualquiera. Yo he cometido muchos errores y puede que le haya dado una impresión equivocada. No puedo culparle. Pero desde aquí le deseo lo mejor.

Callaghan la miró impresionado antes de mirar a la cámara. —Pues ya lo han oído, amigos. Y hasta aquí nuestro programa de hoy. Buenas noches y hasta mañana.

Sepi suspiró del alivio y el presentador se levantó cogiéndole la mano. —Has estado espléndida. Te has entregado.

—¿De verdad ha estado bien? —preguntó insegura—. ¿Se me ha entendido lo que quería decir?

—Perfectamente. No has podido ser más clara.

Burney se acercó sonriendo cuando el plató se llenó de gente. —¡Maravillosa! Un coche de producción está fuera para llevarte al hotel.

Forzó una sonrisa despidiéndose de Callaghan y siguió a Burney que la llevó por un pasillo hasta una gran puerta. El coche negro que la esperaba con la puerta abierta era impresionante. Estaba claro que no escatimaban. Se sentó en el asiento de atrás con Burney a su lado. —¿Cuándo recibiré el cheque?

Él metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y le tendió su cheque. Lo abrió para ver que eran ochocientos mil. —¿Ya has cogido tu parte?

—Sí. Por cierto, gracias por echarle un cable a Frank con su metedura de pata. —Ella agachó la mirada recordando sus palabras de desprecio.

—Espero que le den mucha publicidad.

—Tranquila, ya he recibido ofertas muy buenas.

Sepi sonrió mirando por la ventanilla. —Eso es estupendo.

Todos se quedaron mirando los créditos del programa con las caras talladas en piedra y Frank sintió el estómago del revés recordando una y otra vez su cara cuando escuchó lo que le había dicho a la prensa.

—Ha estado maravillosa. La cámara la adora —dijo Stella a su marido que le dio un codazo mirando a Frank.

—Joder, tío. Vaya metedura de pata. —Sam cogió un puñado de patatas metiéndoselas en la boca de golpe antes de beber de su cerveza.

Frank no podía reaccionar. ¿Qué había hecho? La había perdido por su propia inseguridad. ¡Dios, la había insultado de la peor manera ante todo el país!

—Será cabrón ese Jeffrey. Mira que le di mil pavos por las imágenes y me dijo que no las iba a vender —dijo Sam con la boca llena de patatas—. No te puedes fiar de nadie. Ya verás cuando lo pille. Le voy a inflar a hostias.

—Como si fuera culpa suya —dijo Stella sin poder evitarlo.

—Cielo…

—No, Cliff. Si tiene razón. Fue culpa mía por bocazas. —Se pasó la mano por la nuca. —¿Me podéis dejar solo, por favor?

—Tío, no te hundas. La vas a recuperar. Has sido un gilipollas, pero vete a su hotel y pídele perdón. Ella te quiere.

—No querrá ni verme. —Todos vieron que estaba hecho polvo. —Nunca creyó que llegaríamos a nada —susurró sin poder creérselo.

—¿Y por qué iba a creerlo? —preguntó Stella asombrada—. ¿Acaso le has dicho que la quieres? ¿La has apoyado cuando te necesitaba? ¡Solo le ofreciste trabajo! ¡Y sexo! ¡Puede que le demostraras que te importaba, pero una mujer que ha pasado por lo que ella ha pasado necesita más! Deberías haberle dicho que la necesitas., que la quieres tanto que ya no podrías vivir sin ella. Necesitaba seguridad y tú no se la diste, Frank.

—Cielo, vámonos a casa. Ya se machaca él bastante como para que tú le remates.

Stella se sonrojó. —Frank, no quería…

—No importa. Buenas noches.

Sam se quedó sentado a su lado y suspiró dejando la lata de cerveza sobre la mesa de centro. —Tío, compadeciéndote no arreglarás nada. Vete a ver a tu mujer. Ella te quiere. Incluso dolida y rota te ha defendido ante todo el mundo. No puedes dejar que se te escape.

El teléfono de Frank sonó y se levantó de golpe para cogerlo de encima de la mesa del salón. Al ver que era Burney descolgó enseguida. —¿Estás con ella?

—La acabo de dejar en el hotel.

—¿Cómo está?

—Joder, tío. ¿Cómo va a estar? ¡Se ha quedado lívida! ¿Cómo se te ocurre decir eso de ella? —Frank dejó caer la cabeza y se pasó la mano por los ojos. Llevaba días sin pegar ojo y ya le daba todo igual. No sabía que contestarle a su manager. —Pero te ha salvado el culo. He recibido varias ofertas para unos anuncios.

—¡Crees de verdad que en este momento me importan una mierda los puñeteros anuncios!

—Menos mal que ella piensa más en tu carrera que tú.

Se quedó de piedra. —¿Qué quieres decir?

—Ha hecho esta entrevista por ella, eso ha quedado claro, pero también por ti. Alguien le dijo que así levantaría tu carrera publicitaria y me hizo prometer que nada de anunciar pollo en el futuro. —Burney rió divertido. —Y cuando coge confianza tiene carácter.

Frank se pasó la mano por los ojos emocionado. —Te dijo eso, ¿eh?

—Como hagas un anuncio de pollo frito, se pone de los nervios y me quema el despacho. Y es capaz de subir esa escalera de nuevo para quemarte la casa.

Sonrió sin poder evitarlo. —Sí. Es muy capaz. —Entrecerró los ojos al pensarlo y miró a Sam. —Burney, ¿has recibido alguna oferta por anunciar pollo?

Sam se echó a reír a carcajadas. —Pues ya que lo dices pollo no, pero hemos recibido una oferta para anunciar palitos de pescado. Tienes que salir en un barco vestido de blanco como los marineros del ejército, diciendo que sus barritas son las mejores. —Se echó a reír de nuevo. —Estarías ridículo con lo enorme que eres.

—Acéptalo.

—¡Pagan una mierda! ¿Es coña?

—Y quiero que se haga cuanto antes. Di que tengo mucha prisa y que quiero que salga en Nochevieja. Que no cobraré. Lo haré gratis, pero lo quiero ya.

—¡Es imposible organizarlo todo para dentro de cuatro días! ¿Se te ha ido la cabeza? ¿Cómo que gratis? ¿Estás loco?

Sonrió malicioso. —Se va a subir por las paredes cuando lo vea. Lo quiero para Nochevieja. Ponte a trabajar.

—¡Aceleraré las firmas de los otros contratos para no perderlos después de este fiasco!

—Haz lo que quieras, pero consígueme eso.

Colgó el teléfono mirando a su amigo que se partía de la risa. —¿Crees que volverá?

—Depende de lo que anuncies.

—Palitos de pescado.

Sam se echó a reír tanto que se apretó el vientre. —Se va a poner de los nervios.

—Al parecer tengo que ir vestido de marinerito.

—Se va a cabrear. Mucho. ¿Crees que así volverá?

Frank sonrió cruzándose de brazos. —Me quiere. Cuando vea en peligro mi carrera de nuevo, se va a cabrear. Espero que venga a echarme la bronca.

—O igual acaba en la cárcel por matar a Burney.

—Puedo pagarle una buena defensa.

—¿Y no sería más fácil ir y disculparse?

—Me disculparé después. Vaya que si me disculparé. Pero necesito que venga a mí.

—Para estar seguro de que te ama.

Se pasó la mano por la nuca. —No dudo que me haya querido, pero le he hecho daño y no sé si me quiere todavía. Sé que es egoísta, pero lo necesito.

Sam asintió. —Te entiendo, tío. Te has sentido inseguro con ella desde el principio y necesitas que te lo demuestre. Pero ya lo ha demostrado en esa entrevista, ¿no crees?

—No, ahí ha demostrado que me quiere, pero si me ama como yo quiero que me ame, volverá a mí porque no puede evitarlo y le estoy dando la excusa perfecta para echarme la bronca. ¿Qué mujer puede resistirse? Ver al tío que quiere y echarle la bronca con motivos. Además de estar cabreada por lo que he dicho.

—Van a saltar fuegos artificiales. Espero no perdérmelo.

Frank asintió pensando en ella. —Si sale todo como yo quiero, no se lo va a perder nadie. Te lo aseguro.

Sepi estaba mirando cosas para el apartamento que pensaba alquilarse. Lo había ido a ver esa mañana y era perfecto cerca de la universidad, pero no sabía si era lo bastante grande porque solo

tenía una habitación y el piano se lo compraba… Vaya si se lo compraba. Estaba mirando sofás y suspiró mirando uno de piel muy parecido al que Frank tenía en su casa. No, mejor comprar algo muy distinto para no tener recuerdos. Levantó la vista y vio en la zona de electrodomésticos las televisiones colgadas en la pared. Una bien grande para ver los partidos. Se acercó a toda prisa y se puso a mirar precios. Las grandes eran carísimas. Tenía un presupuesto y tendría que ajustarse a él. Bueno, escatimaría en otra cosa.

Un dependiente se acercó con una sonrisa en la cara y ella gimió porque por enésima vez tenía que decir que estaba mirando.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Estoy miran… —La mandíbula se le cayó hasta el pecho al ver a Frank en todas las televisiones. Apartó al chaval por el hombro cuando la cámara se alejó y le vio ridículamente vestido con un traje de marinerito azul sobre la cubierta de un barco que quería aparentar que estaba en alta mar y una caja de palitos de pescado en la mano mostrando la marca. ¡No sabía lo que decía, pero la imagen ya era para morirse!

El chaval soltó una risita. —Anda, este anuncio no lo había visto. Menuda pinta.

Ella giró la cabeza lentamente y le miró como si quisiera matarle. El chaval perdió la risa de golpe y carraspeó. —¿Quiere que le enseñe algo?

—¡No! ¡Ya he visto demasiado por hoy! —Salió de allí hecha una furia y sacó su móvil nuevo del bolso llamando a su manager. Éste no se lo cogió lo que la puso aún más frenética. En las escaleras mecánicas se quedó asombrada al ver un enorme cartel de Frank con los palitos en la mano y una chica tenía una bandeja ofreciendo una degustación. —¿Quiere uno? Está delicioso.

—¡No! ¡No quiero nada! —Empezó a bajar las escaleras a toda prisa casi atropellando a dos adolescentes. —Palitos de pescado —siseó con ganas de matar a alguien. Iba a salir del centro comercial cuando vio ante la puerta del supermercado otra foto de Frank

anunciando una promoción de palitos en el área de congelados. Fue la gota que colmó el vaso. ¡Iba a matar a Burney!

Cuando llegó al estadio MetLife no se le había pasado el cabreo. Todo lo contrario, porque parecía que la cara de Frank con aquel ridículo gorro estaba en todas partes. En el metro no se comentaba otra cosa y las risas por su aspecto la sacaron de sus casillas. En lugar de ir hacia las entradas generales, fue hasta la entrada de los jugadores. Los guardias de seguridad la reconocieron de inmediato y no la detuvieron. Caminó por el túnel hasta los vestuarios y empujó la puerta con furia pasando entre los jugadores que se estaban preparando para salir. Sam chilló del susto al verla tras él e intentó cubrirse el trasero. —¡Sepi! ¿Qué sorpresa?

Le señalo con el dedo. —¿Te crees que soy idiota? —gritó furiosa —. ¿Dónde está Frank?

Miró a su alrededor haciéndose el tonto. —¿Frank? No lo sé. ¿No ha llegado?

—¡Su coche está fuera!

Sam gimió. —Pero el coche está bien, ¿verdad? Y sobre todo… ¿Mi coche está bien?

—¡Déjate de rollos! ¿Dónde está Frank?

Se encogió de hombros y ella miró a su alrededor. Al ver a Cliff que casi salió corriendo fue tras él a toda pastilla. —¡Cliff, cómo has dejado que hiciera ese anuncio! ¡Menudos amigos estáis hechos! ¡Cliff! —gritó desgañitada cuando se metió en una habitación y cerró la puerta. La golpeó con fuerza—. ¡Abre!

Uno de los jugadores pasó a su lado en pelotas y le guiñó un ojo. —¿Qué? ¡A ver si te tapas! ¿No te da vergüenza insinuarte a la mujer de un compañero? ¡Además, tampoco es para tanto para que lo vayas enseñando! —Volvió a golpear la puerta mientras se reía medio vestuario. —¡Cliff, sal de ahí o no respondo! ¡Mira que quemo el maldito estadio para que salgas! ¿Dónde está Frank?

—¿Por qué no le buscas? —gritó Cliff desde dentro—. Estará por ahí. Yo no sabía nada, te lo juro. Cuando me enteré, ya estaba hecho.

Se volvió hirviendo de furia y todos en el vestuario la estaban mirando. —¿Qué? ¿No tenéis un partido? ¡Ya tendríais que estar preparados, está a punto de empezar! Ya podéis poneros las pilas que lo hace Frank todo. —Señaló a un defensa. —Como se te vuelva a escapar un rival que plaque a Frank, te corto eso que vas enseñando por ahí tan alegremente. ¡Concentraos!

Asintieron y exasperada levantó las manos antes de ver que Sam intentaba escapar del vestuario. —¡Sam! ¡No corras! ¡Te voy a pillar igual!

Corriendo tras él esquibó a los jugadores y salió del vestuario detrás de Sam que ya corría por el túnel. —¡Sam! ¡Uy, esto me demuestra que es también culpa tuya! ¡Espera que te coja! —Corrió tras él desquiciada pasando ante el entrenador que la miraba con la boca abierta. Se detuvo de golpe y le señaló con el dedo. —¿Ha renovado?

El tipo asintió y ella sonrió encantada. —¡Es estupendo! —exclamó antes de salir corriendo de nuevo—. ¡Sam! ¿Dónde está Frank? A Burney no lo he pillado. ¡Ha salido del país, el muy cobarde! ¡Ja! Pero ya volverá.

Sam miró hacia atrás y abrió los ojos como platos al ver que le estaba alcanzando con cara de loca. —¡No es culpa mía!

—¿Entonces por qué huyes?

—¡Me das miedo!

Sepi gritó tirándosele encima y Sam cayó sobre el césped al desequilibrarlo. El rugido del público gritando y aplaudiendo, hizo que levantara la cabeza para verse en el campo. Se quedó blanca al ver el estadio lleno y Sam se volvió sonriendo. —Bienvenida a casa.

—¿Qué?

Entonces alguien la cogió por la cintura levantándola y miró sobre su hombro para ver a Frank vestido con el uniforme mirándola

con una sonrisa en la cara. El público aplaudía como loco, pero ella ni se dio cuenta mirando sus ojos ambarinos. —Hola, nena.

—Palitos de pescado —farfulló muerta de la vergüenza.

Frank se echó a reír dejándola en el suelo. —Era la única manera de hacerte volver.

—¿De hacerme volver? —Su corazón saltó en su pecho. —¿Quieres hacerme volver?

—Tendría que estar loco para dejar pasar al amor de mi vida. —Arrodilló una pierna y cogió su mano mientras Sepi sentía que el corazón le iba a saltar del pecho en cualquier momento. —Preciosa, debería haberte dicho desde el principio que estaba loco por ti. Cuando me llamó él detective diciéndome que estabas de nuevo en mi casa, corrí hasta el apartamento deseando conocerte y lo que ocurrió fue que te vi en la ducha. Desde ese momento ya no saliste de mis pensamientos. Pero no era solo que te deseara más que a nada, era que quería protegerte, estar contigo a todas horas y que tu aroma me rodeara el resto de mi vida. Las dudas me hicieron meter la pata y te hice daño, pero te aseguro que después del día de hoy, ya no tendré dudas sobre que me quieres porque soy parte de ti como tú formas parte de mí. ¿Quieres convertirte en mi esposa y en la madre de mis hijos? Contigo he encontrado esa familia que tanto deseaba, mi amor. Cásate conmigo.

Una lágrima corrió por la mejilla de Sepi y sonrió. —Nada me gustaría más que ser tu esposa y compartir tu vida. No te digo que te amaré siempre porque para mí sería imposible no hacerlo.

Frank cerró los ojos como si estuviera saboreando sus palabras y Sam carraspeó. —Amigo, el anillo.

—Oh, sí. —Sonrió colocando el anillo en su dedo y ella chilló del susto al ver un enorme diamante en talla brillante rodeado de otros más pequeños y miró a Frank chillando de nuevo antes de abrazarle y besarle por toda la cara. —Menos mal que te gusta.

—En el anillo de compromiso no se escatima.

Apartó la cabeza mientras él se reía y le miró con amor. —Los sueños se cumplen.

—Sí, nena. E intentaré que tus sueños se cumplan el resto de tu vida. —La besó apasionadamente mientras el estadio aplaudía como loco y el equipo los rodeó para felicitarles.

Cuando Frank la dejó en el suelo les miró ilusionada. —Bueno, chicos… ¿Ganaréis por mí?

Epílogo

—¡Arriba Jets! —gritó desde la grada antes de meterse un puñado de patatas en la boca. Stella puso los ojos en blanco, pero ella se hizo la loca mirando como su marido daba órdenes a su equipo. Orgullosa sonrió acariciándose su enorme vientre por encima del peto premamá que llevaba.

—Deberías estar en casa tranquila —dijo Stella.

—Ya tardabas mucho en decir lo que piensas —dijo divertida antes de beber de su zumo.

—¡Estás fuera de cuentas!

—Tengo que estar aquí. Si no Frank se preocuparía y no se concentraría en el juego. —Su marido miró hacia ella y levantó el pulgar para que pensara que todo iba bien. —¿Ves? Imagínate si estoy en casa. No daría una.

—Eres exasperante.

—Gracias. —Se metió otras patatas en la boca y miró el reloj del estadio. Quedaban cinco minutos para acabar el tercer tiempo. Hizo una mueca porque el niño se había animado con el partido. Estaba claro que iba a salir futbolista.

Sintió como se le mojaban los pantalones y apartó el envase de patatas mirando hacia abajo para ver la humedad que tenía entre las piernas. —Mierda.

—¿Mierda? ¡Estás de parto!

Stella se levantó de golpe y Sepi la cogió del brazo sentándola. —¡Sí que eres discreta!

—¿Tú hablas de discreción cuando todo el mundo está pendiente de ti?

Miró a su alrededor y siseó —No se ha dado cuenta nadie. Dame tu pañuelo.

—Ah, no. Esto no me lo callo. Frank me mata.

—¿Crees que se lo voy a decir? Queda poco para que acabe el partido y sabes que las primerizas tardan mucho en dar a luz. Dame el pañuelo o no te invito al bautizo.

—Serás chantajista.

Se quitó el pañuelo del cuello y sonrió radiante. —Gracias.

—Eres imposible.

—Es una pena. Con lo que me apetecía la cena de esta noche todos juntos. —Se encogió de hombros. —Crees que me dará tiempo a dar a luz y después…

—Decidido, tú no estás bien de la cabeza. ¡Vas a parir! ¿Crees que eso es como entregar un paquete?

—Que dramática eres. —Siguió mirando el partido mientras Stella no le quitaba ojo y gritó desde su asiento aplaudiendo cuando acabó el tercer tiempo. —¿Ves? No ocurre nada.

Frank se quitó el casco hablando con Sam y miró hacia ella. Levantó el pulgar de nuevo y su marido suspiró del alivio. —Cuando se entere de esto… —dijo Stella molesta antes de sonreír ella también a Sam que se volvió en ese momento.

—No se va a enterar. —Cuando vio que Frank se acercaba a la grada gimió. —Mierda, se ha dado cuenta.

—¿Ves? Eres muy cabezota.

Sonrió a su marido exageradamente y gritó —¡Cariño lo haces muy bien!

—Acércate a la barandilla, casi no te veo.

—Oh, será mejor que no. No vaya a ser que ocurra una desgracia de nuevo. ¿Y si me mareo?

Él levantó las cejas. —No decías eso cuando ayer te pillé subida a una silla limpiando las ventanas. ¡Sepi! ¿No me estarás mintiendo?

Las chicas se echaron a reír tras ella y las miró advirtiéndoles con la mirada antes de gritar de nuevo a su marido —¿Cuándo te he mentido yo, mi vida? Tú concéntrate en el juego, que vas muy bien.

—Levantó el banderín agitándolo de un lado a otro. —¡Arriba los Jets!

—Me cago en la… —Se volvió y gritó —¡Entrenador, mi mujer está de parto!

El jefe tiró la tablilla al suelo y corrió hacia él. —¡No fastidies, Murray! ¡Ahora no puedo prescindir de ti!

—¡Frank te he dicho que estoy bien! ¡No vas a salir del campo!

—¿Ves? Está bien. Las mujeres saben de estas cosas. Si dice que está bien, es que está bien.

Sam se acercó. —¿Qué pasa?

—Está de parto.

—¡Yo no he dicho eso! —exclamó Sepi estirando el cuello para verlos bien.

—¿Por qué no te levantas? —Sam entrecerró los ojos. —¿Qué ocultas?

—Ha roto aguas —dijo Stella perdiendo los nervios.

—Serás chivata.

—¡Sepi! ¡Nos vamos al hospital!

—Le queda mucho —dijo el entrenador forzando una sonrisa—. Te lo digo yo que he tenido cinco mocosos.

—¿Ves? Si no tengo dolores. Estoy bien. Puedes terminar el partido.

—No te fíes —dijo Sam—. Esta quiere parir en el estadio.

Jadeó indignada. —Menuda mentira. —Las chicas se echaron a reír. —¡Qué es mentira! ¿A quién se le ocurre?

Todas la miraron como si se le hubiera ocurrido a ella y se sonrojó porque no podía negar que se le había pasado por la cabeza.

—¡Ahora subo! —dijo Frank muy alterado.

—¡Hala! ¡Ya me lo habéis puesto nervioso! ¡Ya no se centrará en el juego! ¡Mira que sois metomentodo! —Se giró hacia Stella. —Y tú chivata.

—Sí, chivata y todo lo que tú quieras, pero quiero que mi ahijado nazca bien.

—¡Qué está bien! —Agarró la silla de plástico con las manos—De aquí no me movéis hasta que acabe el partido. ¡Vosotros veréis!

El entrenador sonrió viendo la decisión en su cara. No conseguirían moverla de allí por mucho que se empeñara su marido. Sam suspiró viendo a Frank bajar los escalones que la llevaban hasta su asiento. —Vamos.

—Ni hablar.

—¡Te he dicho que nos vamos! —Apartó el pañuelo y palideció. —¡Estás empapada!

Todas estiraron el cuello para verle los pantalones. —Me he meado. ¿Qué pasa? ¡A las preñadas nos pasa mucho!

Intentó cogerla en brazos, pero ella no soltaba el asiento. —Sepi, te lo advierto… ¡Suéltate!

—Acaba el partido y nos vamos. —Le suplicó con la mirada. —¡Si queda muy poco y estoy bien!

—¡Cómo vas a estar bien si estás de parto!

—Eso mismo le he dicho yo.

—Stella, bonita… ¿por qué no me traes un perrito? Estoy hablando con mi marido.

—¡Murray! ¡Al campo! ¡Está bien y no te doy permiso para irte!

Sonrió radiante por la decisión del entrenador y Frank gruñó agachado ante ella. —Nena…

Ella le acarició la mejilla mirando sus ojos. —¿Crees que le pondría en riesgo por un partido? Frank junior está bien y yo también. Ahora sal ahí y pégales una paliza para que este día sea memorable.

La besó ansioso y ella le abrazó por el cuello dándole seguridad. Frank aprovechó para cogerla en brazos. —¡Serás tramposo!

—¡Nos vamos al hospital! ¡En esto no me vas a convencer!

El entrenador levantó las manos en un gesto de derrota. —¡Sepi! ¡Con lo bien que ibas!

—¡Lo siento, jefe! ¡Está empeñado! Cariño, ¿recuerdas el baño de casa? ¿Estás seguro de que quieres llevarme en brazos con las botas de tacos puestas?

Él gruñó dejándola en el suelo y antes de darse cuenta estaba sentada otra vez agarrada a la silla. Stella gimió sentándose de nuevo. —Ve a jugar y acaba con esto o no parirá hasta que sepa el resultado.

Sepi sonrió radiante a su marido que estaba asombrado. —Te quiero. Dales caña.

Gruñó dándose la vuelta y subiendo los escalones de dos en dos. La afición aplaudió al ver que regresaba al juego y Sepi se levantó saludando. —¡Eres la mejor, Sepi!

—Por Dios.

—¡Saluda!

—Te vas a morir cuando veas la pinta que tienes con los pantalones mojados saludando. ¡Y saldrás en las noticias! ¡Otra vez!

—Va. Me adoran. —Se sentó y silbó cuando vio a su marido entrar en el campo resignado. —¡Arriba Jets!

El cuarto tiempo se le pasó volando porque Frank parecía que tenía prisa por rematar el partido. De hecho, hizo un touchdown y emocionada se levantó aplaudiendo. Quedaban cinco minutos cuando su marido salió quitándose el casco y ella hizo una mueca. —Ya tardaba.

—¡Hemos ganado! ¡Déjate de rollos y ve a tener a tu hijo!

—Uy, sí. Ya voy. —Se dio prisa para llegar antes de que Frank saliera del campo y corrió por el pasillo hasta el vestuario.

El doctor se levantó de los nervios. —¡Por fin! —Miró sus pantalones y palideció. —¿Has roto aguas?

—No se preocupe, doctor. Todo va como la seda —dijo yendo hacia la enfermería—. ¿Todo preparado?

—¿Qué tal si vamos al hospital? ¡No asisto a un parto desde las prácticas después de la universidad!

—Está chupado. Yo empujo, él sale y usted lo coge.

Stella la miró con la boca abierta y cuando entraron en la enfermería vio que habían cambiado la camilla. —Increíble.

—¡Me hace ilusión!

—¿Esto lo sabe tu marido?

—Claro que no, ¿crees que estoy loca? —Se quitó los enganches del peto y lo dejó caer sacándose las zapatillas con los pies. —Vigila que no entre uno de los chicos. Igual se impresionan un poco.

—Yo sí que estoy impresionada. —Salió de allí a toda prisa y gritó —¡Cliff! ¡Ésta loca quiere parir aquí!

Soltó una risita subiéndose a la camilla después de quitarse las braguitas. —¿Empujo?

El hombre miró entre sus piernas y en ese momento entró Frank que cuando vio lo que ocurría se detuvo en seco.

—¡Tío, cierra! —exclamó Sam desde fuera—. Joder, que imagen. No se me va a olvidar nunca.

Frank cerró a toda prisa. —¿Nena?

—Ha dilatado, Frank. Ha llegado la hora —dijo el doctor impresionado.

Sepi alargó la mano y su marido la cogió muerto de miedo. —Como te ocurra algo…

—Estoy bien. Todo va a salir bien.

Frank se agachó y la besó suavemente en los labios, apretando su mano como si quisiera aferrarse a ella. —Vamos a tener a nuestro hijo.

—Tranquilo, Frank. Tengo una ambulancia fuera. Todo saldrá bien.

Miró al doctor como si quisiera matarle. —¿Tú sabías esto?

—No.

Negó con la cabeza mintiendo descaradamente y ella se echó a reír llamando la atención de su marido. Mirándole a los ojos susurró —Otro sueño más, cielo. Y nos quedan un montón por cumplir.

Su marido sonrió. —¿De veras? Y cuál será el siguiente.

—Irán surgiendo. De eso no tengo duda.

—Te amo más que a nada, nena.

Emocionada susurró —Tanto como yo a ti

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos "Dudo si te quiero" o "Huir del amor". Próximamente publicará "Oblígame a amarte" y "Te cuidaré siempre".

Si quieres conocer todas sus novelas publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon o ir a su página de autor. Tienes más de noventa títulos para elegir entre distintas categorías dentro del género romántico.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.